Rebelión en la granja
Biopolítica, Zootecnia y Domesticación

Iván Darío Ávila Gaitán

Ediciones
desde abajo

Rebelión en la granja
Biopolítica, Zootecnia y Domesticación

Iván Darío Ávila Gaitán

Rebelión en la granja
Biopolítica, Zootecnia y Domesticación

Iván Darío Ávila Gaitán

IECA
Instituto de Estudios Críticos Animales

Ediciones desde abajo

Rebelión en la granja
Biopolítica, Zootecnia y Domesticación
Iván Darío Ávila Gaitán

Con el apoyo de:
Instituto de Estudios Críticos Animales (IECA)

Ediciones desde abajo
www.desdeabajo.info
Bogotá D. C., Colombia, enero 2017

ISBN 978-958-8926-36-0

Portada: "Why not?" de Hartmut Kiewert

Diseño y diagramación: Difundir Ltda.
Transversal 22 A N° 53D-42, int. 102, Bogotá D. C., Colombia
Teléfonos: 345 18 08

El conocimiento es un bien de la humanidad.
Todos los seres humanos deben acceder al saber.
Cultivarlo es responsabilidad de todos.

Se permite la copia, de uno o más artículos completos de esta obra o del conjunto de la edición, en cualquier formato, mecánico o digital, siempre y cuando no se modifique el contenido de los textos se respete su autoría y se mantenga esta nota.

A Britches, el macaco bebé
A los vivientes algún día despotenciados por mí,
a través de mí
A mis no prójimos, no próximos
A la roca
A la lluvia
A la máquina
A ti, desconocida

Quiera el cielo que el lector, animoso y momentáneamente tan feroz como lo que lee, encuentre sin desorientarse su camino abrupto y salvaje a través de las ciénagas desoladas de estas páginas sombrías y rebosantes de veneno; pues, a no ser que aplique a su lectura una lógica rigurosa y una tensión espiritual equivalente por lo menos a su desconfianza, las emanaciones mortíferas de este libro impregnarán su alma, igual que el agua impregna el azúcar. No es aconsejable para todos leer las páginas que seguirán; solamente a algunos les será dado saborear sin riesgo este fruto amargo. Por lo tanto, alma tímida, antes de penetrar más en semejantes landas inexploradas, dirige tus pasos hacia atrás y no hacia adelante

Conde de Lautréamont

Esto no es un libro: ¡Qué encierran los libros!
¡qué encierran sarcófagos y sudarios!
Esto es una voluntad, una promesa.
Esto es un viento marino, un levar anclas,
esto es una última ruptura de puentes,
un rugido de engranajes, un gobernar el timón;
¡brama el cañón, blanco humea su fuego,
ríe el mar, la inmensidad!

Friedrich Nietzsche

Si el escritor es un brujo es porque escribir es un devenir, escribir está atravesado por extraños devenires que no son devenires-escritor, sino devenires-ratón, devenires-insecto, devenires-lobo, etc.

Gilles Deleuze & Félix Guattari

Agradecimientos

Dios, familia nuclear, amigos, colegas e instituciones. No, definitivamente no. Inadmisible agradecer a quienes, por fuerza de los convencionalismos más sedimentados, se suele agradecer. Si he de dar gracias cómo no dejar de lado tales entidades individuadas y remitirme, más bien, a las condiciones tecno-bio-físico-sociales que me arrojaron a una multiplicidad de posiciones relativamente privilegiadas para, finalmente, redactar un trabajo como este. Gracias, pues, a mi color de piel –clara aunque no demasiado–, a mi generización como hombre, a mi formación intelectual enclasada, a mi sexualidad ambigua pero imperceptible para muchas autoridades; en fin, a lo propiamente humano que se levanta en detrimento de los animales y la naturaleza. Sinceras gracias, porque detrás de este texto hay innumerables vidas e inefables privaciones, pero también devenires productivos, fugas.

Puedo afirmar, al tiempo, que cada letra aquí escrita es producto de los hechos más mundanos: conversaciones atravesadas por el alcohol, delirios nocturnos, imágenes y documentales de bajo presupuesto que circulan en la Internet, excitación, soledad, compañía, roces de perros y gatos, miradas de caballos y vacas, amoríos, voces de aliento, militancia, dinero, comida suficiente y a veces de más, tiempo de ocio, trabajo explotado, luz, agua, gas, abundante información, hastío de la militancia, lecturas desordenadas, lecturas obligadas, desvelos, desperdicio y sobre-maximización del tiempo, disciplinamiento corporal y falta del mismo, ¡y cuántas cosas que no alcanzo ni a entrever!

De todo lo escrito yo amo sólo aquello que alguien escribe
con su sangre. Escribe tú con sangre:
y te darás cuenta de que la sangre es espíritu
Friedrich Nietzsche

Índice

Prólogo 15
Zandra Pedraza

Introducción
La pregunta por el animal de la Zootecnia 21

Capítulo I
El animal doméstico: Ontologizando funciones 41
Zootecnia: ciencia de la explotación animal 42
Animal: bienvenido al *domus* humano 54

Primer canto
Ante la ley 83

Capítulo II
Progreso y domesticación: El peso de la Historia 85
Historia, raza y domesticación 86
Régimen biopolítico y consolidación
de la Zootecnia en Colombia 101

Segundo canto
Yo, enfermedad autoinmune 129

Capítulo III
Teoría política de la dominación animal
(A modo de conclusión) 131
La teoría de la *domesecration* a debate 132
Animal: explotado, cautivo,
amansado o domado y doméstico 141

Addendum
Zoológico Criminal (manifiesto)
Los hechos y las víctimas 147
Los culpables: una máquina y muchos dispositivos.....149
Volviendo a Harambe y los dos leones asesinados 157

Bibliografía.....163

Prólogo

Cada tanto, la reflexión sobre la condición humana –una constante para humanistas, filósofos y científicos sociales– es puesta bajo la lupa a la luz de consideraciones que refrescan y, eventualmente, conmueven las formas más establecidas de pensar sobre el carácter de la vida y el sentido de lo humano. Este podría ser el caso de las muchas ideas que han aportado las corrientes ecologistas a la vida social y al pensamiento en las últimas décadas. Tanto en sus versiones teóricas como políticas, el pensamiento ecologista ha tenido la virtud de ampliar el contexto necesario para comprender la condición y la acción humanas. Puede ser que, en la actualidad, al reflexionar ecológicamente nos concentremos en las apremiantes circunstancias de recursos como el agua, la tierra o la contaminación ambiental. También podemos ser particularmente sensibles a los efectos de la deforestación, de la disminución de las capas polares o a la desaparición de especies animales. Pero tal vez somos menos propensos a preguntarnos ecológicamente sobre nuestro entorno más inmediato, aquél en el que transcurre la vida diaria, en el que ella se reproduce. En uno de estos aspectos se ha detenido la *Rebelión en la granja*. En virtud de la masiva producción de mercancías de origen animal que la zootecnia ha llegado a poder suministrar al mercado, tenemos acceso a una parte significativa de la comida y de otros productos "de origen animal" que garantizan la vida y la reproducción humanas. Ahora bien, al considerar cultural, política y críticamente este origen animal, la tarea zootecnista se presenta como una industrialización de los procesos que llamamos biológicos: los de nacimiento, crecimiento, reproducción y muerte, intervenidos en este caso en una escala que se nos antoja inimaginable e intolerable si administrara la vida del animal humano.

En el horizonte de la sensibilidad animalista que ha teñido las décadas recientes, se multiplican los acercamientos y las actividades que han obligado a individuos, sociedades y naciones a confrontar las maneras más establecidas y cotidianas de convivir con las formas de producción de la vida que definen, vinculan y separan las vidas humanas y las animales. Pensar y, eventualmente, reformular los límites entre las especies y las formas de su interacción, es una de las implicaciones bioéticas del legado ecologista y, eventualmente, impone la necesidad de detenerse a considerar el carácter del animal como producto cultural de un pensamiento antropológico que se hizo moderno al desarraigar su origen y su dependencia de las relaciones con el mundo animal de su propia capacidad crítica. Al restringir las relaciones de los seres humanos y la naturaleza a las unilaterales de conocimiento, dominio, explotación y entretenimiento, la antropología moderna sustrae las relaciones que establece la zootecnia con los animales de obligaciones morales y las reduce a un vínculo económicamente eficiente y rentable. En el caso de las representaciones sobre los animales productivos que dan fundamento a la zootecnia, es ostensible la ausencia de consideraciones ecológicas acerca del carácter sensible de los animales que cría y explota, y las relaciones a que ello daría lugar. Es decir, ignora su condición de animales. A cambio, instala la visión unidireccional de una máquina de conocimiento y producción sobre una materia prima. A la negación de la condición animal de los animales que cría y explota, se suma la del propio ser humano de su origen en el universo animal.

El acercamiento que el lector encontrará a continuación, le brinda la posibilidad de reflexionar sobre las incertidumbres que rondan y amenazan las certezas sobre la condición humana cuando estas se ven obligadas a involucrarse en los debates acerca de la vida y las particularidades del ser humano como animal. Esta cuestión se complejizó a partir del siglo XIX porque la generalizada aceptación de la teoría de la evolución y, espe-

cialmente, del origen de las especies, introdujo nuevos factores en las elucubraciones sobre el carácter y los derechos de los seres humanos. En la actualidad, en un escenario en el que bullen debates bioéticos y biopolíticos, uno de los asuntos que día a día reciben mayor atención y son objeto de crecientes movilizaciones sociales, es el de la condición animal y el de los derechos de los seres humanos en relación con los derechos de otras especies animales. En términos generales, vivimos una época que debe reconsiderar el alcance de su antropología en cuanto esta involucra un distanciamiento del resto del reino animal y unas relaciones que oscilan entre la proyección de la individualidad moderna en cierta clase de animales y la explotación en modo esclavista de otra. Está en juego la manera de pensar y administrar ecológicamente la vida.

Como asunto biopolítico, uno de los elementos genealógicos involucrados en esta urgencia es el valor cultural del conocimiento biológico. Estudiar y asimilar el proceso de hominización hace parte del sentido común del orden moderno. Ya en los primeros textos escolares de ciencias naturales que conocen los niños en la educación primaria encontramos expuesta una primera división de la naturaleza en la que el reino animal aparece tensionado por el principal hecho científico y antropológico del siglo XIX: el homo sapiens, siendo descendiente de los animales y haciendo parte de este reino, se eleva sobre los animales restantes al declararse como único ser racional. En efecto, las actualizaciones taxonómicas a que dio pie la teoría darwiniana del origen de las especies y la particular especialización que se interesa en el proceso de hominización son el fundamento de la antropología y el ámbito epistemológico considerado en *La rebelión en la granja*. Es como consecuencia de la concepción moderna de un ser humano que se reconoce como producto evolutivo y, a la vez, en gracia de su conciencia de ser cultural, puede concebirse como animal y distinguirse de los animales como humano, que podemos aceptar la invitación que nos extiende el autor a incursionar

en algunas de las ideas vigentes sobre la humanización y el orden de la naturaleza.

Esta visión crítica de la zootecnia nos sitúa frente a un hecho tan cotidiano y de tal manera determinante del régimen de vida moderno –en el sentido más amplio y abarcador de este término– que el alcance de su crítica involucra algo más que la alternativa personal de abrazar sin ambages las más vanguardistas modalidades del veganismo. Mirar a los ojos el ordenamiento de la naturaleza y las sensibilidades y epistemologías entreveradas en su suelo, obliga a revisar la organización de saberes, economías y rutinas sociales que separan a los estudiosos de las plantas o los minerales de los que optan por los animales y de quienes preferimos las especialidades humanistas. Alejados en los últimos siglos por la comprensión ilustrada de la objetividad, unos observarán, experimentarán y producirán cultivos, variedades, protocolos de crianza, engorde y sacrificio, principios de conservación de razas, cruces especialmente productivos, enriquecidos, genéticamente intervenidos y resistentes, mientras que los últimos estudiaremos y criticaremos los efectos nefastos del positivismo en la producción de alteridades, racismos, subordinaciones y jerarquías, condenadas últimamente por menospreciar la diversidad, la subjetividad y la riqueza de las diferencias humanas.

¿Cómo entender la producción humana del animal que llega en posta, presa o lata a los supermercados, cuyos fluidos y partes –leche, piel, pluma, cuero, aleta, cuerno, pelo– consumimos en cajas, envases, botellas, zapatos, vestidos, adornos, cojines y que conforma renglones vitales de las economías locales y nacionales? ¿Cómo entenderla cuando está acompañada de la adquisición de los productos que, tomados de las góndolas de los mismos supermercados, van a alimentar a la creciente población mundial de mascotas–pez, gato, pájaro, perro, caballo– con derechos individuales –nombre propio, seguro de salud, snack, guardería, entierro, celebración de cumpleaños– que administra la medicina veterinaria?

Aquí se encontrará el lector con un acercamiento a las representaciones del animal con las que opera la zootecnia, una disciplina aún más distante para los humanistas que la medicina veterinaria. Ensamblada por conocimientos biológicos, administrativos, médicos, veterinarios e ingenieriles, nos permite comprender una de las formas de producción y administración de la vida de un conjunto de especies y razas animales destinadas a suplir ciertas necesidades humanas a partir de principios que quieren maximizar, hacer más eficiente y mejorar su cría y explotación. Vidas reguladas, previstas y calculadas, reproducidas y modificadas. Cantidades y calidades especificadas en regímenes que diríamos totalitarios si estuviesen animados, no digamos ya por humanos, sino por especies como los caballos o los perros.

Las diferencias de sensibilidad hacia los mamíferos –para no complicarnos con el mundo de insectos, peces o anfibios–, incluso hacia los mamíferos domésticos y los salvajes, vienen transformándose a grandes pasos en los últimos años. Algunos cambios pueden ilustrase con anuncios recientes, como el de la liberación de las ballenas del acuario de Miami de las tareas de entretenimiento, una decisión que amplía la ya tomada hace un tiempo en relación con los animales que participan en los números circenses. Con todo, las luchas y demostraciones en contra de esta clase de asuntos no es del mismo tenor que las que implicaría abogar por la suspensión de la cría de pollos o de ganado vacuno y porcino. Esta causa conllevaría una revolución sin precedentes de las economías mundiales, las actividades productivas de millones de personas en el mundo, las formas de alimentación y muchos más renglones industriales, artesanales y farmacéuticos. No sabemos si implicaría un llamado universal a declinar la definición omnívora de la especie humana o a restituirle el carácter artesanal a la granja.

Entenderse la especie homo sapiens a sí misma como omnívora, la sitúa en una posición de la cadena trófica, subraya la condición animal de los seres humanos a la vez que involucra un

acuerdo sobre cómo deben acceder los humanos a la comida y a otros productos de origen animal. La producción de animales para satisfacer necesidades de los seres humanos que tiene a cargo la zootecnia es una de las cuestiones que retan el pensamiento y la acción cultural.

Zandra Pedraza*

* Profesora titular. Departamento de Antropología, Universidad de los Andes.

Introducción
La pregunta por el animal de la Zootecnia

En la mayoría de los hombres el intelecto es una máquina pesada, sombría, rechinante, que cuesta poner en movimiento: cuando quieren trabajar y pensar bien con esta máquina, lo llaman 'tomar en serio el asunto' ¡oh, cuán fastidioso tiene que serles el pensar-bien! Tal como parece, la amada bestia hombre pierde el buen humor cada vez que piensa bien: ¡se pone 'serio'! Y 'en donde hay risa y jovialidad nada vale allí el pensar' –así suena el prejuicio de esta bestia seria en contra de toda 'ciencia jovial.' ¡Pues bien! ¡Mostremos que es un prejuicio!

Friedrich Nietzsche

Resulta imposible hacer el corte, afirmar con total seguridad cuándo empezó esta investigación; sin embargo descuellan buenos candidatos: Donna Haraway (1995) afirma que ha habido una serie de transformaciones globales que ponen en duda tres dicotomías otrora imperantes, a saber, humano/máquina, físico/no físico y, por supuesto, humano/animal; el hecho de que conciba realizar un trabajo desde un enfoque post-humanista, post-antropocéntrico y anti-especista (Braidotti, 2013; Ávila, 2013; Ávila & González, 2013) se encuentra seguramente relacionado con mis propios procesos de subjetivación en dicho escenario. Es posible, asimismo, apelar a una narrativa autobiográfica, traer a colación mi antigua y decidida participación en el Movimiento Abolicionista de Liberación Animal y mis tempranos posicionamientos libertarios, reforzados por una educación universitaria con cierta inclinación hacia el lado izquierdo del espectro polí-

tico. Igualmente, podría cambiar de rol y presentarme como el investigador en ciernes que, en un período de intensa reflexividad, presuntamente descubrió, por medio de su esfuerzo intelectual, un tema polémico y poco abordado. Esta última sería la peor elección (política) a mi parecer. En todo caso no se trata de elegir; la típica operación metafísica dirigida a desenmarañar la historia en busca del origen único –y acompañar tal relato con un des-encarnado rechazo a la escritura en primera persona– carece de atractivo para mí. No obstante, quisiera iniciar narrando una pequeña anécdota, algo que no ha parado de recorrer mi cuerpo entero y que, en ocasiones, me animó a realizar este trabajo.

Hace aproximadamente ocho años, cuando me encontraba finalizando el programa de Ciencia Política en la Universidad Nacional de Colombia, decidí acercarme a un espacio que tenía la pretensión de generar reflexiones ético-políticas alrededor del consumo de carne. La dinámica, relativamente institucionalizada, consistía en discutir abiertamente un documental que antes de ser proyectado se presentaba de manera sucinta. El público que asistía era bastante heterogéneo, de distintas edades, procedencias y de variados programas académicos, aunque ciertamente reducido. Y ahí estaba yo, quizá, en parte, por desocupación, aunque con seguridad por motivaciones políticas. Me hallaba ahí, además, con ganas de capturar elementos y de reaccionar ante *La verdad sobre la carne* (2009), el documental de ese día. Al terminar la proyección no sentí que hubiera pasado nada nuevo, o probablemente sí, mi "veganismo"[1] se había afianzado. Sin embargo, fue la intervención de un joven enfadado durante el

1 El término "veganismo" se define aquí como un conjunto de posturas y prácticas políticas orientadas a configurar formas de vida (territorios existenciales tecno-bio-físico-sociales, no formas de vida "humanas") capaces de subvertir radicalmente la dominación animal. Dichas prácticas atraviesan aquello que comemos, vestimos, decimos, como nos relacionamos, etcétera. Sin embargo, ante los intentos por popularizar el veganismo como un simple "vegetarianismo radicalizado", particularmente evito definir, prescribir y difundir prácticas adecuadas. Desde mi perspectiva sería desafortunado convertir el veganismo en una identidad y/o en un producto fácilmente aprehensible y mercantilizable.

espacio de discusión aquello que quedó fuertemente adherido a mi piel. Sus palabras habían sido contundentes:

> Yo estudio una carrera, Zootecnia, que tiene como propósito la reproducción, la crianza, el mejoramiento y el sacrificio de los animales. Intento hacer con mis conocimientos una sociedad más equitativa, me preocupo por los campesinos, por la alimentación, por eso no puedo aceptar lo que el documental dice. Además el consumo de carne no sólo es bueno sino necesario nutricionalmente hablando.

Dos años más tarde me encontraba formulando un proyecto de investigación en el campo de los Estudios Culturales. Específicamente, me preguntaba por la producción discursiva de los animales en la consolidación y el desarrollo de la Zootecnia en Colombia, esa disciplina que conocí gracias al enfadado joven. La intención era sencilla y estaba abiertamente politizada: enfrentar discursivamente las relaciones asimétricas de poder humano-animal re/producidas por la Zootecnia, lo cual podría ocasionar tangencialmente transformaciones subjetivas en quienes se configuran bajo la influencia de dicha ciencia y, en el mejor de los escenarios, contribuir a resituar el lugar ocupado por los que hoy son categorizados como "animales". Mi impulso no era histórico, económico, filosófico o antropológico, era, y continúa siéndolo, eminentemente político. De forma análoga, el interés investigativo nunca fue definido por las tendencias de investigación de moda, las lógicas disciplinares o el amor por el conocimiento, sino por una necesidad vital de intervención sobre ciertas realidades.

¿Qué son los animales para la Zootecnia?, ¿cómo es posible que no resulte nada escandalosa una disciplina estructurada, sin ambages, sobre la explotación animal?, ¿por qué las perspectivas críticas en ciencias sociales han guardado tanto silencio frente al tema? Éstas y otras interrogantes se sintetizaron paulatinamente en una: ya es de mediano conocimiento público que los animales son re/

producidos y modificados, biológicamente, por la Zootecnia, sobre todo con fines económicos, pero ¿cuáles son los animales re/producidos *discursivamente* como objeto de estudio e intervención?, en otros términos, ¿qué construcciones discursivas de los animales constituyen las condiciones de posibilidad para efectuar las transformaciones biológicas y los procesos de dominio-explotación?, ¿cuál es "el animal de la Zootecnia"? Tal interrogante constituye justamente nuestra *primarii lapidis* y nos guiará en adelante. Huelga recordar aquí que una piedra angular no sólo proporciona cierta estabilidad en el constructo (para el caso, intelectual), sino que a menudo los demás elementos son articulados en referencia a ésta y, por tal motivo, en el terreno arquitectónico, se la suele adornar y embellecer. La pregunta basal por "el animal de la Zootecnia" es entonces una experiencia estética, rebosante de sensibilidad, de visceralidad pulsional –o "animal", como se ha dicho por siglos–, cuya génesis en mí no conozco del todo.

Ahora bien, traer a colación inicialmente una escritura politizada, situada y encarnada (Haraway, 1995) no atiende simplemente a cierto ritual popularizado por los estudios feministas, la denominada filosofía postmoderna/postestructuralista y varias líneas del campo de los Estudios Culturales. Guarda relación principalmente con la impertinencia específica, para nuestra empresa, de la división entre sujeto y objeto, pues ésta se halla estructuralmente conectada con la dicotomía humano/animal, axioma del quehacer zootécnico. Negar la implicación afectiva y co-constitución con el "objeto" significa, a su vez, tanto una impugnación y contención de la "animalidad humana" (Lemm, 2013) como un presupuesto básico para la aprehensión y el dominio del Otro animal (Derrida, 2008). En contraste, invocar la nietzscheana "ciencia jovial", la pasión imbricada con cualquier elucubración teórica, representa un derrotero de auto-transformación en medio de nuestra práctica académica, y en general intelectual, al tiempo que un compromiso infinito con las singularidades vivientes objetivadas por la Zootecnia. Cabe ahora conjurar un posible malentendido, si bien es cierto

que nuestra pesquisa es en sí política, que gira en torno al abordaje de una pregunta/situación problemática para mí –aunque compartida con otros– y que, además, se desarrolla evitando ahondar varios elementos criticados, por ejemplo la dicotomía sujeto/objeto, esto no involucra tener solucionado *a priori* el proceso investigativo ni respuestas saldadas. En compañía de Michel Foucault aseguramos que "en la vida y en el trabajo lo más interesante es convertirse en algo que no se era al principio. Si se supiera al empezar un libro lo que se iba a decir al final, ¿[...] se tendría el valor para escribirlo?" (Foucault, 1991, p. 141-142).

Así las cosas, tras estrellarme emocionalmente con la existencia de una ciencia de la explotación animal y formular la pregunta concreta por su animal objeto de estudio, en parcial sintonía metodológica con el inductivismo de la Teoría Fundamentada me aventuré a hablar con profesionales en la materia, a revisar cual texto de Zootecnia encontrara en bibliotecas y librerías y, en suma, a bucear en un mundo ciertamente nuevo. Con tiempo y esfuerzo delimité el campo de búsqueda a los textos de Zootecnia General, rama primordial de la disciplina definida por Leopold Adametz, a quien luego volveremos, así:

> La "Zootecnia general" tiene por principal objeto dar a conocer las leyes naturales bajo cuya influencia se han originado los animales domésticos y cuya total vida dominan. Estudia las relaciones que hay entre dichas leyes y la forma y rendimiento de los citados animales. Trata de averiguar, ante todo, las causas internas de los caracteres específicos y de las propiedades de los animales domésticos y, además, la influencia del ambiente, del suelo, es decir, de las fuerzas exteriores que modifican su cuerpo animal e intenta señalar los límites que separan unas de otras estas fuerzas transformadoras del organismo. La Zootecnia general ha de considerarse como una rama de la Biología; en esencia, es Biología directamente aplicada.

> La Zootecnia general trata, pues, de los *animales domésticos* (1943, p. 1).

Sin lugar a dudas los textos de Zootecnia General proporcionan las bases de toda la disciplina, allí se hallan, sin importar la edición o el año de cada libro, los lineamientos que a grandes rasgos definen la práctica científica y, lo más esencial, su objeto de estudio, a saber, el animal de la Zootecnia. Este trabajo toma dichos textos como fuentes y, a partir de ahí, se procura deducir un conjunto de planteamientos teóricos a los cuales es posible arribar mediante un diálogo constante con la filosofía post-estructuralista, los estudios feministas y de género, los estudios críticos animales, los Estudios Culturales y la producción político-intelectual de activistas animalistas[2].

De la filosofía post-estructuralista retomamos básicamente la crítica al logocentrismo o metafísica de la presencia, entendida *grosso modo* como un sistema discursivo, dominante en Occidente, que ha implicado una concepción de la realidad basada en: 1) dicotomías jerárquicas concatenadas (masculino/femenino, mente/cuerpo, externo/interno, teoría/práctica, humano/animal, cultura/naturaleza, sujeto/objeto, verdad/ficción, celeste/mundano, civilizado/bárbaro, etcétera), y, 2) la asunción de, y el énfasis en, elementos coherentes, continuos, puros, estables y delimitados, o lo que es igual, esencias o fundamentos (entendidos ambos términos en un sentido tradicional). La forma general de dicho sistema es la distinción ser/no-ser, donde el primer polo resulta valorizado en detrimento del segundo y donde para efectuar la diferenciación se establece lo que es *propio* de cada costado. La crítica post-estructuralista,

2 Vale precisar un asunto metodológico: tras haber seleccionado los textos de Zootecnia General con base en criterios de uso y reconocimiento por parte de los profesionales en la materia, procedí a hacer un trabajo cualitativo de lectura y codificación de la información. Me concentré, principalmente, en temáticas recurrentes, generales y referidas directamente al animal objeto de estudio de la Zootecnia. Los capítulos y acápites que componen la presente investigación son el corolario de ese esfuerzo metodológico.

ante tal esquema, ha propuesto: 1) ontologías materialistas inmanentes, que hacen hincapié en realidades ensambladas con elementos heterogéneos, impuros y fluidos (Deleuze & Guattari, 2010); 2) lecturas deconstructivas, que muestran la precariedad y multiplicidad de lo que se presenta como unitario y estable (Derrida, 2010); y, 3) ejercicios historizantes "desnaturalizadores", empeñados en exponer la singularidad contextual, los procesos de construcción y la caducidad de variados fenómenos (Foucault, 1997a).

Cabe acá realizar dos puntualizaciones necesarias: 1. La etiqueta "post-estructuralismo" se ha escogido debido a su amplia difusión; sin embargo, más allá de la categoría empleada, lo relevante es que estas intervenciones teóricas convergen en un marcado anti-esencialismo y se destacan por darle relevancia al cambio y a la heterogeneidad. Otro rasgo común, que importa bastante para el presente trabajo, es el decidido rechazo del sujeto moderno, tema que será abordado más adelante. En consecuencia, nos[3] distanciamos de las lecturas tendientes a definir al post-estructuralismo como un conjunto de perspectivas que simplemente hacen de las relaciones entre saber, verdad y poder su preocupación central –por ejemplo, Gibson-Graham (2002)[4]–.

3 Escribo adrede de forma indistinta con los pronombres personales "yo" y "nosotros/as".

4 Quisiera, no obstante, expresar mi aprecio y deuda con el trabajo tanto de Gibson-Graham como de otros autores y autoras de alto impacto en el campo de los Estudios Culturales. Es cierto que este campo, en ocasiones, al tomar a la ligera o incluso rechazar el conocimiento filosófico por "abstracto", se ha desprovisto a sí mismo de potentes herramientas teórico-políticas, y, peor aún, ha tendido a dejar la reflexión filosófica en manos de los filósofos profesionales, lo cual, paradójicamente, reproduce cierta división del trabajo donde unos piensan teóricamente y producen conceptos, mientras que los otros se ocupan de aplicarlos en investigaciones concretas. Personalmente rechazo de forma tajante dicha división del trabajo intelectual, así como la distinción entre trabajo material e inmaterial, tan características del pensamiento occidental y, especialmente, moderno-colonial. Ahora bien, reconozco y celebro el espíritu de transgresión de los Estudios Culturales, su decidido impulso a *experimentar*, jugar con y usar conceptos de formas que para muchos filósofos serían impensables, pues constituirían una suerte de profanación de la pureza teórica (incluso aunque explícitamente manifiesten su oposición a la pureza teórica). A veces quedo perplejo al percibir las numerosas formas en las que el trabajo intelectual reitera acríticamente la distinción (también en el sentido de Bourdieu) entre dioses celestiales y mundanas bestias.

A menudo estas interpretaciones limitan la fuerza del post-estructuralismo al prácticamente equipararlo con el constructivismo social y, por esa vía, ignorar la potencia política ligada al fuerte desmantelamiento de la metafísica occidental. Adicionalmente, convertir el post-estructuralismo en una corriente epistémico-metodológica de las ciencias sociales suele conducir al empobrecimiento de sus herramientas, lo cual ha generado que conceptos como discurso, representación, imaginario, poder, identidad, exclusión, entre otros, se conviertan en elementos de baja resonancia subversiva aunque convenientes para las dinámicas productivistas (de artículos, ponencias, cursos, etc.) en las que se encuentran inmersas, forzosamente o no, muchas universidades a nivel mundial.

2. En las ontologías materialistas inmanentes, como la propuesta por Gilles Deleuze siguiendo las huellas de autores no dominantes en el pensamiento occidental (por ejemplo Heráclito, Spinoza, Nietzsche y Bergson), si bien se continúa haciendo alusión al "ser" o la "substancia", el ser ya no se asume como un ser-Uno. Es el *ser en tanto Uno* el que da pie para plantear la diferencia entre lo uno y lo múltiple, entre el ser y el no-ser y, en suma, posibilita el imperio de las oposiciones binarias jerárquicas que caracterizan la cultura occidental. El "ser" del materialismo inmanente es uno y múltiple *al tiempo*. En otros términos, se pasa del lenguaje de lo uno y lo múltiple al de *las multiplicidades*. En el marco de *las multiplicidades*, lo uno y lo múltiple configuran una misma realidad. De otro lado, autoras feministas como Luce Irigaray (2009) han apuntado que, bajo el esquema occidental hegemónico (falogocentrismo), lo múltiple en realidad es el reflejo invertido y subordinado de lo uno; la diferencia, entonces, no es sino una proyección pervertida y conveniente de las categorías dominantes. La diferencia, en sentido estricto, nunca tiene lugar. Esto explica por qué, por ejemplo, las mujeres, los animales y la naturaleza son a menudo caracterizados como lo contrario del Hombre, es decir, en tanto ausencias (completas o parciales)

de lo que sería *propiamente* humano y masculino. Lo que en este trabajo aparece como "crítica del esencialismo" no puede ser desligado del cuestionamiento de la metafísica dominante en Occidente, en la cual el protagonismo lo tiene el ser-Uno o, como diría Derrida, la *presencia*.

Con el campo de los Estudios Culturales la deuda también es grande. De la inicial Escuela de Birmingham[5] resuena sin duda no sólo la explícita politización del trabajo intelectual, también el esfuerzo por orientar la mirada hacia temas aparentemente baladíes. Si alguna vez la vida cotidiana y la experiencia de la clase obrera (sus esferas de ocio, vida familiar, etc.) fueron revalorizadas y examinadas de manera crítica, en nuestro caso el compromiso es, asimismo, con un tema/problema hoy marginal: los animales, y con unas fuentes para muchos políticamente exóticas: textos de Zootecnia General. Esto indica que la intervención que estamos realizando es múltiple, se mueve en *topos* diferenciados aunque conectados. Pretende incidir en mí, en las relaciones humano/animal, en una distante ciencia aplicada asociada a la biología y, por último, en la estructuración misma del campo de los Estudios Culturales al des-marginalizar ciertos temas y problemas que, incluso, lo podrían problematizar, puesto que debido a su inclusión y desarrollo en las ciencias sociales ha heredado muchos de sus problemas, verbigracia el antropocentrismo y el ahondamiento de las dicotomías jerárquicas naturaleza/cultura y animal/humano.

Por otro lado, en sintonía con Lawrence Grossberg, afirmamos que los Estudios Culturales se definen ante todo por el hacer, no tanto por su "objeto" o sus "supuestos teóricos". Este hacer es denominado contextualismo radical y sugiere que "cualquier práctica (textos incluidos) no existe al margen de las fuerzas y de las relaciones, del contexto que la constituye tal cual es" (Grossberg, 2010, p. 95). Al mismo tiempo, "los contextos se constituyen, desaparecen y se vuelven a formar. Esto es precisamente en lo que

5 Para un excelente balance de lo que fue la "primera generación" de la Escuela de Birmingham ver Muñoz (2005).

los Estudios Culturales aspiran a intervenir. Se trata de posibilidades de rehacer un contexto donde éste se entiende como estructura de poder" (Grossberg, 2010, p. 99). Aquí las relaciones de poder son fundamentales debido a que, en palabras de Gilles Deleuze, "toda forma es un compuesto de relaciones de fuerza. Dadas unas fuerzas, hay que preguntarse, pues, en primer lugar, con qué fuerzas del afuera esas fuerzas entran en relación, y luego, qué forma deriva de ellas" (1987, p. 159).

La referencia a Deleuze es imprescindible ya que, de acuerdo con su interpretación de Nietzsche y Foucault, las relaciones de poder o fuerza, sinónimos para el autor francés, no son relaciones que se *generen* entre seres humanos ni entre cualquier otro conjunto de Formas, por el contrario, las fuerzas se des/sedimentan, éstas des/construyen las Formas y las atraviesan; toda fuerza es pura relación, "la fuerza no tiene otro objeto ni sujeto que la fuerza" (Deleuze, 1987, p. 99). Moraleja: ocuparse de las relaciones de poder no equivale a ocuparse de relaciones humanas. De hecho, según Deleuze, un contemporáneo análisis de las fuerzas –en esto converge con las figuras del *cyborg* y de las *especies compañeras* de Donna Haraway (1995; 2003), del *sujeto posthumano* nómade de Rosi Braidotti (2009; 2013) y, parcialmente, de los *actantes* de Bruno Latour (2004)– podría llevarnos a concluir el ocaso de la Forma-Hombre y el advenimiento de entidades "sobrehumanas", cargadas "incluso de animales (un código que puede capturar fragmentos de otros códigos, como en los nuevos esquemas de evolución lateral o retrógrada)" (1987, p.169-170) y "de rocas o de lo inorgánico (allí donde reina el silicio)" (1987, p. 170).

Esto último nos guía hacia nuestro interés por los estudios feministas y de género. De los mismos se retoma su asidua crítica al sujeto moderno (Colaizzi, 1990) que, para empatar con los planteamientos de Deleuze, podríamos llamar también la Forma-Hombre. El sujeto moderno, en el marco de la metafísica de la presencia, posee mínimamente cuatro características que han sido puestas en entredicho por numerosos trabajos feministas y

de género. La primera de ellas es la racionalidad, el sujeto se define antes que nada como (auto)consciente (Descartes, 1990); es justamente la consciencia aquello que lo distingue de la naturaleza, del mundo, y le permite así un control sobre éste. La segunda característica radica en la soberanía o autodeterminación, el sujeto es entonces, igualmente, libre de las ataduras tecno-bio-físico-sociales, de su contexto, lo cual lo habilita para hacer historia, construir su futuro en tanto piensa por sí mismo (Kant, 2010), y tomar sus propias decisiones. En tercer lugar se presume que el sujeto constituye un yo nuclear a-relacional, esto implica que, pese a todas las afecciones o cambios, existe cierta coherencia, delimitación y continuidad esencial, en otras palabras, el sujeto moderno es un individuo. Finalmente, la Forma-Hombre es el terreno de la universalidad, de lo no marcado, representa a toda la especie humana. Como podrá ser constatado a lo largo del trabajo, tanto reivindicar como comprender, desestabilizar y resituar el lugar de lo animal y los animales, incluido el animal de la Zootecnia, pasa por una impugnación del sujeto moderno, de lo "propiamente humano", labor pacientemente adelantada por el eco-feminismo, la epistemología feminista, el feminismo post y decolonial, entre otras corrientes.

En cuanto a los estudios críticos animales (Best, 2013) cabe decir, debido a su impopularidad y desconocimiento, que son un campo político-intelectual emergente en América Latina y que formo parte oficial de él como miembro del nodo latinoamericano del Instituto de Estudios Críticos Animales. Este no es un dato anecdótico ni egocéntrico, por el contrario, resulta vital traerlo a colación pues al igual que otros aspectos mencionados contribuye activamente a mi parcialidad como investigador. Ahora bien, quienes conformamos el campo afirmamos un abierto compromiso con la subversión de la dominación, explotación y sujeción animal y, sin ambages, solemos expresar simpatía e incluso considerarnos parte del Movimiento Abolicionista de Liberación Animal, cuestión que nos lleva a valorar aportes teóricos de organizaciones,

grupos de afinidad, redes y activistas animalistas, sin importar si han pasado por la Academia o si no se encuentran ligados a ella. Sin lugar a dudas, este punto conlleva tanto cierta descolonización epistémica como un intento por abandonar lo que con ayuda de Félix Guattari llamamos "los intelectuales de la trascendencia"[6]. Además, en tanto premisa compartida, aseguramos que no es posible aprehender la opresión animal al margen de otras formas de opresión (sexual, racial, etc.), ni tampoco fuera de los específicos contextos tecno-bio-físico-sociales bajo los cuales se produce. En consecuencia, el presente texto podría considerarse como un ejercicio político-intelectual de estudios críticos animales, culturales y feministas con una marcada orientación epistémico-ontológica post-estructuralista. Es menester puntualizar que el carácter crítico asumido aquí no se basa en la labor del juicio o de la valoración normativa de un objeto, tiene que ver principalmente con las posibilidades de crear territorios existenciales diferentes, pues como afirma Foucault:

> No puedo dejar de pensar en una crítica que no busque juzgar, sino hacer existir una obra, un libro, una frase, una idea; ella encendería fuegos, observaría la hierba crecer, escucharía el viento y aprovecharía el vuelo de la espuma para esparcirla. No multiplicaría los juicios, pero sí los signos de existencia, ella los llamaría, los arrancaría de su somnolencia. ¿Los inventaría a veces? Tanto mejor, tanto mejor. La crítica sentenciosa me provoca sueño; me gus-

6 "Tras haber conocido el reino de los intelectuales de la trascendencia –los profetas del existencialismo, los "orgánicos" (en el sentido de Gramsci) de la gran época militante y después, más próximos a nosotros, los pregoneros de la "generación moral"–, tal vez llegaremos a valorar una inmanencia de la intelectualidad colectiva [...] Demasiado a menudo, la promoción de intelectuales guías por los medios masivos y las editoriales tuvo el efecto de inhibir la inventividad de las Conformaciones colectivas de intelectualidad, que nada ganan con semejante sistema de representatividad [...] Siendo así, los intelectuales y artistas no tienen nada que enseñarle a nadie. Para tomar una imagen que presenté hace tiempo, ellos confeccionan cajas de herramientas compuestas de conceptos, perceptos y afectos, de las que diversos públicos harán uso a su conveniencia" (Guattari, 1996, p. 157).

> taría una crítica con destellos de imaginación. No sería soberana, ni vestida de rojo. Traería consigo los rayos de posibles tempestades (1980, s.p.).

Por otro lado, debemos añadir a lo anterior que el presente trabajo no es historiográfico. Aunque el contextualismo radical de los Estudios Culturales exige cierta dosis de *historicidad*, esta última "implica directamente el carácter constitutivo de la historia en las prácticas discursivas, es decir, una condición en la cual una "práctica" no puede existir aparte de la sedimentación de convenciones mediante las cuales se produce y se puede interpretar" (Butler, 2002, p. 59). La *historicidad* de nuestra apuesta no responde, por consiguiente, al ejercicio historiográfico como tal sino a que en el hacer intelectual se "expone y traza la instalación y la actuación de falsos universales" (2002, p. 59), en síntesis, se denuncian los actos tendientes a instaurar variopintos elementos transculturales, normativos/normalizantes e imperecederos, y esta denuncia se logra también, como mínimo, mediante lecturas deconstructivas (Derrida, 2010) y propuestas ontológicas inmanentistas (Deleuze & Guattari, 2010; Braidotti, 2005), no sólo haciendo uso de la historiografía. Formulado de otra manera, rechazamos la categorización de esta investigación como presentista, sin que por ello sea historiográfica (aunque se abrace la *historicidad*), pues: "una investigación es presentista cuando a) universaliza una serie de presupuestos independientemente de las trabas históricas y culturales a las que se pueda enfrentar dicha universalización, o cuando b) toma un grupo determinado de términos y los universaliza erróneamente" (Butler, 2002, p. 59).

Los textos de Zootecnia consultados fueron publicados en diferentes momentos y lugares, algunos incluso hace varias décadas. Sea como fuere, todos, en mayor o menor grado, son empleados actualmente a lo largo y ancho del territorio colombiano por estudiantes, profesores e interesados en el área y, sin excep-

ción, resuenan entre sí. Además, antes que develar las discontinuidades el interés radica en las continuidades discursivas, en el *funcionamiento reglado* de la Zootecnia –donde su animal objeto de estudio es la mayor de las constantes– pues, en palabras de Michel Foucault: "Existe por debajo de lo que la ciencia conoce de sí misma una historia, su devenir, sus episodios, sus accidentes obedecen a un cierto número de leyes y determinaciones" (1991b, p. 43). Huelga indicar, o quizá insistir, en que la alusión al filósofo e historiador francés no conlleva una adhesión a cualquiera de sus metodologías (Scheurich & McKenzie, 2008), sea la arqueología, la genealogía o el arte de las problematizaciones; aquello que particularmente recuperamos, aparte de planteos específicos que aparecerán en su momento, es el espíritu o modo de funcionamiento con el cual edificaba sus propuestas e intervenciones teórico-políticas, donde la metodología se definía más hacia la finalización de una investigación que antes de iniciarla. Durante su recorrido primaba el uso selectivo y bien articulado de herramientas heterogéneas, a veces insospechadas pero productivas a la hora de arrojar soluciones parciales y sacudir los límites de lo inteligible.

Con esto en mente, el orden discursivo de la Zootecnia, su *funcionamiento reglado*, cuya principal continuidad arrojada es su animal objeto de estudio, se asumirá como la sedimentación de un conjunto de actos realizativos o performativos (usaré indistintamente ambos conceptos). Soy plenamente consciente de estar combinando una veta estructuralista foucaultiana con instrumentos de corte post-estructuralista ampliamente trabajados por Judith Butler (2004) y Jacques Derrida (1993) en sus críticas a las nociones de identidad y representación. No obstante, encuentro esto provechoso porque si bien, por un lado, de una lectura transversal de los textos de Zootecnia General podemos colegir cierto orden –constantes específicas– que pretende universalidad y opera mediante *ideales normativos*, por otro lado sería una falacia total, desde mi perspectiva, pensar que existe un terreno puro

de continuidades donde, verbigracia, el animal objeto de estudio de la Zootecnia pasa intacto por las definiciones presentadas en los numerosos libros examinados. Lo que nuestro trabajo crítico procura entrever es justamente no la concreción fáctica del animal de la Zootecnia, ni siquiera en el discurso, sino esa imagen *idealizada* que persiguen los múltiples textos, que presuponen e invocan, pero que nunca repiten *stricto sensu* en su enunciación. Sostendremos, pues, que cada vez que aparece el animal de la Zootecnia y sus elementos asociados, éste ni representa a las singularidades vivientes "extra-discursivas", pese a que tenga potentes efectos sobre ellas a nivel bio-físico-social, ni es absolutamente idéntico en cuanto a su reiterada mención textual, aunque cada enunciación dé por sentado y mediante su repetición ritualizada consolide la fuerza de un *ideal* despojado de *historicidad*, es decir, cuyo poder e historia oculta:

> Si un enunciado performativo tiene éxito eventualmente [...], no se debe al hecho de que una intención gobierne con éxito la acción del discurso, sino a que esa acción es el eco de una acción anterior y *acumula el poder de la autoridad a través de la repetición o cita de un conjunto de prácticas autoritarias precedentes*. Esto significa, por consiguiente, que un enunciado performativo "funciona" hasta el punto de que *encubre y recurre a* las convenciones constitutivas que lo activan. En este sentido, no hay término o afirmación que pueda intervenir de manera performativa sin la historicidad del poder, una historicidad que se acumula y que se oculta.
>
> Esta teoría de la performatividad implica que el discurso tiene una historia que no solamente precede sino que condiciona sus usos contemporáneos, y que esta historia, por su parte, descentraliza la idea presentista del sujeto como origen y como propietario de aquello que dice (Butler, 2002, p. 58-59).

Ahora bien, como *idealidad* el animal de la Zootecnia y sus elementos asociados son inaprensibles; lo esbozado aquí es *un paso* hacia la tematización/subversión de una matriz específica empeñada en generar coherencia, continuidad, pureza, delimitación y estabilidad donde no las hay. Como corolario de la anterior argumentación nuestra enunciación del *ideal* será imposible en sí misma pero el intento se valida por los posibles efectos políticos desencadenados, cuyos alcances no me atrevo a vislumbrar ya que, aunque bienintencionada, será una acción sin garantías (Hall, 2010). De diferentes formas nos negamos a asumir la lógica científica dominante bajo la cual un sujeto objetiva la realidad, la representa y la gobierna; y, como quedó expuesto, rechazamos tal dinámica tanto en el ejercicio mismo de los zootecnistas como en el nuestro con sus textos, de ahí que seamos lo más diáfanos cuando aseveramos la fatuidad de exponer nítidamente cualquier *ideal normativo* a la vez que proclamamos nuestra empresa como un "intento" de traer a colación esos "objetos imposibles". No hay contradicción, básicamente emprendemos un acto creativo antes que meramente descriptivo o, como diría Donna Haraway, las ficciones que en adelante aparecerán son profundamente reales pues:

> En realidad, casi nunca se *reproduce* nada; lo que sucede es mucho más polimorfo que eso. [...]
> Si los relatos del hiperproduccionismo y la ilustración han girado en torno a la reproducción de la imagen sacra de lo idéntico, de la única copia verdadera, mediada por las tecnologías luminosas de la heterosexualidad obligatoria y la auto-procreación masculina, entonces el artefactualismo diferencial que estoy intentando imaginar podría dar como resultado algo más. El artefactualismo está inclinado del lado del produccionismo; los rayos de mi instrumental óptico más que reflejar, difractan. Estos rayos difractarios componen modelos de *interferencia*, no imágenes reflejas (Haraway, 1999, p. 125).

Sintetizado de otro modo, cada vez que en los textos de Zootecnia General se reiteran ciertos elementos discursivos –y con reiteración no apelamos a la generación de formas completamente idénticas– se contribuye a la sedimentación de un orden. Es la fuerza entera, el poder, de esta configuración *reglada* la que se invoca en cada nuevo acto de enunciación. Tal dinámica, asimismo, involucra una serie de *ideales normativos* que se presuponen y persiguen, lo cual quiere decir que los reiterados actos realizativos, su *historicidad* y por tanto la del poder, son fetichizados, produciendo así los efectos de coherencia, continuidad, universalidad, pureza y delimitación necesarios para gobernar a una miríada de singularidades vivientes. En concordancia con lo anterior, nuestra propia aprehensión del orden discursivo resulta en sentido estricto imposible, sin esta salvedad restituiríamos la operación clásica de la representación mediante la que un sujeto soberano produce una imagen "idéntica" de un objeto que sirve para contenerlo, conducirlo y satisfacer sus intereses (Heidegger, 1958). Esta intervención político-intelectual comienza con la parcialidad de mi incardinación como productor de conocimiento, con una particular presentación de la realidad que, además, al investigarse es afectada y desencadena efectos más allá de mi control. A eso Haraway lo llama "artefactualismo diferencial", donde priman las dinámicas productivas, generativas o realizativas antes que las representativas. Igualmente, como veremos, es por medio de cierta reiteración crítica (no reproducción o representación) de los mismos planteamientos que se hallan en los textos de Zootecnia, que podemos llegar a vislumbrar algunas posibilidades de subversión de la dominación y explotación animal.

En concordancia con el artefactualismo diferencial harawayano, nuestra investigación no presupone una serie de Formas-animales para pasar a teorizar sus derechos o libertades y, en general, defenderlas. Gran parte de la filosofía moral contemporánea en torno a los (derechos de los) animales (Singer, 1999; Francione, 2000; Regan, 2004) se contenta con adueñarse de las definiciones

científicas acerca de lo que es un animal, más concretamente y más a menudo un ser sintiente, y sobre esta base enarbola las banderas de la lucha animalista. Al tiempo, los filósofos asociados a dicha línea, que en sí ya es heterogénea, creen tomar "la palabra" de las Formas-animales presupuestas, dadas *a priori*, y personificarlas en diversos escenarios, como declaraciones, normatividades y políticas públicas. Todo un acto de objetivación y representación. Nuestra investigación, a contracorriente, evita la fetichización y, sin aspirar a hablar por nadie, cartografía (Deleuze & Guattari, 2010) algunos mecanismos que contribuyen a la producción científica del animal y ya, en ese preciso instante, a su subordinación. El problema y la acción inician con la misma definición del animal, del animal silvestre, salvaje, asilvestrado, doméstico, domado, de laboratorio, etcétera. Las definiciones no proyectan imágenes idénticas de las múltiples singularidades vivientes sino que las afectan y son afectadas por ellas. En cualquier caso, si nos apoyamos en ontologías materialistas inmanentes, sabremos bien que ninguna definición es capaz de contener absolutamente lo que puede un cuerpo, sea éste "animal" o no, aunque esa imposibilidad de cierre no evita que cada intento de estabilización (definición) y gobierno convoque violencias atroces, materializadas en cuerpos concretos.

Así pues, en las páginas que vienen nuestra primera tarea será presentar al animal de la Zootecnia. En el Capítulo I sostendremos que esta ciencia tiene por objeto, produce e invoca, en tanto *ideal normativo*, al animal doméstico, uno cuyas funciones prescritas con relación al ser humano se han convertido en su ontología. El animal doméstico es, entonces, aquel que ha logrado integrar el *domus* humano, la comunidad humana, aun siendo animal; no obstante, ese procedimiento de inclusión viabiliza una apropiación absoluta ya que si, por ejemplo, la función de una vaca, a saber, el objetivo de su vida, es proporcionar proteína al ser humano, su cuerpo recibirá los cuidados pertinentes, se velará "humanamente" por la existencia del viviente, pero con la

única finalidad de ser sacrificado, lo cual constituirá su destino inexorable, pues una función prescrita ha devenido ontología. El Capítulo II explorará la articulación del animal doméstico con una interpretación de la historia tan logocéntrica como el animal mismo que se produce: lineal ascendente, tendiente al progreso, construida sobre las dicotomías animal/humano, salvaje/civilizado, subdesarrollado/desarrollado. A lo largo del capítulo expondremos la manera en que los textos (de Zootecnia General) y contextos (régimen biopolítico y consolidación de la Zootecnia en Colombia) se tienden a con-fundir. Por último el Capítulo III, escrito a manera de conclusión, pondrá a prueba las tesis colegidas a lo largo del trabajo mediante la exposición, confrontación y valoración de una propuesta en torno a los procesos de domesticación realizada recientemente por el sociólogo estadounidense David Nibert. Además, a propósito de y en conexión con lo anterior, se llamará la atención sobre la presencia de una teoría política de la dominación animal en los textos de Zootecnia General, la cual reiteraremos críticamente, difractariamente, con el objetivo de, como proponía Foucault, multiplicar los signos de existencia y traer rayos de posibles tempestades, provocar una auténtica *rebelión en la granja*, en el *domus*.

Capítulo I
El animal doméstico: Ontologizando funciones

La Zootecnia tiene una marcada continuidad que es inútil ignorar y que sería obra anárquica intentar destruir
Walter Dubuc

El presente capítulo se encuentra dividido en dos acápites. Durante el primero, titulado "Zootecnia: ciencia de la explotación animal", introducimos al animal doméstico en tanto objeto de estudio de la Zootecnia. Para cumplir tal objetivo, exploramos diferentes definiciones de la disciplina y rastreamos enunciados recurrentes que, a la postre, se sedimentan y posibilitan afirmar que la Zootecnia se ocupa de un animal cuya vida entera es concebida en términos de productividad. Así, el animal doméstico constituye, ontológicamente, un ser-productivo. De otro lado, esta primera parte articula lo anterior con un conjunto de reflexiones en torno a las ciencias sociales, la filosofía y las ciencias naturales, las cuales serán retomadas en el segundo apartado y, en general, a lo largo del trabajo.

El acápite número dos lleva por nombre "Animal: bienvenido al *domus* humano". Allí se explora con mayor detenimiento lo que significa ser un animal doméstico. Defendemos una tesis según la cual éste se caracteriza por hacer parte del *domus* humano, de tal forma que se halla ontológicamente sujeto al Hombre, al *dominus*. Finalmente, a partir de dicha proposición, trabajamos y relacionamos los siguientes temas: origen mítico de la Zootecnia, simbiosis, racialización y normalización. Concluimos afirmando que, al interior del marco esbozado, la raza juega un papel central pues permi-

te convertir ciertas funciones en ontología, pese a ser un concepto inestable y claramente artificial.

Zootecnia: ciencia de la explotación animal

La *Zootecnia General* de Leopold Adametz es clara respecto a su objeto de estudio, ésta "trata, pues, de los *animales domésticos*" (1943, p. 1). Adametz constituye uno de los principales referentes en el campo de la Producción Animal[7] y, pese a que desarrolló su trabajo durante la primera mitad del siglo XX y finales del XIX, resulta de inusitada vigencia. Según el biólogo austriaco, la Zootecnia además "tiene por principal objeto dar a conocer las leyes naturales bajo cuya influencia se han originado los animales domésticos y cuya total vida (sic) dominan" (1943, p. 1). Aquí encontramos, aunque indirecta, una primera alusión a la ontología del animal de la Zootecnia. Si esta ciencia se ocupa de las leyes naturales que dominan la vida *absoluta* de los animales referidos, no hay, o por lo menos no debería haber, vitalidad que escape al entendimiento científico. Atendemos, entonces, a un primer movimiento de totalización, tras el cual Adametz afirma que la Zootecnia se ocupa de estudiar "las relaciones que hay entre dichas leyes y la forma y rendimiento de los citados animales" (1943, p. 1). En otras palabras, la "total vida" dominada por las leyes naturales queda decantada en "forma y rendimiento", una totalidad queda ligada a criterios productivos.

Este deslizamiento, quizá proto-equivalencia, entre ser y productividad, indica asimismo que la Zootecnia se ha de ocupar de una vida acotada, *a priori* claramente delimitada. Puede parecer baladí anunciarlo, pero cuando tratamos con un conjunto de co-

7 En adelante los conceptos de Zootecnia y Producción Animal serán empleados como sinónimos, sin embargo se privilegiará el primero por su extendido uso tanto en los textos como, en general, por los profesionales colombianos en la materia. Actualmente está cobrando relevancia también el concepto de *Animal Science*, el cual proviene de la tradición académica estadounidense, pero en Colombia su uso es marginal.

nocimientos aplicados[8] que se empeñan en realizar intervenciones y modificaciones corporales, es necesario mandar al terreno de lo visible que, pese a los posibles sueños de manipulación sin límites, la base de la disciplina provee marcos específicos dentro de los cuales lo "ilimitado" se desarrolla. La consigna aquí no es "liberar la vida", mucho menos problematizarla al máximo, sino aumentar su productividad. No es la vida lo que está en el centro, es ésta en tanto productiva. Hay en las aseveraciones revisadas una primera operación, sutil, mediante la cual se traza el límite entre lo que sería una pregunta propia de la disciplina y una que no. En efecto, cualquier interrogante por el sentido de la vida, por las (múltiples) alternativas de existencia y, más ampliamente, por lo que constituye una vida digna de ser nombrada así, queda automáticamente expulsada, está solucionada de antemano.

Por otra parte, resulta sorprendente entender que para Adametz los animales domésticos son constructos, productos de múltiples fuerzas naturales y culturales, de ahí que sea menester averiguar las fuerzas exteriores que transforman el cuerpo e intentar "señalar los límites que separan unas de otras estas fuerzas transformadoras del organismo" (Adametz, 1943, p. 1). Existe una preocupación fehaciente por cierta historicidad de la materialidad que relaciona caracteres o propiedades internas con el ambiente. Aunque las anteriores afirmaciones podrían conducirnos a la cuestión de lo que *puede* un cuerpo termina por imponerse lo que éste *es*, o sea, a las preguntas por la dinamicidad y relacionalidad inherente a cualquier singularidad viviente para aumentar o disminuir su potencia de actuar se antepone la imagen *a priori* de un ser-productivo. Así, deviene imposible cualquier pesquisa en torno al estatuto ontológico y la complejidad de las fuerzas generativas queda reconducida a su relevancia para la productividad, que sería el factor definitivo en cuanto a la consideración

8 Remito aquí a la siguiente afirmación: "la Zootecnia general ha de considerarse como una rama de la Biología; en esencia, es Biología directamente aplicada" (Adametz, 1943, p. 1).

de los animales domésticos. Resumidas cuentas, la Zootecnia se ocupa de la complejidad de fuerzas que hacen del animal doméstico un animal productivo. ¿Existe vida contra, por debajo o más allá de la productividad? Está vetado preguntarlo.

La *Zootecnia General* del estadounidense Marion Ensminger, otro autor internacionalmente reconocido en su campo, es mucho más directa, sin rodeos asegura que ésta se ocupa de los conocimientos en torno a la crianza, alimentación, cuidado y manejo de los animales pero con miras a su comercialización y la de sus productos, a lo que agrega: "La producción animal es esencial para un pueblo feliz y bien alimentado" (1976, p. 1). Aquí no sólo se puede apreciar la injerencia autoritaria, sin gran escrutinio ni control público, de la práctica científica autorizada en la definición de lo que es "esencial para un pueblo feliz", una problemática explorada en el siguiente capítulo del presente trabajo, sino que queda claro el carácter eminentemente productivo de la, para decirlo con Adametz, "vida total" del animal doméstico (crianza, alimentación, cuidado y manejo) y, más aun, se resalta su peculiar valor como fuente de "buena alimentación".

La Zootecnia, entonces, puede resolver preguntas por la "felicidad de un pueblo", algo que se supone desborda su campo, o, peor incluso, difundir en sus textos seguridades en lo concerniente a dicho ámbito que, en tanto actos realizativos, se convierten en mandatos, no obstante sería prácticamente incurrir en herejía poner a debate lo que significa ampliamente la finalidad vital de cada singularidad viviente e incluso sus posibilidades de ser feliz. ¿Ser feliz? Por supuesto, la pregunta, como veremos, puede asomarse, pero mientras no polemice con la esencia productiva del animal doméstico. La Zootecnia, con todo y su moderno énfasis racionalista, se levanta sobre dogmas, sobre arbitrariedades que afectan los destinos de "todo un pueblo" y que no está dispuesta a tranzar. José Bello (1984), autor colombiano, sintetiza la preocupación por aquello que es "esencial para un pueblo" –manifes-

tado ahora puntualmente en su industria pecuaria– con el objeto de estudio, y define a la Zootecnia como: "La ciencia y técnica que trata del manejo, selección, reproducción, industrialización y comercialización de las especies domésticas" (1984, p. 35); y luego añade: "el objetivo central de la Zootecnia es el incremento de la productividad de la industria pecuaria" (1984, p. 35). Nuevamente la compleja vida del animal no es lo que se encuentra en el centro, sino la satisfacción de necesidades humanas en gran medida generadas durante su enunciación y proyectadas como verdades irrefutables o meras descripciones. Dicha prioridad hace necesario un *ideal normativo* del animal, ideal presupuesto, reforzado y citado una y otra vez.

La fuerza de determinados inamovibles es tal que Walter Dubuc, zootecnista destacado por haber realizado un ingente trabajo en Venezuela y haber escrito obras con frecuencia consultadas en diversos países, asegura que cuestionar radicalmente a la Zootecnia sólo puede verse como un sinsentido: "Después de un siglo de existencia la Zootecnia tiene una marcada continuidad que es inútil ignorar y que sería obra anárquica intentar destruir" (Dubuc, 1984, p. 11). Curiosamente, nuestra empresa constituye una antinomia de la anterior cita a la vez que la ratifica. En efecto, esperamos introducir un poco de anarquía, es decir, des-ordenar o des-fundamentar a la Zootecnia al cuestionar sus "marcadas continuidades". Esta suerte de anarquismo ontológico, una forma de crítica a la metafísica de la presencia, en mi caso está íntimamente relacionado con una trayectoria política anarco-vegana que me compone, que constituye parte de mi arsenal óptico (Haraway, 1995), incardinado y por tanto parcial, a la hora de investigar. Mientras Dubuc ordena y contribuye a mantener el orden con ese enunciado, yo lo reitero para abrazar la posibilidad de subvertir el orden. Así pues, el autor no queda satisfecho con dar una definición de la Zootecnia sino que explora las "marcadas continuidades" haciendo alusión a la historia de la disciplina:

Para Varron; "la ciencia del ganado consiste en comprarlo y alimentarlo a fin de sacarle el máximo de dinero de la misma cosa, de donde viene la palabra dinero, pues **pecunia**, es dinero guardado y derivado de **pecus**, pues el ganado era considerado fuente de riqueza".

Para Baudement: "La zootecnia es el estudio de la explotación de los animales domésticos por la industria agrícola".

Corvein, en 1891, escribía en su tratado de Zootecnie Generale: "Hoy la zootecnia, sin olvidar su carácter peculiar tecnológico, que no debe perder, se aproxima a las ciencias naturales propiamente dichas. Es una condición de progreso, pues la mayoría de los problemas que aborda, interesan a la Biología general y solo pueden ser resueltos por los métodos usados por ésta". La definió como "la parte de la historia natural, que trata de los animales domésticos, es una ciencia tecnológica, pues determina las aplicaciones que ocurren de las nociones sobre las cuales se apoya".

E. Gayot dice: "La zootecnia no es la higiene, ni la zoología, ni la historia natural, ni la economía del ganado, pero de cada una de esas ramas de la ciencia ella toma sus nociones, sus enseñanzas, para sumarlas a las de la Economía Rural y Social, en lo que ellas se relacionan con el mejoramiento de los animales, constituyendo un todo, un conjunto muy bien determinado por la nueva expresión (Dubuc, 1984, p. 15).

"Sacar dinero" (Varron), "explotar" (Baudement), "tecnificar" (Corvein), "mejorar" (Gayot). En este breve recorrido Dubuc no sólo describe parte de la historia de la Zootecnia sino que la *produce* a su favor, extrae cuidadosamente, a través de una narrativa, aquellos elementos que le posibilitan insistir en algo que, por la forma en que es presentado, aparece como incontrovertible: la esencia productiva del animal doméstico, cuya "total vida" está siempre al servicio de las necesidades humanas. Definitivamente, diría el autor, sería "obra anárquica destruir" algo con una tra-

dición tan ilustre y con representantes tan eruditos. Si nos fijamos, así lo puse de manifiesto arriba, a lo que Dubuc apela para levantar el edificio científico es completamente arbitrario, no se deduce de una disputada pesquisa científico-filosófica sobre lo que podría ser o no un animal, más bien se asume la esencia productiva del animal doméstico y se avanza directamente a reforzar el *a priori* con el peso de la Historia y la legitimidad de las autoridades científicas. Pese al aura de objetividad y absoluta racionalidad que promulga la ciencia, ésta no es sino un "punto de vista" más, aunque hoy hegemónico, y la unanimidad a menudo es producto de decisiones políticas y prejuicios compartidos[9]:

> A veces uno se siente tentado a decir: tantos científicos, tantas opiniones. Hay naturalmente terrenos en los que los científicos están de acuerdo, pero esto no basta para despertar nuestra confianza. La unanimidad es muchas veces el resultado de una decisión *política*: los disidentes son eliminados o guardan silencio para preservar la reputación de la ciencia como fuente de un conocimiento fidedigno y casi infalible. En otras ocasiones la unanimidad es el resultado de prejuicios compartidos: se toman posiciones sin que se haya sometido la cuestión a un análisis detallado y se las reviste de la misma autoridad que resultaría de una investigación minuciosa (Feyerabend, 2008, p. 101-102).

Desde ya resulta fundamental admitir que la Zootecnia ocupa un lugar concreto en el marco de intrincadas relaciones de poder. No sólo defiende abiertamente un arbitrario, la subordinación y explotación animal, sino que lo normaliza y legitima en el proceso de enunciación. A este respecto la unanimidad es impactante

9 Cuando hacemos alusión a "prejuicios compartidos", "dogmas" o "decisiones/consensos políticos" no apelamos a la naturaleza caprichosa o al voluntarismo de los sujetos; por el contrario, nos referimos a lógicas que los trascienden, que funcionan más allá de los agentes racionales o irracionales implicados.

y preocupante por cuanto cada reiteración cita la fuerza de todo el entramado sedimentado, de un orden entero:

> [...] da importância do animal doméstico, é estabelecida a Zootecnia, a qual pode ser conceituada como uma ciência do ramo biológico, encarregada de estudar os métodos de criação de animais, o aumento da sua produtividade e do seu rendimento econômico. Como ficou visto, a arte de criar animais é antiga, sendo, todavia, a ciência relativamente nova (Torres, 1990, p.77).

> Zootecnia. Ciencia dedicada a la cría, mejora y explotación de los animales domésticos útiles al hombre, a fin de obtener de ellos la máxima producción y productividad (Carmona & Oteiza, 1993, p. 316).

> En términos más generales, y atendiendo a su sentido etimológico la zootecnia, puede ser definida como *el arte de los animales*, que a primera vista, y tal como ha señalado el profesor Aparicio (1960), parece una definición incongruente e incompleta, pero que no es así, ya que como el mismo autor señala la zootecnia puede ser entendida como un arte, ya *que su finalidad no es otra que la creación y mejora o perfeccionamiento de las diversas aptitudes de los animales domésticos, y de tal manera ejecutada que los hagamos bellos, es decir, útiles al hombre* (Buxadé, 1994, p. 25).

> La zootecnia es la rama de la Biología aplicada que se ocupa del estudio científico y tecnológico de la cría, explotación y mejoramiento de los animales domésticos con el fin de obtener un rendimiento lucrativo. [...] La Zootecnia juega un papel importante en el bienestar de la humanidad, puesto que los animales son fuente de alimentación, de vestido, de trabajo y de esparcimiento. En la actualidad

la mayoría de los alimentos nutricionales provienen de los animales mamíferos, aves y peces (Leal, 1999, p.3).

[...] *la Producción Animal es una ciencia aplicada que se ocupa de aquellos aspectos relacionados con la cría, explotación y mejora de los animales domésticos con fines lucrativos para obtener productos de calidad, en condiciones de sanidad e higiene y buen trata para el animal, y respetando el medio ambiente y la salud de los consumidores* (Caravaca, 2003, p. 23).

Animal science is simply the collective study of domestic animals. This includes every aspect from conception to death; behavior to management; physiology to psychology; and reproduction to product distribution (Damron, 2006, p. 4).

Además de lo examinado hasta el momento, indistintamente las definiciones parten de la dicotomía jerárquica humano/animal, de la esencia productiva del animal doméstico y de lo que parece ser un enfoque estrictamente biológico y económico. Sin embargo, cuando leemos los textos desde una perspectiva marcadamente político-cultural, que enfatiza en las relaciones de poder[10] y en la particularidad contextual de los enunciados, es sencillo vislumbrar que, lejos de pragmáticos criterios meramente mercantiles y biológicos (científicos), atendemos a la re/producción de un orden tecno-bio-físico-social que interviene, produce y reproduce semióti-

10 En la introducción explicitamos la concepción del poder que a lo largo del trabajo es asumida. Teniendo esto en cuenta, la dominación deberá entenderse no en oposición a las relaciones de poder, como a menudo Michel Foucault quiso, sino en un sentido diferente que este mismo autor también defendió: "La dominación es tanto una estructura global de poder cuanto una situación estratégica, más o menos adquirida o consolidada en un duradero enfrentamiento entre adversarios en la historia" (1994, p. 243). Aquí, por supuesto, la dominación remite a un *estado de cosas*, a un *orden*, que, aunque relativamente sedimentado, no anula por completo el movimiento y la libertad. Nos parece más productivo retener esa interpretación, la cual le da continuidad a ambos términos, que volver a la mera oposición entre libertad e imposición trazada por Foucault en otros lugares: "Las relaciones de poder, a diferencia de los estados de dominación, suponen el ejercicio de la libertad" (1994, p. 720).

co-corporalmente a los "animales domésticos" y, de manera más o menos indirecta, a los "seres humanos" por medio de, verbigracia, lo que deben comer, en qué proporción, señalando de quiénes tienen que diferenciarse para afirmarse y a quiénes legítimamente pueden explotar hasta y tras la muerte, etcétera. Lo que estoy indicando es que los textos de Zootecnia no podrían ser entendidos en sí mismos, pues el sentido no está esperando en las páginas a ser descubierto (Hall, 2010b), el sentido se genera y adquiere su fuerza en el marco, del cual hago parte, de textos adicionales, de temporalidades y espacialidades específicas, de sujetos en interacción, entre muchos otros aspectos.

En todo caso, este trabajo se concentra en un material específico, aunque sin fetichizarlo, debido a ello pondremos a jugar textos y contextos de manera más fehaciente a lo largo del Capítulo 2. Por el momento quisiera añadir que, con el objetivo de perpetuar múltiples *statu quo*, ha sido una estrategia útil y reiterada expulsar algo del dominio político y encerrarlo en los terrenos separados de lo económico, privado, cultural, biológico o ético. Las jerarquías de género, por ejemplo, se decía y se dice aún, son expresiones normales de la biología, son simplemente culturales o son problemas privados. Lo mismo ha ocurrido históricamente en temas raciales, de clase, entre otros. Nada, salvo un latoso antropocentrismo, nos impide politizar la problemática animal, verla a través de los lentes de las relaciones de fuerza y de las re/configuraciones de órdenes tecno-bio-físico-sociales complejos. De acuerdo con Ana Cristina Ramírez, la "existencia animal no es un dato que se constate. Es cierto que la vida cotidiana tal y como la conocemos depende del reconocimiento específico de la diferencia de especie animal, pero esta evidencia es de índole política y cultural" (Ramírez, 2009, p. 7). Esta misma autora sostiene además que:

> *Pensar* al animal no ha sido una prioridad reconocida para la filosofía, pero esta marginalidad se ha agudizado en los escenarios de la filosofía moderna. Toda vez que las sumas

> teológicas (mérito especial para Tomás de Aquino) elaboraron visiones coherentes del orden mundano y celeste, la filosofía reconocida dejó el problema de pensar al animal a los biólogos y zoólogos; relegó el problema de poner atención aguda y sostenida a la movilidad social en manos de los etólogos; dejó el problema de pensar la práctica animal en manos de los cirqueros, los entrenadores, los campesinos y los matanceros. Y ellos lo han hecho bien. Nadie ha extrañado a los filósofos en este campo, menos ahora, que es McDonald's quien tiene la tarea de pensar y decidir qué es una vaca, qué es una sonrisa, qué es un niño (Ramírez, 2008, p. 23).

Con lo anterior Ramírez no se refiere a que, literalmente, la filosofía no haya pensado nunca al animal; por el contrario, éste se encuentra presente en el discurso filosófico occidental. El quid del asunto radica en que su problematización y complejización ha sido ínfima pues, en el marco de las dicotomías jerárquicas concatenadas características de la metafísica de la presencia, lo único que ha logrado es teorizar los elementos esenciales que permiten instaurar la diferencia entre humanos y animales, o lo que es igual, la creación discursiva de ambos polos:

> [...] la cuestión animal se fijó en el cartabón de la didáctica para que los niños y legos que todavía no la "piensan bien" (es decir, no la olvidan persistentemente) se den cuenta de la *diferencia* que existe entre humanos *y* animales (Ramírez, 2009, p. 24).

Para la autora mexicana la filosofía ha puesto en marcha múltiples y paralelos procesos de esencialización (o estereotipación) de los animales. La operación más notoria consiste en mostrarlos como una "sustancia" monolítica y homogénea que es, fundamentalmente, todo lo que no es el ser humano: "No hablan,

caminan mal, no se saben sentar, el futuro les importa un bledo, no toman las decisiones que debieran tomar, no escriben, no leen… en pocas palabras, los animales no sirven como humanos" (Ramírez, 2009, p. 28). La Zootecnia, por su parte, evita hacer demasiadas preguntas, y mucho menos interrogantes incómodas, sobre "la vida" o "lo animal/la animalidad"; antes bien, trabaja sobre unos supuestos que como veremos nos remiten, en gran medida, a la filosofía. Pero si, en palabras de Ramírez, la filosofía tampoco "piensa" al animal, ¿cuándo es el momento y cuál es el lugar para hacerlo? Simplemente parece haber un consenso político, un orden compartido por filósofos y científicos, ahondado por la división misma del conocimiento. La Zootecnia, y en general las ciencias naturales, parten de ciertos prejuicios que la filosofía promueve y las ciencias sociales se niegan a revisar:

> Antropólogos y sociólogos, así como otros especialistas en las ciencias humanas en general, dan por sentado que la sociabilidad y la cultura no existen fuera del reino humano. Estos fenómenos se tienen por exclusivamente humanos, visión que encierra a los antropólogos (y a sus colegas de otras ciencias sociales) en el círculo vicioso argumental de que los animales, al no ser humanos, no pueden de ningún modo ser sociales o dotados de cultura. […]
> A diferencia de los seres humanos, se tiende a considerar que los animales son organismos gobernados principalmente por su constitución genética individual, esto es: por sus instintos y por sus genes. Sin embargo, esta convicción resulta ser sobremanera apriorística, dado que prácticamente ningún estudioso de la sociedad y la cultura humanas se para a hacerse, respecto a los animales, las mismas preguntas que se plantea en relación con los seres humanos. Sencillamente, no busca lo social y lo cultural donde se tiene la seguridad de que no va a hallarse: fuera de la esfera humana (Noske, 1998, p. 322-323).

Los disensos y problematizaciones que aparecen en las ciencias naturales son cooptados por la filosofía, desactivados y devueltos, y viceversa, dando lugar a un círculo vicioso donde si bien se aceptan los cuestionamientos a la metafísica de la presencia éstos jamás conducen al límite de su desestructuración[11]. A este respecto Ramírez apunta irónicamente:

> Hacia los años sesenta del siglo XX empezaron a circular imágenes que mostraban algo que no debía ocurrir, filosóficamente hablando. Unos monos en su selva pescaban bichos con palitos ¿Cimbró esto el edificio de la idea fija "ellos no median, nosotros sí"? ¿Acaso el filósofo corrió a revisar cómo afectaban estas imágenes los supuestos sobre el espíritu, la razón, la sensibilidad, el entendimiento, el bien, el ser-ahí? No. No pasó nada. Simplemente recorrió las exigencias: bien, ahora sabemos que no toda mediación es *la* verdadera mediación cultural, es decir, humana. Y empezó un ritornelo catatónico: ellos no, ellos no, nosotros sí, nosotros sí (Ramírez, 2009, p. 25).

11 Es menester puntualizar que, lejos de homogeneizar la filosofía, las ciencias sociales y las ciencias naturales, nos estamos refiriendo a constantes presentes en y entre las mismas, a operaciones hegemónicas. No desconocemos, en ese sentido, la heterogeneidad. Adicionalmente vale traer a colación otra acotación: "Son, de hecho, numerosos los estudios antropológicos que hablan extensamente de los seres o grupos humanos en relación con los animales. Se ha tratado con frecuencia a éstos como parte de las constelaciones económicas humanas, de las adaptaciones ecológicas de nuestra especie y de toda clase de sistemas de creencias y visiones del mundo. [...] Esos estudios suelen limitarse a los seres humanos en calidad de agentes que actúan sobre los animales o se ocupan de ellos, o en su condición de sujetos que piensan sobre los animales y sienten cosas en relación con los mismos. En consecuencia se tiende a describir a los animales como objetos pasivos sobre los que se actúa y se piensa y que suscitan sentimientos" (Noske, 1998, p. 321-322). Asimismo, resulta necesario añadir que, aunque existe una disciplina que se ocupa del comportamiento animal, la etología, ésta sigue estando dominada por pretensiones de objetividad que niegan el supuesto "antropomorfismo" y le dan excesiva relevancia a los determinantes biológicos. También es cierto que existe una vertiente crítica de la etología que no le teme al involucramiento con su "objeto" y se concentra en las emociones y la vida social de los animales; sin embargo dicha tendencia continua siendo marginal y su diálogo con la filosofía, las ciencias sociales y la Zootecnia es, *en términos generales*, prácticamente nulo.

Animal: bienvenido al *domus* humano

Actualmente existe cierta sensibilidad académica frente a las avanzadas esencializadoras de diversas poblaciones humanas (indígenas, afro-descendientes, campesinos, mujeres, gays, etcétera), más aun en el campo de los Estudios Culturales. Sin embargo, el rechazo a las exclusiones, violencias, subordinaciones y explotaciones que conllevan los estereotipos y prejuicios a menudo no aplica para los animales y lo propiamente humano en general. Todo lo contrario, se cita una y otra vez el lenguaje, las prácticas culturales, la racionalidad, entre otros aspectos, como aquello que distingue a la humanidad de la animalidad, y que encierra a los producidos como animales en las ciencias naturales y a los generados como humanos en las ciencias sociales. Un encierro o cercamiento epistémico-ontológico que guarda relación con el encierro de los zoológicos, circos, mataderos, laboratorios y granjas (industriales) (Derrida, 2008), pero también con el encierro humano en espacios como los hospitales psiquiátricos, las cárceles y las escuelas, donde se pretende humanizar al animal en el humano (animalidad humana) y/o definitivamente contenerlo (Lemm, 2013). Dicho de manera diferente, es cierto que la mayoría de científicos sociales y filósofos contemporáneos suelen negar cualquier esencia humana, sin embargo, así lo ha apuntado Luc Ferry (1994), la falta de esencia se convierte en lo propiamente humano, en su esencia. Por ende, lo humano coincide con la indeterminación, con la prácticamente absoluta maleabilidad que implica y posibilita cuestiones como construir historia, afirmar la libertad, la perfectibilidad (el progreso social e individual) y, en general, intervenir la naturaleza y salir de ella –incluidas la naturaleza biológica, superada a través de la cultura, y, asimismo, las tradiciones o ataduras culturales que puedan llegar a consolidarse, las cuales podrían verse según el autor como una segunda naturaleza–. Barbara Noske arguye algo similar cuando asevera:

> [...] los científicos sociales tienden a estar muy en guardia contra toda forma de esencialismo biológico, es decir, contra nociones tales como la de condición humana, de una naturaleza humana universal. Se apresuran a señalar los peligros de explicar las diferencias sociales entre la gente en términos de su esencia biológica, por ejemplo de la raza o el sexo –y hacen bien– y ponen énfasis en que la naturaleza humana consiste en no tener ninguna naturaleza específica. Suele argumentarse que la antropología debe estudiar la diversidad social, cultural, e histórica *dentro de* la especie humana, en vez de tratar de sostener la existencia de una cierta esencia humana universal.
>
> La ironía es que muchos científicos sociales que mantienen esta opinión tienden, de manera casi imperceptible, precisamente hacia esas posturas esencialistas que proclaman detestar tanto, tan pronto como hace su aparición otra categoría biológica, a saber: la barrera entre especies [...]. De repente afloran entre los antropólogos y otros científicos sociales conceptos bastante bien delimitados en cuanto a lo que *es* humano y lo que *es* animal (1998, p. 324-325).

Tirado y Domènech resaltan algo parecido, aunque esta vez va mucho más allá de la diferencia humano/animal, por lo que logran cuestionar frontalmente la metafísica de la presencia:

> [...] en Ciencias Sociales hemos escrito abundantemente sobre los prejuicios basados en conceptos presuntamente naturales como raza, sexo o edad, categorías que han sido convenientemente deconstruidas. Sin embargo, podemos afirmar que permanecen activos los prejuicios basados en la idea de "especie" que separa, de manera "natural" también, humanos, animales, plantas, máquinas... en universos distintos (2009, p. 247).

Ha sido una estrategia recurrente de las poblaciones citadas al inicio de este acápite enfrentar la subhumanización o animalización reclamando su consideración como plenamente humanas, con iguales derechos y deberes; a esta tendencia le llamaremos "igualitarismo". En el caso del igualitarismo feminista, por ejemplo, ése suele ser un objetivo materializado en el derecho a la educación, al trabajo, al voto, entre otros. Pero también hay tendencias "diferencialistas" que le apuntan a valorizar la supuesta especificidad de cada población (sensibilidad de la mujer, ambientalismo del indígena, etc.). En términos de la metafísica de la presencia, la segunda vía se materializa en darle prioridad a los polos subordinados de las dicotomías que atraviesan Occidente (lo privado, natural, sensible, etc.), mientras el primer derrotero reclama que las poblaciones no sean encerradas en los polos subordinados de las dicotomías y clama por la inclusión de las mismas en el polo dominante (ejemplo, "las mujeres también son seres racionales y no seres sensibles *por naturaleza*").

En el caso de los activistas animalistas, muchos se deciden por el primer camino y, generalmente con la meta de reivindicar derechos, buscan el reconocimiento, en animales, de cultura, (auto) consciencia, afectividad, sintiencia, racionalidad, lenguaje y demás propios humanos históricos. Particularmente, en esta intervención político-intelectual opto por des-esencializar al animal doméstico, desmantelarlo como *ideal normativo* construido sistemáticamente por la Zootecnia –a través de actos performativos fetichizados que en realidad nunca lo consolidan–. Todo para que, quizá ahora mismo, podamos vislumbrar ontologías distintas, más allá de la metafísica de la presencia. Por eso hago alusión en repetidas ocasiones a "singularidades vivientes", heterogéneas, definidas por la posición relacional (tecno-bio-físico-social) histórica pero jamás deducidas de una taxonomía esencial fruto de "inocentes descripciones" científicas. Singularidades vivientes que exigen pensar la vida allende lo orgánico y sin oponerla a la muerte (Braidotti, 2009). Para algunos puede parecer excesivo o innecesa-

rio revelar en una investigación lo que su autor desea o imagina; en este caso, en parte también como desafío a la disciplinariedad, no puedo evitar enunciar motivaciones que, aunque no desarrolle exhaustivamente, afectan indudablemente las tesis esbozadas y las conclusiones esgrimidas, pues la labor de crítica a la ontología, política y epistemología de la Zootecnia exige posturas ya activas en esos terrenos. Igualmente, considero vital revelar mi posición política en el escenario de otras posiciones, debido a que es con y contra ellas que me construyo y que construyo este trabajo.

Quisiera agregar asimismo que, durante el proceso de desestructuración de la dicotomía humano/animal y de la metafísica de la presencia, como quedó expresado a lo largo de la introducción, es menester valorar algunas características históricamente construidas como propiamente animales (vía diferencialista), pero no para afirmar que los animales pueden cercarse ontológicamente, estabilizarse, o que los humanos también son animales, sino con el ánimo, a la postre, de hacer proliferar las diferencias y las hibridaciones desbordando así la arborescente metafísica occidental[12], a saber, las jerarquías binarias concatenadas y los límites claros/estancos. En suma, por el momento, no podemos desechar y olvidar del todo las dicotomías, como si no surtieran efectos semiótico-corporales y mediante un acto voluntarista lográramos acabarlas ignorándolas, pretensión ésta del "libre" e "indeterminado" sujeto moderno, y anhelo de pureza trascendente bastante característica de la metafísica de la presencia (adentro/afuera). Los cambios son lentos, las relaciones de fuerza se hallan estratificadas, nos des/componen (a "humanos" y "animales"), conmoverlas no es una tarea sencilla y meramente racional, aunque, aclaramos, esto no invalida intentos radicales de subversión –si bien sí cuestiona a diversas organizaciones e

12 Según Deleuze y Guattari: "La lógica binaria es la realidad espiritual del árbol-raíz" (2010, p. 11); "[...] el árbol ha dominado no sólo la realidad occidental, sino todo el pensamiento occidental, de la botánica a la biología, pasando por la anatomía, pero también por la gnoseología, la teología, la ontología, toda la filosofía…: el principio-raíz, *Grund, roots y fundation*" (2010, p. 23).

iniciativas animalistas que por dejar de consumir productos de origen animal piensan que se hallan al margen de la dominación animal. Nada mejor para ahondar un *statu quo* que creerse absolutamente fuera de él (Butler, 2001)–.

Prefigurado el escenario, ¿cuál es, entonces, el animal de la Zootecnia? El doméstico, pero, ¿qué significa eso? Leopold Adametz dice que, a menudo, se da por sentado lo que el animal doméstico puede ser, pero resulta necesario definirlo con precisión pues se suele confundir con el animal domado. Con esto en mente afirma:

> Entre las muchas definiciones, la que ha tenido mayor difusión en Zootecnia, es esta de Martin Wilckens: "Animal doméstico es el adaptado a los fines económicos del hombre, mediante la cría y cuidados artificiales" o, como dice más ampliamente en otro lugar: "Son animales domésticos, o lo pueden llegar a ser, los que, además de poder ser utilizados y explotados por el hombre, bajo la influencia del mismo pueden multiplicarse de modo regular y criarse artificialmente (Adametz, 1943, p. 1).

Adametz deduce de la definición de Wilckens que, como ya lo habíamos advertido, el animal doméstico se encuentra atado a la utilidad económica, a los beneficios que de éste el ser humano puede extraer. No obstante, la utilidad económica, el ser-productivo, implica un elemento crucial: la cría y reproducción artificial. El animal doméstico, según el autor austriaco, es entonces, en sentido estricto, aquel que puede multiplicarse regularmente en condiciones ofrecidas por el ser humano, "pues apenas hay animal cuidado y multiplicado por el hombre que no cumpla un "fin económico" en el sentido más amplio" (Adametz, 1943, p. 1). La "cría y reproducción artificial" conlleva no sólo poner en el centro de la Zootecnia el control sobre el sexo y los aparatos reproductivos de los animales, sino su inclusión propiamente dicha en la comunidad humana, de ahí el carácter "artificial" de la

cría. Los animales domésticos son animales que, ontológicamente hablando, pertenecen ya a la artificialidad de la comunidad humana, su vida no es productiva nomás, es una vida-productiva-con-el-humano, idealmente desde el nacimiento hasta la muerte (cría y reproducción artificial). Cole y Ronning argumentarán esto de manera explícita:

> En la categoría de "animales domésticos" podemos incluir a los que se encuentran bajo el cuidado del hombre durante toda su vida, aquellos cuya reproducción es o puede ser regulada por el hombre o los que son protegidos o alimentados por el hombre. Debemos excluir a la mayoría de los animales de los zoos, así como a otros muchos animales (como diversas clases de roedores y primates) que se mantienen en centros experimentales de investigación porque realmente no han sido introducidos "en el hogar" (Cole & Ronning, 1980, p. 6-7).

El "hogar" o *domus*, palabra latina con la que se hacía referencia a la casa romana en cabeza de un *dominus* (título otorgado al *paterfamilias*), equivale a la comunidad humana en cabeza de la Forma-Hombre. Que el animal doméstico pertenezca a la comunidad humana no lo hace humano, aunque cambie su estatuto ontológico, lo hace sujeto a un *dominus*. Esto, por supuesto, significa cierto grado de humanización, pero una humanización muy diferente a la solicitada por el igualitarismo, la cual no se dirige a ingresar al animal al "hogar" sino a compartir el título de *dominus*, a compartir sus prerrogativas. En otras palabras, los animales domésticos no son un Otro salvaje, no son el Otro del hogar entero, pero sí que son un Otro aún respecto del *dominus*, un Otro absolutamente a su servicio. Los animales domésticos son animales que, tras su humanización, siguen siendo animales. El *dominus* debe velar por el bienestar de los animales domésticos, debe cuidar de ellos como miembros del hogar, pero su cuida-

do nunca involucra igualdad y está ligado inexorablemente a su ser-productivo.

Por otro lado, los animales domésticos –aquí sentimos todo el peso de la metafísica de la presencia– se diferencian nítidamente de los animales salvajes. De hecho, Cole y Ronning manifiestan que un animal doméstico no puede convertirse jamás en uno salvaje, en otras palabras, el perro "dejado a su suerte" seguirá siendo perro, nunca lobo. Pero como su comportamiento y condiciones sufren transformaciones se hace necesario adicionar una nueva etiqueta: asilvestrado. Los animales domésticos que se reproducen y viven en "la naturaleza" (sí, se presupone la dicotomía naturaleza/cultura) no son, entonces, salvajes, son animales domésticos asilvestrados. Curiosamente, aunque realizan por su cuenta lo que los define como domésticos (cuidado y reproducción) y no están bajo la tutela directa del ser humano (a su servicio), continúan *ontológicamente* siendo parte de la comunidad humana y estando sujetos al *dominus*. Brilla la metafísica por su presencia, pues aunque lo que define la domesticidad no está presente, ésta sigue siendo *inherente* al animal, he allí su Ser, su esencia, que se puede "detectar", como si el científico se limitara a describir desinteresadamente una realidad externa sin incidir sobre ésta, en ciertos rasgos anatómicos, pero, seamos específicos, ¡cómo si los rasgos anatómicos fueran la marca corporal indubitable y eterna del dominio del *dominus*!:

> Un animal doméstico, o un descendiente de una población doméstica, no puede llegar a ser nunca un animal salvaje. Los animales domésticos que retornan a la naturaleza, sobreviviendo y reproduciéndose, son llamados *asilvestrados*. La distinción es neta e intelectualmente útil, aunque no resulta necesariamente satisfactoria para el ganadero cuyos corderos han sido muertos por "perros salvajes". El antepasado salvaje del perro era el lobo, aunque el perro ha experimentado cambios suficientes en las característi-

> cas de su esqueleto, encéfalo y dientes que, cuando retorna a un ambiente natural, continúa siendo un perro –aunque asilvestrado– con respecto a todo su comportamiento salvaje (Cole & Ronning, 1980, p. 8).

Lo anterior parece casi que una mímesis del discurso del Dios padre creador: "Y un día el Hombre creó al perro y, así, el perro, perro fue, y, el perro, siendo perro y siguiendo el plan humano (en lugar de "plan divino"), le debió obediencia eterna a su *dominus*". La labor de enrarecimiento que acabo de adelantar tiene la pretensión de sacudir la presunta objetividad y racionalidad total de la Zootecnia. Pese a que ésta, en tanto ciencia, se distancie explícitamente de las formas míticas de concebir el mundo, como observamos, sus enunciados pueden ser tan míticos como cualesquiera otros. Parte de la objetividad también se traduce en no involucrar la sensibilidad a la hora de clasificar, pero sólo recordemos una de las definiciones de la disciplina dadas arriba:

> [...] la zootecnia puede ser entendida como un arte, ya *que su finalidad no es otra que la creación y mejora o perfeccionamiento de las diversas aptitudes de los animales domésticos, y de tal manera ejecutada que los hagamos bellos, es decir, útiles al hombre* (Buxadé, 1994, p. 25).

Es casi cómica la explicitud: el Hombre crea un ser, que se define por estar a su servicio, y se sienta a contemplar la *belleza* de su creación. Aquí, el animal doméstico no puede ser más pasivo, es la pasividad completa, cuya "total vida" depende de la omnipotencia del *dominus*. Contrario a lo que se suele justificar, los zootecnistas no vacían de sensibilidad su quehacer, construyen una sensibilidad específica con relación a los animales domésticos, "bellos por su utilidad", una que se basa hasta cierto punto, paradójicamente, en la deseada ausencia de sensibilidad necesaria para la obtención de conocimiento "verídico". Un buen zoo-

tecnista no es una persona "cruel", o que odie o desprecie a los animales y por esa razón los explote. Resulta sobremanera más complejo: generalmente el zootecnista socializa con ellos dentro de los marcos de sensibilidad que la definición del animal permite, llorará por la violencia infligida que considere injustificada, pero creerá que el sacrificio de una vaca para la obtención de alimento es simplemente parte del plan humano, del plan del Hombre creador (seguramente esta lógica no aplica sólo para los zootecnistas). Frente a lo anterior Judith Butler pone acertadamente de manifiesto que el afecto se regula sistemáticamente de acuerdo con regímenes de poder particulares, por lo cual:

> Ésos a los que nosotros matamos no son del todo humanos, no son del todo vidas, lo que significa que no sentimos el mismo horror y la misma indignación ante la pérdida de sus vidas que ante la de esas otras que guardan una semejanza nacional o religiosa con nuestras propias vidas (Butler, 2010, p. 69).

> El plan interpretativo tácito que divide las vidas en meritorias y no meritorias funciona fundamentalmente a través de los sentidos, diferenciando los gritos que podemos oír de los que no podemos oír, las visiones que podemos ver de las que no podemos ver, y lo mismo al nivel del tacto e incluso del olfato (Butler, 2010, p. 81).

Debo admitir que, en mi caso, por razones que ahora no puedo traer a colación y que no conozco del todo, los chillidos de cerdo provenientes de ciertos complejos zootécnicos que tuve la oportunidad de ver mientras realizaba esta investigación me resultaron perturbadores, mi cuerpo no deja de recordarlos. Pero no es así para todo el mundo, por lo menos no para los zootecnistas que trabajaban allí con suma tranquilidad, cuestión que no me hace mejor ni peor respecto a alguna moral universal, sino

que me ubica en una posición particular al interior de un gran entramado tecno-bio-físico-social y de relaciones de poder.

Ahora bien, pese a la carga argumentativa que define cuidadosamente a los animales domésticos y los diferencia de los salvajes, hallando incluso, como vimos, marcas corporales (para el caso del perro el esqueleto, el encéfalo y los dientes), los mismos Cole y Ronning aceptan que dichos límites son producto de prejuicios:

> [...] actualmente conocemos que los perros derivaron de los lobos (*Canis lupus*) y, creemos, que no de otra especie. Hasta hoy día mantienen una fertilidad cruzada total y, realmente, su separación en dos especies diferentes es una distinción artificial promovida por nuestros propios prejuicios. [...] La ferocidad ha desaparecido en los perros criados a mano, aunque puede retornar súbitamente en perros que no son criados así. Sin embargo, los lobos también pueden ser amansados, especialmente si son "introducidos en el hogar" y reciben alimento, afecto, cariño y son entrenados desde la edad de 4-5 semanas (Cole & Ronning, 1980, p. 9).

¿Esquizofrenia científica?, ¿contradicción o descuido? No. La Zootecnia se basa en la maleabilidad corporal, en la constante transformación material por medio de intervenciones tecno-científicas y cruces que desafían delimitaciones estancas. El problema de la categorización es, pues, un asunto artificial de conveniencia o, expresado de otro modo, la esencialización implícita en la determinación del animal doméstico constituye un imperativo político y económico. La Zootecnia necesita e instaura sus propios mitos, crea instrumentos conceptuales efectivos y afectivos en los que, a su vez, cree fervientemente. Creencia, creación, efectividad y afectividad se con-funden, se traslapan, pero impera siempre el sólido fondo apriorístico de la creencia. El "fundamento" relacional/dinámico de la materialidad es reconocido por la disciplina mientras

éste no llegue a alterar ningún *statu quo* o, inclusive, mientras lo refuerce. *Statu quo* que carga, como hemos argumentado, todo el peso de la metafísica dominante en Occidente, empezando por la dicotomía humano/animal.

De maneara análoga a lo que sucede con el concepto de Zootecnia, Octavio Domingues sintetiza en la *Zootecnia General* de Walter Dubuc, por medio de una apelación a reconocidas figuras al interior de la disciplina, lo que constituye un animal doméstico. Este autor pone de manifiesto la lógica del ingreso al *domus* y la sujeción ontológica al *dominus* de manera contundente:

> **La domesticación de las especies**
> La palabra doméstico viene de **domus** (casa), lo que significa que los animales domésticos son los que viven en la casa, bajo el dominio del hombre. Animal doméstico es aquél criado y reproducido por el hombre, en estado de cautiverio o de mansedumbre natural, con el fin de utilizarlo o de obtener un servicio.
> Para **Keller** "son aquellos que formarían con el hombre una simbiosis durable y utilizados con un fin económico determinado, se reproducen indefinidamente en estas condiciones, siendo también objeto de una selección artificial pasajera o continua".
> **Baudement** esclareció muy bien: "los animales domésticos son los que están bajo el dominio del hombre, no individualmente, sino de generación en generación". A pesar de su definición sólo consideraba como doméstico lo que los franceses llaman **betail** y nosotros ganado. A la abeja no la incluía pues "no constituía una necesidad para la agricultura". Esto era un recuerdo de la nación que consideraba que el animal doméstico tendría por fin "el ser útil al hombre agricultor" y no propiamente a los hombres.
> La característica del animal doméstico es la perpetuidad de su condición, a través de las generaciones, hereditaria-

mente. Para **Raillet** "la domesticación se debe ejercer al mismo tiempo sobre los individuos y sobre la descendencia" (Domingues en Dubuc, 1984, p. 99).

Y luego añade:

> Un animal doméstico sería entonces aquél que, criado de generación en generación bajo la vigilancia del hombre, ha evolucionado de manera tal que ya constituye en realidad una especie, o por lo menos una raza, diferente de la forma salvaje primitiva que le dio origen.
> ¿Qué es un animal doméstico?
> Un animal doméstico, dice **Ch. Corvein**, es "aquél que forma parte de un hogar, **domus**, que está sometido al dominio de un amo al que proporciona sus productos y sus servicios, que se reproduce en estado de cautiverio voluntario y da origen a hijos que, como él, están sujetos al dominio y a la servidumbre del amo".
> [...]
> **Geoffroy Saint-Hilaire** amplía y simplifica la definición: "los animales domésticos son los que se alimentan en la casa del hombre, o alrededor de ella, donde se reproducen y son habitualmente criados". Y más adelante precisa: Domesticar un animal es habituarlo a vivir y a reproducir en la morada del hombre o cerca de ella".
> Doméstico es el que responde a la definición: ser criado y reproducido por el hombre, vivir en cautiverio y en estado de mansedumbre, debido a una tendencia natural para ser amansado y ofrecer utilidad o prestar servicio" (Domingues en Dubuc, 1984, p. 101).

Las definiciones en otros conocidos textos de *Zootecnia General* no varían mucho. Por ejemplo, para Carmona y Oteiza: "En estado de domesticidad, los animales dependen del hombre parar vivir, se

reproducen bajo su dirección y a su vez, en la mayoría de los casos, le son útiles y productivos" (1993, p. 127). Por su parte Damron, tras reiterar la esencia productiva de los animales domésticos, los define como: "*Those species that have been wrought under human control and that have adapted to life with humans*" (2006, p. 4). Es menester, en este punto, llamar la atención sobre algo que ya fue mencionado rápidamente. Si bien el *dominus* debe velar por sus animales domésticos, incluso procurar su bienestar, tal hecho no se puede equiparar jamás con una supresión de la jerarquía. En ese sentido es que los zootecnistas hacen uso de la palabra "simbiosis". Recordemos que para Keller, citado arriba por Dubuc, los animales domésticos "son aquellos que formarían con el hombre una simbiosis durable" (1984, p. 99). Relación que, para Maroto, debe distinguirse claramente del parasitismo ya que:

> [...] el domesticador, el hombre, adquiere también un cierto grado de compromiso para cuidar de sus animales y los propios animales aceptan esta relación. En esta nueva actitud, el hombre se impone principalmente creando una barrera de aislamiento sexual entre los individuos silvestres y los domesticados, dentro de la cual se inserta su programa de selección. Los animales domesticados viven en rebaños mayores en los que el hombre es la autoridad jerárquica, que los cuida y controla y defiende de sus predadores para aprovechar las materias primas que le ofrecen: carne, leche, lana... (Maroto, 1998, p. 43-44).

Se deduce que la simbiosis es una relación jerárquica en donde el Hombre y el animal doméstico terminan recibiendo beneficios mutuos. Pero tenemos que aseverar algo con vehemencia: si bien el Hombre "cuida, controla y defiende", como apunta Maroto, el animal entrega su vida entera ("materias primas"). La dinámica esbozada nos permite arriesgar dos tesis que ya Jacques Derrida (2010) ha planteado con anterioridad. En primer lugar, la lógica de

la "simbiosis" es prácticamente una dinámica de instauración de la soberanía. Derrida, para abordar el tema, trae a colación al filósofo inglés Thomas Hobbes pues es él quien, en la teorización del Estado absolutista (fundamento del moderno Estado-nación), describe la soberanía como el poder supremo encarnado en un monarca que constituye la cabeza de todo el cuerpo político. Lo interesante es que los súbditos deben "ceder su poder" al monarca, entregarle su vida entera (potencia de actuar) con el fin de que ésta sea garantizada. Del traspaso de poder emergen la soberanía y un nuevo orden. En el caso de la simbiosis, concepto que aquí leemos más como (micro)político que meramente biológico, los animales domésticos se ven compelidos a entregar, igualmente, su vida entera, en tanto que el deber único del *dominus* es su cuidado y defensa.

Así la vida, en el Estado absolutista y en el moderno, y para la Zootecnia, aunque de maneras diferentes, hace parte de la constitución y los objetivos del poder. Simbiosis es un concepto, a nuestros ojos, bastante desafortunado, ya que, aunque para el sentido común suele evocar relaciones horizontales y recíprocas, en el caso de la Producción Animal alude a una entrega incondicional, donde los "beneficios" percibidos por el animal doméstico no son otros que los necesarios para que el Hombre pueda aprovechar la vida cedida (control, cuidado y defensa). Es decir, los beneficios del uno parecen ser, más que beneficios, prerrogativas para el otro. No pretendemos aquí necesariamente forzar el análisis empatando asuntos heterogéneos; más bien, en consonancia con Derrida, apelamos a la ficción narrativa que es la soberanía, a sus lógicas generales. El *quid* del problema no consiste en si existe o no la soberanía, sino cómo opera, de qué manera funciona cuando aparece y qué efectos produce, más allá de si es realmente lo que dice ser, a saber, el poder supremo. Al tiempo, esbozamos posibles continuidades, quizá fractales, entre macro y micro política[13], cuestión que

13 No se emplea acá, en sentido estricto, el concepto de micropolítica propuesto por Deleuze y Guattari (2010), nuestra distinción entre macro y micro es mucho más simple, remite a una diferencia de escala.

dejamos para el siguiente capítulo. Por ahora notemos que la Zootecnia cruza, como sucede cuando investigamos los fundamentos de la política moderna, el dominio teológico con el estatal. El Hombre, en el discurso zootécnico, se erige como un Dios creador mundano o un omnipotente rey terrenal. Las nociones de "simbiosis" y "domesticación" son intentos por biologizar conceptos eminentemente teológico-políticos. No es casual que Cole y Ronning desplieguen en su Curso de Zootecnia los siguientes epígrafes:

> Y echóles Dios su bendición, y dijo: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y enseñoreaos de ella, y dominad a los peces del mar, y a las aves del cielo, y a todos los animales que se mueven sobre la tierra. Génesis 1:28 (1980, p. 20).

> Toda la carne no es la misma carne: más bien existe un tipo de carne de los hombres, otra carne de las bestias, otra de los peces, y otra de los pájaros I. Corintios, XV; 39 (1980, p. 61).

> Un hombre virtuoso ha mirado por la vida de su bestia. Proverbios XII: 10 (1980, p. 121).

> Hizo pues Dios las bestias de la tierra según sus especies, y los animales domésticos. Génesis II. 25 (1980, p. 157).

> Ten exacto conocimiento de tu ganado, y no pierdas de vista tus rebaños. Proverbios 27:23 (1980, p. 585).

Tampoco es casual que Geraldo Torres realice el mismo gesto en su *Bases para o estudo da zootecnia*:

> Tendo, pois, Senhor Deus formado da terra todos os animais terrestres e todas as aves do céu, Ele os levou a Adão para este ver como os havia de chamar. Gen. 2. 19-20 (1990, p. 11).

Inclusive es posible encontrar afirmaciones que apelan al papel directo de Dios (que luego se yuxtapone a la agencia ilimitada del Hombre):

> El Creador colocó al rumiante como un importante engarce de unión en la cadena de la energía; la energía del Sol es utilizada por las plantas, que son consumidas por los rumiantes, que a su vez alimentan a los animales no rumiantes, incluyendo el hombre (MacCullough, 1976, p. 12).

Ahora bien, en el campo de la teoría política contemporánea se ha explorado con creces cómo la modernidad (Lemm, 2013), e incluso la misma tradición occidental (Agamben, 2003), ha implicado la escisión e inclusión excluyente de la vida animal (*zoé*); sin embargo los textos de Zootecnia presentan un movimiento a menudo ignorado: la politicidad inherente a la biología misma, en nuestro caso aquélla constitutiva de la Zootecnia, de sus prácticas en cuanto tales y no simplemente por su vínculo con el Estado. En parte esta aseveración nos lleva a desarrollar a lo largo del Capítulo 3 una "teoría política de la dominación animal", que, de hecho, vislumbramos considerando los enunciados proporcionados por la Zootecnia.

En síntesis, ¿cuál es, hasta ahora, el animal de la Zootecnia? Es el animal doméstico, uno en esencia productivo, que deviene tal por medio de su introducción en la comunidad humana e irrestricta sujeción ontológica a un Hombre presentado como soberano, Dios creador (omnipotente) o inclusive, en virtud de la "simbiosis", como padre benevolente y protector. Un Hombre que, a su vez, se siente satisfecho ante la belleza de sus creaciones dada su utilidad, lo cual envuelve la construcción de una sensibilidad particular. Ése es el gran enunciado sedimentado, he ahí el ideal normativo presupuesto, reiterado y perseguido por la ciencia de la explotación animal. Adicionalmente, hemos sugerido que la domesticidad trae aparejado un énfasis en: 1) el control de la reproducción y, por

consiguiente, de los aparatos reproductivos, y 2) en ciertas características corporales que, aunque el animal se halle apartado del dominio humano inmediato, hacen de éste aún uno doméstico. Respecto a lo último, pusimos de manifiesto también el confesado carácter artificial e interesado de los límites entre lo doméstico y lo salvaje trazados por la Zootecnia. Si asumimos el anterior entramado sedimentado como un colosal mito fundamentado teológica y políticamente, podríamos añadir que particularmente los dos últimos énfasis constituyen un modo de secularizar y biologizar fuertemente el discurso teológico-político. A dichos aspectos es menester sumar tres elementos entrelazados: orígenes de la domesticación, racialización y normalización.

Los orígenes de la domesticación, para proseguir con el enrarecimiento que convierte la ciencia en mito, podrían interpretarse como el Génesis de la Zootecnia. Puesto que en el siguiente capítulo nos ocuparemos con más detalle de este tema, entretanto quisiera sólo resaltar el hecho de que prácticamente todos los textos hacen una alusión al Adán del *dominus*: el perro. En el marco de una historia humana, universal, lineal y tendiente al progreso (que abreviaremos como Historia), se habla de aquellos tiempos en los que:

> El padre mató una loba, así pudo haber sido, y trajo a casa a los jóvenes lobeznos que agradaron a los niños y posiblemente a la madre, y así los cachorros de lobo fueron conservados para ser criados en el campamento. De esta manera, los cachorros de lobo, que hallaron amistad en este grupo, aprendieron a acomodarse dentro de la familia humana y a someterse al hombre, en sustitución del lobo jefe de la manada. Los más salvajes huyeron; los más amansados se quedaron y se movieron con el hombre, viviendo con los despojos de la caza, cazando pequeños animales por sí mismos, criando sus cachorros en el campamento y llegando a ser perros (Cole & Ronning, 1980, p. 8).

Cómo dejar de prestar atención a los innumerables prejuicios de este relato, tal vez para mí el más notorio es su estructura masculina-viril. Nótese que el *domus* humano está integrado por una familia heterosexual trans-histórica, conformada por padre, madre e hijos. Aclaro que utilizo el concepto de heterosexualidad tanto en el sentido de orientación sexual, como en el de asunción incontrovertida del dimorfismo sexual y de roles de género definidos. Concepto actualmente sometido a lecturas deconstructivas (Butler, 2001), a la historización antropológica (Lugones, 2008), e incluso rebatido a partir de la biología heterodoxa y de planteos materialistas-feministas (Haraway, 1995; Fausto-Sterling, 2006). Por otro lado, a quien el lobo se somete es al Hombre, al humano en sentido estricto, a la cabeza del cuerpo político. Además, el padre-humano mata a la madre-loba en un soterrado desprecio de lo salvaje-femenino, y se apropia de los lobeznos que, bajo su autoridad, sobrevienen en perros reproducidos con regularidad. Pero la historia continúa, de hecho se complejiza, los perros quedan sujetos al *dominus* como animales-de-compañía o, en otros términos, su función se convierte en su ontología. Este paso es fundamental. Ya sabíamos que el animal doméstico constituía un animal productivo, *esencialmente* útil al Hombre, pero dicha utilidad es diferenciada, a seres específicos corresponden utilidades concretas *por naturaleza*:

> [...] los perros no fueron domesticados como fuentes de alimento [...] Así, creo que el hombre y el lobezno amansado –generaciones más tarde, el hombre y el perro– han mantenido siempre una relación diferente a la de consumidor y consumido, conclusión que no indica que el perro fuese necesariamente un animal de compañía mimado. En realidad, sabemos que distintos pueblos de épocas pasadas (Aztecas y Polinesios, en particular) han criado perros como fuente de alimento, y que, lejos de gozar de una situación de favor, los perros suelen ser considerados

> en tierras mahometanas como animales inmundos cuya principal utilidad para el hombre estriba en consumir residuos y basuras en los poblados (Cole & Ronning, 1980, pp. 9-10).

Se deriva, entonces, que el tratamiento correcto, normal, natural e indicado del perro no es como fuente de alimento, sin importar que diferentes pueblos lo hayan criado o lo críen para tal fin. Con base en lo mencionado, no cuesta mucho trabajo comprender por qué muchas personas occidentalizadas se entregan, sin mayor inconveniente, al consumo de pollos, cerdos o reses, pero consideran una aberración criar y sacrificar perros, gatos o animales salvajes para un objetivo análogo. Finalmente según el relato mítico, una vez domesticado el lobo, el Hombre empieza a crear *ex professo* diversidad de seres a su servicio:

> El hombre primitivo, en su etapa nómada, tuvo como primer compañía animal al perro, que lo protegió en las noches y le sirvió como ayuda en la cacería, posiblemente hasta de congéneres. Una vez se estableció y comenzó su vida sedentaria, surgió como una necesidad domar y encerrar a los animales, comenzando de esta forma la domesticación. Desde entonces, el hombre ha tenido que prestar atención a la crianza, manejo, alimentación y mejoramiento de las especies domésticas, lo que dio origen a la zootecnia (Bello, 1984, p. 35).

Alcanzamos de esta manera el problema de la racialización de los animales domésticos. Si la raza cumple un papel determinante en la Zootecnia es porque, justamente, instituye una equivalencia entre cuerpos específicos y funciones puntuales. Por medio de la raza la productividad concreta, una función, es transformada en ontología. A manera de ejemplo, no tenemos vacas que den leche, sino vacas-lecheras; no existe el ganado bovino que sea sacrificado

para la ingesta de carne, sino ganado-bovino-de-carne. La función se funde con el animal, el *dominus* está presente incluso en su ausencia. Adametz, nuevamente, es bastante ilustrativo:

> Con el desarrollo de la cultura de los pueblos, no sólo aumenta el número de las especies domesticadas por el hombre, sino que, dentro de cada especie, se producen diversos tipos y formas que se distinguen como razas y subrazas, las cuales, por ser mucho más especializadas, resultan particularmente apropiadas para los diversos fines del hombre. Semejante desarrollo de la Zootecnia, se observa hoy en todos los pueblos muy civilizados. Como ejemplo de tal diversificación de una especie doméstica en razas numerosas, destinadas a fines económicos más o menos circunscritos y precisos, mencionaremos las diferentes razas de ganado bovino. Encontramos, I. razas especialmente adecuadas para el trabajo, como las de las estepas del sudeste de Europa; 2., razas criadas especialmente para la producción cuantitativa de leche, como, por ejemplo, ciertas variedades de ganado de las llanuras; 3., razas productoras de medianas cantidades de leche, pero notables por la gran cantidad de grasa o manteca de la misma (Jersey); 4., bóvidos de grande y precoz desarrollo con singular producción de carne (shorthorns), (Aberdeen-Angus); 5., bóvidos de rendimiento llamado combinado, en los que coexisten, ora la producción de carne y leche (dairy-short-horns, ganado de Oldenburgo de las llanuras de Weser, etc.), ora, de manera más o menos feliz, los tres rendimientos económicos (ganado berrendo de Berna de tipo antiguo, Simmental); 6., por último, existe un tipo, el ganado escocés de las alturas, que obra estéticamente por los bellos colores de su capa y anima y adorna los parques de los propietarios ingleses ricos, los cuales los crían preferentemente con este fin (1943, p. 3).

Aunque para la Zootecnia las especies son importantes, la raza es lo realmente central porque constituye un producto humano. Los animales creados por el Hombre son razas, no otra cosa: "Es necesario tener presente que la raza siempre es producto del hombre, por lo que no hay que confundirla con la especie, en cuya formación no ha intervenido ni puede hacerlo" (Carmona y Oteiza, 1993, p. 265); "La raza, a diferencia de la especie o la subespecie, ha sido "hecha" por el hombre" (Sañudo, 2011, p. 3). En cuanto a la agrupación de los "individuos" –como son denominados– en razas, existen múltiples factores (genéticos, morfológicos, ecológicos), pero lo que finalmente se impone siempre es el perfil productivo, los elementos agrupados deben arrojar una transparente utilidad específica para cada ser[14]. Es más, el concepto de raza es

14 Sin excepción, los autores remarcan la productividad como criterio definitivo al momento de distinguir las razas: "Las distinciones que apreciamos pueden ser caracteres superficiales o de otros con una importancia fundamental para el productor o para el consumidor." (Cole & Ronning, 1980, p. 286).
"La importancia relativa de tales razas varía según sean las necesidades económicas y los dictados de la moda, aunque se ha intentado incluir aquellas razas que el ganadero puede identificar." (King, 1981, p. 1).
"La política agropecuaria ha fijado como estrategia el incremento de la producción bovina con sus derivados y el aumento del ingreso del productor campesino a través del fomento de las especies menores. Por ello, se plantea la necesidad de conocer dentro de cada especie las características de las diferentes razas, con el ánimo de elegir en cada una los mejores elementos para contribuir al mejoramiento de una explotación en particular y de la ganadería nacional a largo plazo" (Bello, 1984, p. 15).
"Conocer la separación y limitación de los animales al ambiente natural o artificial para valorarlos como tipos funcionales económicos. Permanencia por selección. Como el hombre para forzar la producción prepara y establece condiciones para explotarlos, se producen reacciones, que examina, estudia, analiza y mide para opinar a favor de aquel o este manejo" (Dubuc, 1984, p. 13).
"Para hacer la elección de una raza hay que procurar que reúna las siguientes condiciones:
-Que sea homogénea, es decir, que ofrezca pocas variaciones dentro de su tipo y rendimiento.
-Que sea productiva, que rinda en cantidad y calidad.
-Que tenga un elevado coeficiente de transformación.
-Que posean un poder de adaptación amplio, pues siendo reconocidas en la región se criarán con facilidad en climas y terrenos adaptados a ellos.
-Es conveniente que tenga más de una actitud (sic) económica teniendo en cuenta que su final es el matadero y por tanto no está por demás, que posea siempre excelentes cualidades para el cebamiento.
-Es necesario que sus productos tengan buena colocación en el mercado.
-Que sea una raza longeva, fértil y resistente a las enfermedades.

tan arbitrario, excesivamente maleable[15], que hay un consenso en la Biología en torno a su desuso. Sea como fuere, en el ámbito zootécnico permanece vigente y a diario opera. El siguiente fragmento del *Atlas mundial de Etnología Zootécnica* resume lo esbozado hasta el momento en cuanto a la definición de la raza:

> RAZA
> [...]
> Definición práctica: Conjunto de animales que la "autoridad" pertinente ha decidido que lo sea.
> Definición FAO: Grupo subespecífico de animales domésticos con características externas definidas e identificables que le permiten, por apreciación visual, ser diferenciado de otros grupos definidos de la misma especie.
> Definición SEZ: La Sociedad Española de Zooetnología (SEZ) define la raza como la FAO, pero le añade, después de identificables, el paréntesis (morfológicas, fanerópticas, morfoestructurales + fisiozootécnicas) para realzar esas características externas y completar la definición con un aspecto racial básico: la productividad (Sañudo, 2011, p. 2).

-Que demuestre que comercialmente es benéfica para quien la adquiera" (Leal, 1999, p.30-31).

"[...] existe un gran número de palabras, conceptos, designaciones, etcétera, que han conformado todo un léxico cuyo conocimiento es imprescindible para los estudiantes y estudiosos de las disciplinas zootécnicas y actividades afines, principalmente para los criadores y ganaderos, cuya constante superación no es sólo una necesidad cultural, sino también económica, ya que les permite lograr una mayor producción y productividad en sus explotaciones." (Carmona y Oteiza, 1993, p. 7).

"Para la identificación de grupos de animales se van a estudiar los principios básicos de la etnología o estudios de las diversas agrupaciones específicas de los animales y sus clasificaciones raciales. Esto va a permitir el conocimiento de las diferentes aptitudes productivas de los animales domésticos, es decir, conocer a través de los caracteres exteriores de los animales cuál va a ser su orientación productiva y distinguirlos de otros grupos de animales con orientaciones productivas distintas." (Caravaca, 2003, p. 37).

15 "A las semejanzas, tanto morfológicas como funcionales, que permiten agrupar a los animales de una misma especie en razas concretas se les denomina **caracteres étnicos** (Sotillo y Serrano, 1985). Estos caracteres no permanecen fijos durante toda la vida del animal, sino que sufren una variación individual y colectiva, lo que complica su apreciación y, con ello, la definición de una raza. Por tanto, la raza no es una entidad estática, sino un proceso dinámico" (Caravaca, 2003, p. 42).

"Etnología" se le llama al campo de la Zootecnia encargado de estudiar las razas de animales domésticos. Dado que este campo se estructura alrededor de un término problemático, "raza", cuestionado por su asociación al racismo y en desuso por la Biología, el *Atlas* advierte que es necesario distinguir el mismo concepto aplicado para humanos y animales domésticos. En el primer caso es la "ciencia que se dedica al estudio de los pueblos" (Sañudo, 2011, p. 2), a lo que se acota:

> Esta definición etimológica no es válida para los animales domésticos, ya que tiene un carácter marcadamente antropomórfico, en cuanto que consideramos a un pueblo como aquella agrupación de individuos capaces de generar una cultura propia. Hecho, este último, claramente asociado a la especie humana (Sañudo, 2011, p. 2).

Lo anterior conduce a concluir que:

> Hay una cierta tendencia, en el momento actual, a negar a la raza su existencia. Ello se debe a que, influidos por sentimientos humanos, raza se asocia a racismo, lo que crea un ambiente poco favorable para la consideración, en lo que debería ser simplemente una riqueza biológica, de la diferenciación racial. Pero, evidentemente, esta negación de la raza no debería influir en el concepto aplicado a las especies domésticas.
> Por otra parte, es cierto que hay enormes semejanzas en el genoma, dentro de una especie dada, e incluso entre especies diferentes. Esto hace que muchos científicos, del ámbito zootécnico, nieguen el concepto genético de lo que es la raza (Sañudo, 2011, p. 4).

Las anteriores afirmaciones consignadas en el *Atlas* no poseen más fundamento que el cuestionado unas páginas atrás. Mediante

el uso de la dicotomía humano/animal, legitimada ampliamente por la filosofía y las ciencias sociales, se arguye que lo que distingue a los seres humanos de los animales es la cultura y, como los animales carecen de cultura, éstos son organizados y divididos por sus meras diferencias biológicas. Se cierra, pues, el círculo argumentativo: el Hombre, animal excepcional, carece de cualquier determinación biológica, es un Dios terrenal, trasciende el mundo natural-animal y lo domina, mientras los (demás) animales se mantienen en un estado puramente biológico, es decir, no social. El *dominus*, constitutivamente anti-esencial, no puede ser organizado y jerarquizado en razas, sino, a lo sumo, en "culturas", las cuales se generan y cambian debido a que el Hombre es diverso y dinámico en sí mismo. En la imparable trasmutación y diversificación radica la humanidad del *dominus* soberano. De repente, con la meta de racializar una miríada de singularidades vivientes y controlarlas, todo el mundo social-afectivo de los "animales domésticos" queda suspendido, desaparece.

Este último es un punto altamente paradójico ya que los animales domésticos, para su domesticación, deben ser considerados previamente sociales. Así, en efecto, lo ratifica el mito del Génesis zootécnico, donde una estructura social, la del lobo, es desestructurada y suplantada por el entramado de relaciones humanas, por el *domus* humano y sus jerarquías: "La sociabilidad es característica muy propia de animales que viven en domesticidad, [...]. Sin esa cualidad la domesticación es difícil" (Dubuc, 1984, p. 104). Lo que aquí no podemos perder de vista es que la Zootecnia está lejos de ser una ciencia "inocente". La paradoja no representa un descuido o una sencilla incoherencia; por el contrario, el complejo mundo social-afectivo es expulsado adrede porque no es la vida en general lo que se posiciona en el centro, lo que se ubica como relevante es, así lo expresamos al inicio del capítulo, una vida acotada, fragmentada, estimada en su productividad biológica. Cuestionar dicho fundamento es "obra anárquica".

A la par, proyectar y defender al animal doméstico *ideal* entronizado por la Zootecnia, conlleva una serie de exclusiones inherentes. Es decir, una apuesta por la *normalidad* del animal doméstico, por un *ideal normativo*; involucra, asimismo, una idea de *anormalidad* e incluso de lo monstruoso (Haraway, 1999), de lo que no cabe en el "taxón". De hecho, en la Introducción a la Zootecnia de J. King se puede leer algo directamente relacionado que es común en estos textos:

> [...] se han creado diversas asociaciones raciales y establecido estándares para las diversas razas. Tales estándares enumeran los aspectos convenientes en cada animal y, en la mayoría de los casos, incluyen también las características no deseables. Las exhibiciones de ganado se celebran para que los animales puedan ser presentados en competición y se les asigne por los jueces una puntuación según las características de su raza. Aunque las exhibiciones han sido criticadas porque no prestan suficiente atención a los aspectos económicos, ayudan de forma indudable a mejorar la calidad del ganado (1981, p. 4-5).

En la misma línea, Bello propone una serie de pasos prácticos para examinar a la mayoría de "ejemplares". Como corolario del procedimiento, en el texto aparecen ilustraciones que presentan a los animales domésticos en posiciones normativas ––las ilustraciones son transversales a los diferentes libros de Zootecnia General:

> 1. Debe elegirse un medio conocido por el animal, plano y con iluminación natural suficiente (1984, p. 39).
> 2. El animal será observado en condiciones de tranquilidad, con su cuerpo colocado en forma natural para cada especie. Si el animal no se halla en posición correcta, debe inducírsela antes de hacer el examen del ejemplar.

3. El observador se colocará a prudente distancia para evitar accidentes. El manejo del ejemplar debe hacerse por la persona que habitualmente lo atiende. En caso de ser necesaria una observación cercana detenida, el ayudante sujetará al animal e incluso lo inmovilizará.
4. El observador hará el examen colocado inicialmente frente a la cabeza, luego al lado derecho, posteriormente al lado izquierdo y finalizará la observación en posición a la parte posterior del animal (1984, p. 41).

El procedimiento anterior, uno de los más simples, regularmente va acompañado del uso de la estadística y las matemáticas, produce una profunda ilusión de objetividad que contribuye a la fijación del *ideal normativo*. Estos "pasos prácticos", junto con otras herramientas, dan lugar a imágenes esenciales, ficciones reguladoras a las que se deben adaptar las singularidades vivientes, quedando unas por fuera, posibilitando un campo de normalidad con sus consecuentes desviaciones. Si bien las singularidades no se adaptan nunca a tal imagen en sentido estricto, no la encarnan absolutamente, ésta incide sobre su construcción corporal. Empero, el procedimiento también da cuenta de la posible resistencia o potencia vital ante su objetivación. Si la "posición natural" debe ser inducida, si se debe apelar hasta a la inmovilización, es en parte porque las singularidades vivientes siempre pueden más de lo que se pretende que *sean*. En las imágenes finales generadas mediante procedimientos como el que Bello resume, desaparecen todas esas intervenciones y "desvíos" (posiciones "incorrectas", movimientos, "anomalías", etc.). Así pues, las imágenes resultantes del examen son realizativas, no simplemente descriptivas, antes que reproducir la realidad la producen con base en unos *ideales normativos* presupuestos y perseguidos.

La afirmación del animal doméstico es, de forma concomitante, la exclusión de la vida misma, de todo un mundo afectivo-relacional. Definir "un cuerpo a partir del verbo "ser" supone

separarlo de lo que puede y ajustarlo a una imagen o identidad ya determinada (o teleológica) que domina al conjunto en función de cierto resultado, que opera una codificación en relación a una norma" (Giorgi & Rodríguez, 2007, p. 22). Frente a esto las iniciativas animalistas suelen ser perceptivas. Numerosas imágenes y videos, generalmente puestos a circular en la Internet, nos presentan a los "animales domésticos" en contextos y llevando vidas que, se supone, no atañen a su esencia. El documental *El Reino Apacible* (2004), por ejemplo, narra la historia de un conjunto de granjeros que renunciaron al sacrificio de animales y decidieron fundar una granja-santuario. Allí los humanos conviven con los animales domésticos de tal suerte que, por sus prácticas, poco merecen las etiquetas de "humanos" y "animales domésticos".

Heterogéneas singularidades vivientes *despreciadas* por las granjas tradicionales e industriales (ambas atravesadas por el saber y las prácticas de la Zootecnia), a saber, singularidades *desechadas* por no ajustarse a la normatividad animal, viven tranquilamente en la granja-santuario, en compañía de *domini* cuya forma de vida (sus relacionamientos, sensibilidad, etc.) ha cambiado tanto que difícilmente merecen esa etiqueta. Es viable plantear, sin recurrir a idealizaciones, que la lógica "simbiótica" ha pasado a ser una más "mutualista". En la granja-santuario hay intercambio de afectos, cuidados, apoyo mutuo y potenciamiento de vidas allende la productividad. Un zootecnista, y probablemente un público significativamente amplio, podrían ver fácilmente en la experiencia brevemente descrita un caso insigne de antropomorfización, pero un juicio de ese tipo parte del supuestamente indubitable hecho de que hay ciertas facultades monopolio de los seres humanos. Más aun, la sospecha de antropomorfismo podría acrecentarse teniendo en cuenta que en el documental se utilizan palabras como "personalidades" y "sentimientos" para hacer referencia a las vidas de animales como vacas, gallinas y cerdos. De todas maneras, no me propongo demostrar, fundamentándome en el documental, que los animales

tienen "características humanas". Si el caso me interesa es porque muestra otros mundos posibles, viables, ya puestos en marcha, donde la vida de los "animales domésticos" resulta estar compuesta por numerosos aspectos sin interés para la Zootecnia hoy.

Del mismo modo, quiero reconocer mi deuda político-intelectual con intervenciones animalistas que, de vez en vez sin saberlo, des-racializan y des-domestican al animal de la Zootecnia. A continuación presento un par de imágenes, cuya autoría afortunadamente nadie reclama y que, como el documental, circulan libremente en la Internet, las cuales traigo a colación como formas de conocimiento en sí mismas. Por lo tanto no deben ser concebidas a la manera de "aditivos" al presente trabajo o "ejemplos" para el obrar, sino como conocimientos que recorren los análisis hechos a lo largo de este capítulo, aunque, por supuesto, no los totalizan. En suma, lo que he valorado especialmente es su fuerza des-esencializante.

LA VACA NO ES UNA FABRICA DE LECHE
LA GALLINA NO ES UNA FABRICA DE HUEVOS
LOS ANIMALES NO SON FABRICAS

LA VACA
La vaca no da leche
a la vaca se la quitan
La vaca no da cuero
a la vaca se lo arrancan
La vaca no da carne
a la vaca la despedazan

Primer canto

Ante la Ley

Me gustaría sentirme justo así
Como un insecto
Pero no el del sentido común
No el zancudo de hoy
No el presente ante sus ojos soberanos
Ante su miedo
El suyo
El que instila
Que hago mío
El miedo a mi padre
Que es mi jefe y mi maestro
Que es la Verdad
Que *es*, en sentido estricto

Y yo
Con mis menudas alitas de mosquito minúsculo
… levemente rotas, a la Lemebel
Así, precario
Como sin-ser

Y yo ante Él
Porque la Verdad tiene un blanco rostro de hombre adulto

Y yo ante su miedo, que me es exterior y me entristece
Yo, yo no-ser, sufro ante Él, que dice *ser*

Pero hoy me rio
Siendo un insecto
Precario, a merced de la vida
Sabiendo que esa es la única dicha

Y la dicha por la cual sus ojos soberanos devienen farsa

Y yo, insecto
Insecto de los mil cuerpos sin rostro
Insecto de las *n* potencias innominadas
Yo insecto, que no es más yo
Que sólo es como siendo, desapropiado
Insecto
Insectos, siempre muchos
Nunca Uno
Que también son liquen, saliva y silicio

Y yo, que ya no le creo a los ojos soberanos de mi padre
Yo que a nada deberé llegar
Pues no hay mayoría de edad desde que se derrumba el ser
Desde su perene falla intrínseca

Insecto de alitas rotas
Potencia de la vida
Potencia de la impotencia
Vida sin nombre.

Capítulo II
Progreso y domesticación: El peso de la Historia

El Dios de Spencer era la Evolución, también llamada a veces Progreso. Spencer era uno de los más vocingleros en su devoción a este Dios, pero en modo alguno el único de los fieles. Como muchos otros pensadores sociales, creía que el hombre estaba situado cerca del punto culminante de un largo proceso lineal, que se extendía ininterrumpidamente, sin cambios esenciales de dirección, hasta el amanecer del hombre primitivo. Spencer, además, creía que este punto culminante estaba siendo alcanzado en la sociedad industrial de la moderna Europa Occidental. Tanto él como los que pensaban como él confiaban en que la evolución llevaría este proceso adelante, casi indefinidamente, en la misma dirección

Talcott Parsons

Este capítulo, al igual que el anterior, ha sido dividido en dos acápites. A lo largo del primero, intitulado "Historia, raza y domesticación", sostenemos que la Zootecnia concibe su historia, y la historia en general, de forma lineal tendiente al progreso. Cuestión que se produce bajo el influjo del discurso de la pureza de sangre (Mignolo, 2000) y de lo que Enrique Dussel (1992) denomina el mito de la modernidad, la supremacía cultural y la falacia desarrollista. Considerando dichos aspectos, argumentamos también que es posible verificar, actualmente, un funcionamiento interseccional del poder en términos del cruce entre racismo humano y explotación animal.

Por otra parte, el segundo acápite explora lo que llamamos el régimen biopolítico y la consolidación de la Zootecnia en Colom-

bia. Allí contextualizamos los textos de Zootecnia General en el escenario del discurso del desarrollo (Escobar, 2012) y, tras trabajar algunos planteos teóricos en torno a la biopolítica elaborados por Michel Foucault (1997) y Zandra Pedraza (2004), proponemos los conceptos de "discriminación de Estado" y "discriminación supraestatal". Finalmente, después de articular las temáticas esbozadas atrás, colegimos que el discurso zootécnico, incluyendo su concepción de la historia y de las relaciones humano/animal, sólo se pueden entender en un contexto moderno-colonial caracterizado por el auge de cinco principios ligados a la biología evolutiva: evolución lineal tendiente al progreso; taxonomización jerárquica; competencia y lucha por la adaptación y la supervivencia; extinción de los menos aptos; y, concepción de la naturaleza como cambiante y susceptible de ser intervenida, modificada y racionalizada.

Historia, raza y domesticación

Quisiera iniciar el presente acápite nuevamente haciendo alusión a Adametz, puesto que logra sintetizar un conjunto de enunciados, referidos a la relación entre Historia, raza y domesticación, recurrentes en los diversos textos de Zootecnia General. En primer lugar, este autor es enfático al aseverar que la domesticación representa, sobre todo, "un progreso del hombre": "La domesticación de algunas especies data de tiempos prehistóricos; en la edad de piedra pulimentada (neolítica), era ya una conquista y un progreso del hombre" (1943, p. 2). Sin embargo se apresura a añadir que "no todas las razas humanas pudieron dar este paso cultural de tanta importancia. Hoy existen todavía numerosas tribus humanas desprovistas de animales domésticos, a pesar del ejemplo de otras vecinas que los crían desde tiempo inmemorial" (1943, p. 2). Según el autor austríaco así sucede con la "raza de los pigmeos", "cuyos representantes más conocidos son los pueblos enanos de las selvas vírgenes del África Central y los

bosquimanos, los cuales todavía se limitan a cogerlos o cazarlos" (1943, p. 2-3). Asimismo, afirma que:

> Los negros tampoco han domesticado un solo animal por iniciativa propia. Esta falta de originalidad es más llamativa si se considera que tienen a su alcance bestias que, como el antílope Oreas Kanna, parecen creadas exprofeso para la domesticación. Dondequiera que vemos animales domesticados en poder de negros o negroides, los recibieron éstos de los etíopes, antigua raza camítica colonizadora del norte de África. De la que también recibieron sangre, a juzgar por los caracteres de su cuerpo. Otro grado de cultura, más inferior aún, es el de pueblos que sólo disponen de unas pocas especies animales. [...]
> Con el desarrollo de la cultura de los pueblos, no sólo aumenta el número de las especies domesticadas por el hombre, sino que, dentro de cada especie, se producen diversos tipos y formas que se distinguen como razas y subrazas, las cuales, por ser mucho más especializadas, resultan particularmente apropiadas para los diversos fines del hombre. Semejante desarrollo de la Zootecnia, se observa hoy en todos los pueblos muy civilizados (1943, p. 2-3).

Por supuesto, muchos de los conceptos empleados por Adametz serían percibidos actualmente en el escenario académico como desafortunados y políticamente incorrectos. Recordemos que de acuerdo con el *Atlas mundial de Etnología Zootécnica* (Sañudo, 2011), la etnología en el campo de la Producción Animal hace alusión al estudio de las razas animales, pero cuando de lo humano se trata la referencia inmediata ya no es a la raza sino a las culturas, a la diversidad de culturas humanas. Adametz, en cambio, no titubea al hablar de razas humanas y, lo que me parece más interesante, las muestra como equivalentes a los "pueblos", cada uno con un grado de desarrollo cultural diferente. Si

bien es cierto que, como apuntan Grimson y Semán (2005), la transición de la noción de raza a la de cultura constituyó un paso importante para rechazar el determinismo biológico, no es menos verdadero que, a menudo, dicho proceso ha estado acompañado de una resustancialización relacionada de una u otra forma con las divisiones raciales. Aunque no determinadas por la biología, las culturas se leyeron, y esto sigue siendo válido para muchos discursos contemporáneos dentro de los cuales se destaca el multiculturalismo liberal (Hall, 2010), como entidades delimitadas, unas claramente distinguibles de otras, con elementos constitutivos estables e identificables. La cita de Adametz, justamente, posibilita comprender varias continuidades tanto entre los conceptos de raza y cultura como entre los discursos raciales y ciertas lógicas culturales contemporáneas, poscoloniales.

Adametz explícitamente reactiva un antiguo discurso colonial, el discurso de la pureza de sangre, el cual, según Walter Mignolo (2000), adquirió un alcance global, un ímpetu universalista, cuando realmente atendía a una historia local. En términos concretos, para Mignolo la hegemonía alcanzada por España durante los siglos XVI y XVII permitió que un esquema de clasificación de la población característico de la Edad Media europea se impusiera como un modelo dominante a nivel mundial. Santiago Castro-Gómez resume tal dinámica de la siguiente manera:

> Este discurso operó en el siglo XVI como el primer esquema de clasificación de la población humana mundial. Aunque no surgió en el siglo XVI sino que se gestó, lentamente, durante la Edad Media cristiana el discurso de la pureza de sangre se tornó hegemónico gracias a la expansión comercial de España hacia el Atlántico y el comienzo de la colonización europea. [...] El mundo era visto como una gran isla (el *orbis terrarum*) dividida en tres grandes regiones: Europa, Asia y África [...] La división territorial del mundo se convirtió en una división poblacional de ín-

dole jerárquica y cualitativa. En esa jerarquía Europa ocupó el lugar más eminente, ya que sus habitantes eran considerados más civilizados y cultos que los de Asia y África, tenidos por griegos y romanos como "bárbaros" (O'Gorman 1991:147).

[...] Las tres regiones geográficas eran vistas como el lugar donde se asentaron los hijos de Noé después del diluvio y, por lo tanto, como habitadas por tres *tipos* completamente distintos de gente. Los hijos de Sem poblaron Asia, los de Cam poblaron África y los de Jafet poblaron Europa. Las tres partes del mundo conocido fueron ordenadas jerárquicamente según un criterio de *diferenciación étnica*: los asiáticos y los africanos, descendientes de los hijos que, según el relato bíblico, cayeron en desgracia frente a su padre, eran tenidos como racial y culturalmente *inferiores* a los europeos, descendientes directos de Jafet, el hijo amado de Noé. [...] Los viajes de Colón habían puesto en evidencia que las nuevas tierras americanas eran una entidad geográfica distinta del *orbis terrarum* [...]

Siguiendo a O'Gorman, Mignolo afirmó que los nuevos territorios y su población no fueron vistos, finalmente, como ontológicamente distintos a Europa sino como su *prolongación natural* [...] La visión de los territorios americanos como "prolongación de la tierra de Jafet" hizo que la explotación de sus recursos naturales y el sometimiento militar de sus poblaciones fuera tenida como "justa y legítima" [...] La evangelización fue, entonces, el imperativo estatal que determinó por qué razón únicamente los "cristianos viejos", es decir, las personas que no se encontraban *mezcladas* con judíos, moros y africanos (pueblos descendientes de Cam o de Sem), podían viajar y establecerse legítimamente en territorio americano. El "Nuevo Mundo" se convirtió en el escenario natural para la prolongación del *hombre blanco europeo* y su cultura cristiana. El discurso de pureza

> de sangre es, de acuerdo a la interpretación de Mignolo, el primer imaginario geocultural del sistema-mundo que se incorporó al *habitus* de la población inmigrante europea, legitimando la división étnica del trabajo y la transferencia de personas, capital y materias primas *a nivel planetario* (2005, p. 51-55).

Si bien Adametz no reproduce sencillamente el discurso de la pureza de sangre, sí lo reactiva. Este autor da por sentado que Europa, y cuando digo Europa digo el Hombre blanco, es cultural y racialmente superior, a tal punto que, parafraseando, "los negros no han domesticado ningún animal por iniciativa propia, incluso teniendo al alcance bestias casi que creadas para la domesticación". Un aspecto fundamental de todo esto también reside en instaurar una relación directamente proporcional entre domesticación y desarrollo/superioridad. Aquellos pueblos "muy civilizados" son pueblos con fuertes y extendidos procesos de domesticación y, como quedó expuesto a lo largo del capítulo anterior, la Zootecnia, autopercibida como la moderna ciencia europea[16] que se ocupa de los animales domésticos, significa el mayor desenvolvimiento de ese "arte". La Zootecnia es, pues, racista en sus fundamentos y en un sentido amplio. Se basa no sólo en un discurso racializador de las poblaciones humanas sino que acompaña tal discurso con agresivos y continuos procesos de racialización animal. Resumiendo, la Producción Animal, aparte de cimentarse sobre la asunción incontrovertida de la superioridad del Hombre blanco, moderno-cristiano, quien ha logrado la mayor experticia en la domesticación, argumenta que su superioridad se mide por su potencial para crear razas animales y explotarlas al máximo. La *proliferación* de los animales pertenecientes al *domus*, a saber, su intensiva producción racializada, ontológicamente al servicio del *dominus*, es inseparable del racismo

16 Adelante exploraremos con mayor detalle en qué consiste el carácter "europeo" de la Zootecnia.

colonial: el *dominus* tiene color, es blanco o, como diría Enrique Dussel (1992), el *ego cogito* (Yo pienso, Hombre racional) guarda continuidad con otro tipo de subjetividad decisiva en la modernidad, el *ego conquiro* (Yo conquistador, Hombre blanco). Corolario: el racismo colonial es funcional a la explotación animal y viceversa. Por tanto, nos encontramos ante una manera "interseccional" (Dhamoon, 2011) de funcionamiento del poder, para utilizar la herramienta teórico-política popularizada por el *Black Feminism*; lo cual conlleva que existen matrices subordinantes cruzadas y reforzadas entre sí aunque singulares, irreductibles.

Una de las particularidades de este trabajo radica en poner especial énfasis en las relaciones sincrónicas entre fenómenos científicos modernos y fenómenos ligados al "antiguo" orden cristiano que, como observamos, es un orden históricamente racista-colonial. Nuestra concepción de la historia no es lineal y creemos que quizá la forma más eficaz de demostrarlo es argumentando que el orden cristiano y colonial no representa el pasado de la modernidad, por el contrario, la constituye (Escobar, 2003). En este sentido, un aspecto peculiar, propio de la sincronía entre ambos órdenes, que son también órdenes discursivos, consiste en cierta conexión entre las prácticas civilizatorias y las modernizantes/desarrollistas. Para tal fin, es necesario presentar en este punto algunos instrumentos teóricos propuestos por Enrique Dussel y frecuentemente retomados en el campo de los Estudios Culturales Latinoamericanos. Desde la perspectiva de Dussel (2000), es posible contraponer dos formas de entender la modernidad: una que denomina el "mito de la modernidad" y otra llamada la modernidad como "paradigma planetario". La primera tendría que ver, fundamentalmente, con una lógica eurocéntrica donde la modernidad se narra como un proceso ante todo intraeuropeo que se desarrolla poco a poco desde Oriente, Grecia, pasando por Roma y la Edad Media y culminando en la ilustración/industrialización europea, la cual luego se extiende a lo largo del mundo. El eurocentrismo ligado a este "mito de la

modernidad", entonces, se halla asociado con un entendimiento específico de la historia (la Historia, con mayúscula) que sitúa a las formaciones sociales europeas, blancas, cristianas, capitalistas y heterosexuales como aquellas que han logrado alcanzar el máximo desarrollo civilizatorio. El eurocentrismo, queremos dejarlo claro, no habla tanto de la centralidad de los países europeos en sí, de su hegemonía, la cual en un mundo hoy cada vez más multipolar se hace borrosa, sino de la pretendida superioridad de las formas de vida y organización (economía, saberes, subjetividades, etcétera) características del Hombre blanco y colegidas a través de una manera precisa de concebir la historia.

Para Dussel, el eurocéntrico "mito de la modernidad" fue una visión que desarrolló la modernidad misma sobre sus orígenes durante el siglo XVIII, e implica tanto una "falacia desarrollista" como la aceptación de cierta "supremacía cultural". La supremacía cultural acontece al plantearse que Europa posee cualidades únicas, inherentes, que le permitieron lograr un grado civilizatorio superior al de otros pueblos. Por otra parte, la "falacia desarrollista" remite a la tesis de que esos otros pueblos deberán transitar las etapas que condujeron a Europa a su lugar de preeminencia. Así, el "mito de la modernidad" se encuentra anclado a la noción de *progreso* y a la consecuente percepción de la historia como Historia, es decir, en tanto proceso lineal, ascendiente, tendiente a grados superiores. La Historia, igualmente, se presenta como universal, totalizante, y representa ante todo la marcha imparable del Hombre, quien fue capaz de salir del "reino de las necesidades naturales", entre otras cosas por medio de la domesticación de plantas y animales y la instauración de sociedades jerarquizadas. La Historia, para decirlo en palabras que hemos manejado a lo largo del presente trabajo, es profundamente logocéntrica, es infinitamente deudora de la metafísica de la presencia, ya que instaura en el centro a un Hombre supuestamente universal que, en contraste con los animales y el resto de la naturaleza, es capaz de construir su futuro y de perfeccionarse; en resumen, está basada en dicotomías como Hombre/

animal, civilizado/salvaje, desarrollado/subdesarrollado, presente/pasado, entre otras. Por supuesto, para el "mito de la modernidad" hay formaciones sociales que aunque estén en el presente no son realmente contemporáneas, constituyen, antes bien, reminiscencias vivas del pasado.

En contraste con el mito de la modernidad, Dussel afirma que ésta no es el producto de una dinámica intraeuropea, no se originó en virtud de cualidades inherentes, sino que es, contrariamente, una cuestión de dimensiones planetarias: profundamente relacional e indisociable, entre otros aspectos, del colonialismo. La modernidad habría surgido con el encuentro, la conquista y la colonización de América, lo cual viabilizó la centralidad de Europa en el naciente sistema-mundo (Wallerstain, 1979), primero bajo la hegemonía de España y su *ego conquiro* y luego, desde finales del siglo XVII, con el auge de Francia, Holanda e Inglaterra y su *ego cogito*. En efecto, las modernas formas de vida, organización, conocimientos, etcétera, del Hombre blanco fueron proyectadas como superiores, pero esto se debió más a una específica reorganización de las relaciones de poder, de dimensiones planetarias, que a supuestas cualidades intrínsecas a Europa. Por su parte Adametz, sin lugar a dudas, escribe bajo el influjo tanto del discurso cristiano de la limpieza de sangre como del mito de la modernidad y no titubea al asegurar que la Zootecnia, según él una moderna ciencia perfeccionada en Europa, es un logro humano universal, deseable de seguir (falacia desarrollista).

La labor civilizadora de la domesticación y su máximo desarrollo, evidenciado en la moderna Zootecnia, es un componente sustancial de los diversos textos de Zootecnia General, y ya hemos mostrado la carga racial/racista que esto conlleva. Ensminger, por ejemplo, en sintonía con Adametz escribe lo siguiente con relación a la Zootecnia:

> Esta ciencia tuvo su humilde principio en la domesticación de los animales, porque a partir de ese día remoto fue

necesario prestar atención a su crianza, alimentación, cuidado y manejo. La domesticación marcó también el primer paso hacia la civilización de las más primitivas tribus humanas, la transformación de la vida salvaje en la forma de vida civilizada (1976, p. 1).

Luego agrega:

Además de utilizar a los animales como fuente segura de alimentos y vestido, el hombre –ser ingenioso– pronto empezó a usarlos con fines de carga y tracción. Además, mediante la selección y el apareamiento controlado obtuvo mejores tipos para satisfacer determinadas necesidades. [...] A partir del momento en que fueron domesticados, su crianza constituyó un claro indicio de la superioridad de una tribu sobre otra. Por otra parte, los países ganaderos se caracterizaron siempre por el desarrollo de sus civilizaciones y su poderío. [...] Se cree que los bovinos, porcinos, ovinos y caprinos fueron llevados por primera vez a las Indias Occidentales por Cristóbal Colón en su segundo viaje, en 1493. Cortés transportó vacunos, caballos y ovinos a Méjico en 1519; mientras que los cerdos y los caballos fueron introducidos en lo que hoy es el territorio de Estados Unidos por Hernando de Soto, en 1539 (1976, p. 2).

De hecho, Ensminger hace referencia a la colonización británica de lo que luego serán los Estados Unidos y enaltece claramente al blanco *ego conquiro* que se impone sobre la "naturaleza" y los "indios"; así, asevera que el "espíritu de aventura y el deseo de libertad hicieron poblar este país [Estados Unidos], cuyas fértiles tierras cubiertas de extensos bosques y vastas praderas se hallaban habitadas solo por los indios y por los animales salvajes que éstos cazaban" (1976, p. 13). Además puntualiza que el "mismo espíritu agresivo y ávido incitó al colonizador a roturar las llanuras con su

arado y blandir el hacha para abrirse paso en la selva virgen" (1976, p. 13). Al igual que sucede con Adametz, para Ensminger los indios (sus formas de vida y organización), *que incluyen otros tipos de relacionamiento con los animales*, son racialmente inferiores, así ya no esté presente el concepto de raza humana. La cita anterior también saca a relucir, nuevamente, el carácter masculino del Hombre blanco y conquistador, pues una de las características históricas de la masculinidad es su agresividad; agresividad viril-racional que se impone sobre la "virgen" naturaleza y la domina (Mies & Shiva, 1993). No nos parece casual que todos los autores de los textos de Zootecnia General sean hombres (o históricamente producidos como hombres, para evitar la sustancialización), lo cual no implica mecánicamente, a modo determinista, que cualquier contenido "refleje su virilidad", pero sí posibilita entrever, al igual que sucede con otros aspectos como la "raza", lo limitado y parcial que es su saber pese a las pretensiones de universalidad y objetividad. Más allá de si existen o no "mujeres" o "indios" zootecnistas, el punto es que la Zootecnia fue y es construida desde una perspectiva blanca, masculina/heterosexual y, en general, *humana*.

MacCullough, otro zootecnista leído en Colombia, además de reiterar varios enunciados ya comentados[17], hace alusión directa

17 MacCullough asevera también, al citar al físico M. M. Rogers, que la agricultura, como actividad general directamente relacionada con la Zootecnia y la domesticación animal, no debe ser concebida como un simple medio para producir ganancias monetarias ligadas a la cobertura de necesidades básicas, sino como un componente vital del "progreso mundial": "<<Sin duda la agricultura es una de las más antiguas, honorables e importantes ocupaciones de las naciones civilizadas. Sin ella el alimento del hombre se habría limitado a la carne de animales salvajes y a la producción espontánea de la tierra; el comercio no existiría a ninguna escala; las artes y las ciencias serían casi desconocidas, y la sociedad no habría llegado más allá de un refinado estado de barbarismo. Pero el cultivo del suelo capacita a los hombres para producir más comida de lo que sus necesidades requieren, por lo que sólo una parte de ellos son empleados para este objetivo, mientras que los restantes pueden dirigir su talento o ingenio a otras actividades cuyos servicios o productos son canjeados a los agricultores por alimento.>> Esta cita, tomada de uno de los primeros libros sobre agricultura norteamericanos, debe reconocerse como uno de los más elocuentes juicios del papel de la agricultura en la sociedad. El libro se titula *Scientific Agriculture*, su autor, M. M. Rogers, un físico neoyorquino, y la fecha de su publicación es la de 1848. [...] A menos que uno comprenda el verdadero lugar de la agricultura dentro del progreso mundial, su labor dentro de ella llega a ser únicamente algo que se hace para ganar dinero a fin de solventar las necesidades

al mito de la modernidad, a la modernidad como un fenómeno intraeuropeo que supone la supremacía cultural y la falacia desarrollista. De acuerdo con este autor la ganadería, cuyo máximo desarrollo se da con la Zootecnia, se divide en varios períodos que significan avances progresivos y que desembocan en las grandes industrias animales posteriores a la Segunda Guerra Mundial:

> El primer período es el señalado en Grecia, Italia y países vecinos por el dominio de los pueblos griegos y romanos durante varios siglos, antes y después del principio de la era cristiana. La agricultura y explotación de animales eran tenidos en muy alta estima por ambos pueblos [...] Sin embargo, nunca estos pueblos parece que hayan sido grandes consumidores de carne o productos lácteos, con la posible excepción de queso (1976, p. 12).
>
> El período conocido como Edad Media puede decirse que marca un segundo estadio [...] La caza y la guerra eran las principales ocupaciones de la nobleza, que tuvo poco interés para las empresas agrícolas (1976, p. 13).
>
> A principios del siglo XVII puede distinguirse un tercer estadio en el avance de los suministros alimenticios de Europa. Este período cubrió hasta alrededor de 1875, cuando la economía de los transportes y la refrigeración entraron en escena y cambiaron para siempre el panorama de la agricultura [...]
> El siglo XVIII vio la introducción del sistema de rotación de un modo permanente, proveyendo piensos y raíces

de la vida, y sus medianos resultados lo demuestran. Es el entendimiento y la preocupación real de la importancia del trabajo de cada uno lo que separa en el mundo a los innovadores de los seguidores" (MacCullough, 1976, p. 11).
Por otro lado, Jiménez y Villena, en un texto mucho más reciente, tampoco dejan de reiterar que la "ganadería se ha considerado, desde su aparición a principios del Neolítico, uno de los pilares básicos del desarrollo humano, sin el cual jamás se habrían alcanzado los niveles tecnológicos de los que actualmente disfrutamos" (2006, p. 9).

como alimentos regulares de invierno para el ganado. Fue durante este período cuando el caballo empezó a usarse como animal de trabajo y el ganado vacuno pudo dedicarse a la producción de carne y leche.

En el transcurso del siglo XIX el grano empezó a ser transportado por tierra y mar por medios económicos, y así, no sólo la tierra ocupada desde antaño en el cultivo de cereales fue de nuevo libre para uso de los animales, sino que también éstos podían ser explotados con la ayuda de importaciones en tierras que de otro modo no hubieran sido capaces de mantenerles. Una contribución a la mejora ganadera y desarrollo agrícola frecuentemente subestimada fue el retorno gradual, en esta época, del interés de los propietarios y la nobleza de la guerra hacia la agricultura (1976, p. 14).

El anterior gesto es reiterado por Buxadé en su *Zootecnia* de una manera incluso más estilizada y directa:

Las sucesivas civilizaciones persa, egipcia, y hebrea conocieron un cierto desarrollo de la ganadería, concediéndole una gran importancia como animal de transporte al caballo, hasta el punto de que el conocido rey persa Ciro el Grande creó un primitivo primer servicio regular de correos con estos animales. Los egipcios conocieron también el ganado vacuno, al que explotaron para la obtención de leche y carne, pero por lo que realmente trascendió su dedicación a la cría de animales fue por la selección de toros dedicados al combate.

Los griegos y los romanos fueron los primeros que comenzaron a aplicar rudimentos científicos a la cría de animales, desarrollando algunas actividades pecuarias propiamente dichas, al mismo tiempo que fueron los primeros en escribir tratados sobre ganadería, creando leyes que permitie-

ron una cierta organización en la propiedad de los rebaños y en la utilización de los pastos. Jenofonte, Plinio el Viejo o el español Columela fueron algunos de los autores de estos tratados, de entre los cuales la Historia Natural del último autor describe la importancia que los romanos dieron al ganado ovino, del que obtenían leche para queso y lana.

Después de la caída del Imperio Romano, y durante la Baja Edad Media, las continuas vicisitudes políticas y bélicas impidieron la evolución de la agricultura y la ganadería, y tan sólo los árabes realizaron alguna aportación de orden pecuario, entre las que destaca por su influencia en España la creación de la raza Merina. Posteriormente, ya avanzada la Edad Media, tuvo lugar un cierto progreso de las actividades agrícolas al amparo de las órdenes religiosas, que en lo concerniente a la ganadería alcanzó su momento más importante en el año 1273 con la creación del Honrado Concejo de la Mesta, institución ganadera que, a decir de los expertos, resultó fundamental en la historia política y económica de España durante varios siglos.

No es sino hasta el siglo XVIII cuando se producen hechos importantes en la historia de la zootecnia, probablemente al amparo de las numerosas innovaciones tecnológicas que tuvieron lugar en este siglo. Tampoco parece casualidad que fuera Inglaterra, país en el que se estaba produciendo la llamada *Revolución Industrial*, el que viera surgir un conjunto de ganaderos que lograron grandes resultados prácticos en la cría de los animales. Sus experiencias, basadas fundamentalmente en la selección por caracteres morfológicos aunque estrechamente ligados a los productivos por la intuición de estas personas, permitieron la caracterización de muchas de las actuales razas. La orientación productiva de sus trabajos permitió también el desarrollo de las especies dedicadas a la producción de carne y leche, particularmente la procedente de los bovi-

> nos, y en menor medida de los cerdos, acabando así con la hegemonía que durante siglos había tenido el caballo como especie doméstica. La fuerte crisis internacional que se produjo en este siglo en el mercado de la lana hizo que las producciones ovinas se orientaran más hacia la carne.
> Durante los siglos XIX y principios del XX fue cuando se produjeron los hitos científicos que podemos considerar precursores de la actual zootecnia. Así, en 1859 Darwin publicaba su libro sobre el origen de las especies, explicando su teoría de la evolución en medio de una fuerte polémica. En 1870 Wolf sentaba las bases de la moderna alimentación con la propuesta de calcular el valor nutritivo de los alimentos por medio de su poder energético, que años más tarde fue desarrollada por Keller en el racionamiento de los animales. A principios del siglo actual comenzaron a tenerse en cuenta las teorías de Mendel, expuestas bastantes años antes ante la indiferencia de la comunidad científica internacional. Nombres como los de Fisher y Wright en genética, Ivanov en reproducción o Hammond con sus teorías sobre el crecimiento, han contribuido a sentar os cimientos sobre los que hoy se asienta la moderna ciencia zootécnica (Buxadé, 1994, p. 19-20).

Torres también le dedica una parte importante de su *Bases para o estudo da zootecnia* (1990) a la reiteración del mito de la modernidad. En el desarrollo de un apartado de más de treinta páginas, titulado "Historia y Evolución de la Zootecnia", narra la historia de cómo los antepasados del Hombre, inicialmente con preferencias por los alimentos vegetales, llegaron a consumir carne, lo cual supuso un gran avance en el proceso de hominización (a esto volveremos). Luego se remonta brevemente a los primeros procesos de domesticación animal y se traslada a Grecia, donde afirma que el "arte de criar" empezó a convertirse en ciencia. Como es de esperarse, de Grecia salta a Roma, la Edad

Media y desemboca, con referencias marginales a los aportes de "los árabes", en la modernidad europea, que dio a luz finalmente a la Zootecnia en tanto ciencia:

> Fundamentada na necessidade prioritária do aprimoramento do cavalo, foram criadas pelo governo francês, sob a inspiração de Claude Bourgelat, as primeiras escolas de Veterinária do mundo, (Lion/17621) e Alfort/1766), que se tornaram instrumentos sustanciais para o aparecimento da ciência zootécnica.
> Com a instalação do Instituto Agronômico de Versailles, em 1848 na França, por iniciativa do Conde de Gasparin, passa a técnica de criação de animais no ensino da Agricultura a ter forma própria, vindo a constituir um ramo de conhecimento específico, com fundamentos e doutrinas próprias, sendo idealizado pelo mesmo o termo "Zootechinie" (do grego zoon=animal e tekne=arte).
> Ê criada, então, naquele estabelecimento, a "Cátedra" de Zootecnia, sendo contratado para regê-la o naturalista Emile Baudement, criador do conceito atual de que a exploração de animais, além de procurar aumentar a produtividade, deve ser embasada em economicidade.
> O termo "Zootechinie", criado em língua francesa por Gasparin, generalizou-se por toda Europa, principalmente nos países de língua latina, tornando-se Zootecnia em português, espanhol e italiano, e "Zooteknie" em alemão. Os povos de língua inglesa não o adotaram, preferindo usar a expressão "Animal Husbandry", traduzida com a administração prudente e econômica dos animais (Torres, 1990, p. 74).

De otro lado, según Dubuc, la domesticación constituye una "hazaña o proeza realizada por el hombre primitivo y la cual sólo puede ser comparada con la invención de la máquina de vapor

en la moderna civilización" (1984, p. 12). Por ende es menester estudiar científicamente este "acontecimiento tan importante para la humanidad, pues de él dependió la evolución y el progreso" (1984, p. 12). Además, para Dubuc el "animal doméstico surge como producto de la propia civilización en su evolución y es al mismo tiempo, uno de sus factores fundamentales" (1984, p. 12). En suma aquí la domesticación, en el marco de la Historia, no es simplemente un corolario del desarrollo del Hombre sino que, al tiempo, es un factor que contribuyó y contribuye al progreso racional/civilizatorio que se levanta contra la naturaleza, la deja atrás y la domina. Ya habíamos resaltado esto cuando nos ocupamos de la intersección entre racialización humana y animal, entre la marcha infatigable del Hombre blanco sobre otras "razas humanas" y el aumento de la explotación animal, lo cual, como vimos en el capítulo anterior, se basa en la *proliferación* de procesos de racialización que convierten funciones en ontologías. Lo que ahora quiero visibilizar es algo que puede ser pasado por alto en una lectura rápida pero que en realidad resulta fundamental: el progreso, para Dubuc, es interpretado en términos de *evolución*. Esto, por las razones que ofrecemos a continuación, no puede ser ignorado, y menos cuando estamos ocupándonos de una ciencia aplicada cuya "ciencia madre" es la biología. No obstante, antes de desarrollar dicho asunto, debemos contextualizar un poco mejor los textos de Zootecnia General analizados en nuestra investigación y conectarlos con lo hasta ahora avanzado.

Régimen biopolítico y consolidación de la Zootecnia en Colombia

Actualmente sólo existen en Colombia seis instituciones que ofertan la carrera de Medicina Veterinaria, frente a doce que ofrecen Medicina Veterinaria y Zootecnia conjuntamente, y dieciséis que brindan la oportunidad de estudiar Zootecnia de manera independiente. Si a esto le añadimos que los médicos veterinarios

deben adquirir conocimientos sobre Producción Animal, así no se gradúen como médicos veterinarios zootecnistas, podemos afirmar que existe una notoria predominancia de la formación zootécnica frente a otras áreas. Esta consolidación y auge de la Producción Animal en Colombia empieza a delinearse en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, de la mano de iniciativas internacionales desarrollistas y modernizantes como la Alianza para el Progreso y la Revolución Verde. Es, precisamente, con la división durante los años sesenta entre la Zootecnia y la Medicina Veterinaria, la cual contenía e imperaba sobre la primera, que la Producción Animal pasa a un primer plano. Así, reiteramos, incluso los programas de Veterinaria posteriormente creados no podrán prescindir de un fuerte énfasis zootécnico. La Universidad Nacional de Colombia ha jugado un papel relevante en el desarrollo de esta ciencia aplicada, no sólo porque fue en dicha institución donde se formalizó el primer plan de estudios, sino debido a que ha dado pie para la apertura de programas similares en otras universidades (Gracia, 2002), de ahí que, en lo que sigue, exista un notorio acento en su influencia y devenir histórico particular.

Durante los años treinta y cuarenta del siglo XX, sobre todo gracias a los intereses de ganaderos y funcionarios estatales, se empezó a imponer con fuerza en Colombia la ganadería extensiva y el consumo de carne bovina frente a otros modos de alimentación. Esto ocurre paralelamente al afianzamiento de la "urbanización, la creciente importancia de los discursos nutricionales e higienistas y la incorporación de nuevas tecnologías a la vida diaria" (Bolívar & Malagón, 2005, p. 178). Para mediados de la década de 1940, la Zootecnia ocupaba ya, al interior de la carrera de Medicina Veterinaria, un lugar relevante, sin embargo se encontraba fuertemente subordinada a esta última. Los egresados empezaban a vislumbrar un amplio campo laboral relacionado con "el fomento de la ganadería, el mejoramiento de las razas, con la nutrición, la administración de negocios agropecuarios,

y con la producción y transformación de los alimentos" (Gracia, 2002, p. 53). Tal relevancia se cristalizó finalmente en el Acuerdo Número 55 de marzo de 1946 emitido por el Consejo Directivo de la Universidad Nacional, según el cual la Facultad de Medicina Veterinaria pasó a llamarse Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia. Es preciso señalar que este cambio de énfasis se debió, en parte, a la influencia estadounidense en la academia colombiana, la cual se intensificó en los años subsiguientes. Así, la llamada escuela americana se impuso sobre la tradicional escuela francesa asociada a Claudio Vericel, personaje pionero de la Medicina Veterinaria en Colombia.

En 1951, con el apoyo de misiones y universidades estadounidenses, Samuel Posada Saldarriaga estableció el "Departamento de Zootecnia de la Universidad Nacional, Sede Medellín, que dio origen al primer programa de nivel superior, que apareció en 1962 como una carrera específica e independiente de la medicina veterinaria a la que tradicionalmente había estado ligada. En 1963, la Universidad Nacional, sede Medellín, ofreció esta posibilidad" (Gracia, 2002, p. 54). Aparte de Posada Saldarriaga, varios profesionales hicieron manifiesto su interés de fortalecer y autonomizar la Zootecnia durante el Segundo Congreso Nacional de Medicina Veterinaria y Zootecnia, llevado a cabo en 1956. Según aducían, el proceso de escisión era necesario "para atender el desarrollo ganadero del país en una forma más técnica y moderna que la que se venía empleando hasta el momento" (Gracia, 2002, p. 57).

Las narrativas predominantes asocian la década de 1950, una etapa de creciente urbanización y éxodo de personas del campo a la ciudad en Colombia, con el incremento de necesidades que condujeron "a la modificación y modernización de los sistemas productivos para responder a la demanda de bienes primarios" (Gracia, 2002, p. 29). No obstante, pese a que hubo un incremento, éste no ocurrió debido al "aumento natural" de la demanda, por el contrario, las "necesidades", y hago aquí referencia principalmente al consumo de carne, huevos y lácteos, fueron paulatina-

mente reforzadas y re/construidas mínimamente por científicos, organizaciones internacionales, empresarios y agentes estatales a lo largo del tiempo (Gallini, 2008). Concomitantemente, en esta época el nivel de calidad de vida fue comenzado a valorar, a un ritmo cada vez más acelerado, en relación con el incremento de la producción y el consumo de "alimentos de origen animal" (Gracia, 2002, p. 30). Asimismo, los años cincuenta significaron para el país una explosión de la violencia rural que puso en el centro del debate público el "problema agrario", el cual fue interpretado por parte de las autoridades estatales como efecto de la baja productividad del sector agropecuario y del uso irracional de los suelos, es decir, no comercial. Dicha concepción se articuló con una política agraria modernizadora concentrada en "el manejo de los instrumentos crediticios, tecnológicos y de fomento sectorial, orientados principalmente hacia la agricultura comercial" (Ocampo et al., 1987, p. 294).

Para el año 1960 Ernesto Wills, decano de la Facultad de Medicina Veterinaria y de Zootecnia de la Universidad Nacional, sede Bogotá, le solicitó a la Fundación Rockefeller:

> [...] una revisión académica del programa de la Facultad con el objeto de mejorar la enseñanza y la investigación en las ciencias animales. En respuesta, la fundación trajo al país en 1961 a los doctores William R. Pritchart, Director asociado del Colegio de Medicina Veterinaria de la Universidad de Iowa, y al doctor Kenneth L. Turk, directivo del Colegio de Agricultura de la Universidad de Cornell. [...] Al año siguiente (1962), durante los meses de octubre y noviembre estuvo en la Facultad, también en misión de asesor, el Doctor Raymond Zemjanis, director del Departamento de Obstetricia, Esterilidad e Inseminación Artificial de la Universidad de Minnesota, que también formuló importantes recomendaciones sobre la enseñanza de la veterinaria. [...] En el mismo año por iniciativa de los doc-

> tores Mario Laserna, Rector de la Universidad Nacional, Carlos Garcés, Decano de la Facultad de Agronomía de la Universidad Nacional en Medellín, y Gilberto Arango Londoño, Ministro de Agricultura, fue creada la Comisión de Educación Agrícola Superior, que estaba integrada por representantes de las universidades y el Gobierno Nacional y asesorada por miembros de las universidades de Michigan y Kansas, bajo el auspicio de la Fundación Kellogg.[...] Una vez instalada la comisión, inició trabajos en febrero de 1961 y, en abril del mismo año, presentó el respectivo informe. [...] La mencionada Comisión preparó un estudio que fue editado por la Universidad Nacional bajo el título "La Educación Agrícola Superior en Colombia", del que se extractan las conclusiones y recomendaciones que hacen referencia a dividir la carrera y crear la nueva carrera de zootecnia (Gracia, 2002, p. 57-58).

Las fundaciones y universidades mencionadas funcionaban de manera articulada con la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación - FAO, y el Servicio Técnico Agrícola Colombo Americano - STACA, una misión estadounidense permanente de colaboración en materia técnica al gobierno colombiano (Gracia, 2002). Así, durante los años sesenta, hubo una fuerte inversión que contribuyó a equipar laboratorios, bibliotecas, otorgar becas, ofrecer intercambios docentes, etcétera; aunque "toda la ayuda recibida estaba condicionada a la aplicación de la reforma de la carrera abriendo las dos nuevas modalidades, conforme lo recomendaba el estudio realizado por la Comisión de Educación Agrícola Superior, y a la instauración del modelo propuesto por los asesores patrocinados por las fundaciones Rockefeller y Kellogg" (Gracia, 2002, p. 59).

Ahora bien, como quedó demostrado atrás, la intervención estadounidense no fue un hecho unilateral, plenamente impositivo, varios actores académicos colombianos utilizaron sus in-

fluyentes posiciones para conseguir recursos y asesorías extranjeras. Por otra parte, es menester mencionar que así como hubo aquiescencia hubo resistencia. Numerosos estudiantes y docentes (Parra, 2002) se manifestaron contra la intervención estadounidense y, en general, la implementación de una academia que hacía énfasis en la formación tecnológica, en detrimento de la formación en ciencias humanas, y que reservaba los doctorados a aquellos que pudieran acceder a los convenios con las fundaciones Kellogg y Rockefeller para viajar a las universidades de Iowa, Cornell, Illinois, entre otras. Además:

> [...] los programas de magíster y PhD se sustentan en proyectos de investigación de interés norteamericano y su objetivo primordial se localiza en la tecnificación, con miras a crear la necesidad de consumo de maquinaria tecnológica, como indicador de desarrollo o progreso, a través de líderes formados para tal fin, para encajar en los estándares de consumo que son el paradigma del bienestar civilizado (Másmela, 2002, p. 128).

Esta tendencia a la "americanización" implicó que los profesionales no le prestaran atención a las condiciones ecológicas particulares del entorno nacional. Según Lucía Másmela:

> Se importan las nuevas razas de bovinos, ovinos y caprinos, entre otras, adaptadas con éxito a los ecosistemas europeos y norteamericanos; al mismo tiempo se tratan de emular factores como el manejo y la nutrición. Se imparten recomendaciones técnicas, se imitan los indicadores de comportamiento productivo, se trabaja para lograr los mismos estándares y, ante las dificultades y las diferencias con los parámetros extranjeros, se adelantan trabajos de investigación que remedan estrategias y procesos que han dado buenos resultados en otras latitudes y con los que el

único lazo de relación es el origen de las razas importadas (2002, p. 129).

Por otro lado, durante los años cincuenta y sesenta se pusieron en marcha una serie de políticas orientadas a la consolidación de la agricultura comercial. Aparte de la introducción de nuevas tecnologías en materia agropecuaria, las oleadas de violencia conllevaron la eliminación de cuantiosas relaciones no capitalistas de producción, abriéndole paso al fortalecimiento de la agricultura capitalista. Igualmente, en 1950 una misión del Banco Mundial:

> [...] recomendó la aplicación de una política tributaria que penalizara el uso ineficiente de la tierra. A partir de este momento, las tierras fértiles del país empezaron a ser invadidas en forma creciente por la agricultura de tipo comercial y por los sistemas intensivos de producción animal; en tanto que la ganadería extensiva tuvo que replegarse a zonas menos fértiles (Téllez & Cubillos, 2002, p. 160).

Como se mencionó atrás, la consolidación de la Zootecnia en Colombia aparece íntimamente ligada a la Revolución Verde (años 1940 - 1970) y a la Alianza para el Progreso (años 1961 - 1970). Estrategias estadounidenses que, impulsadas en el marco de la Guerra Fría y promovidas por diferentes fundaciones y organizaciones internacionales como las que hemos venido trayendo a colación, tenían como objetivo "llevar el desarrollo" al mundo entero para "contener la amenaza socialista". De ahí que, tras el triunfo de la Revolución Cubana en 1959, J. F. Kennedy propusiera ante la Asamblea de las Naciones Unidas denominar los años sesenta "la década del desarrollo". Mientras la Revolución Verde consistía, a grandes rasgos, en promover la tecnificación desmesurada de las actividades agropecuarias y el uso desmedido de plaguicidas, agua y fertilizantes, la Alianza para el Progreso fue un

amplio paquete de ayudas puesto en marcha por Estados Unidos para América Latina, con la finalidad explícita de evitar que se replicaran fenómenos como la Revolución Cubana en el resto del continente.

Estas estrategias no sólo coadyuvaron a la consolidación de la Zootecnia y a la creación de la carrera de Economía Agrícola, sino que trajeron al país la noción de "empresa agraria" (Gómez, 2009). Se creó además, a principios de los sesenta, el Instituto de Investigaciones Agropecuarias - ICA, que posteriormente se dividió en CORPOICA, entidad enfocada en el proceso investigativo, e ICA, encargada del control sanitario animal y vegetal. También, a nivel nacional pero con asesoría extranjera, se implementó en 1962 el "Plan Ganadero" del profesor de economía agrícola H. M. Riley, en el que "se proyectaba una producción incrementada de la industria bovina de carne desde 1965 hasta 1975" (Gómez, 2009, p. 32).

Las dinámicas desarrollistas continuaron en auge durante los años ochenta y noventa, aunque bajo formas mucho más sofisticadas e incorporando preocupaciones de corte "ambientalista" y "bienestarista" en el terreno del cuidado animal. Asimismo, entraron en escena con fuerza el "complejo agropecuario-agroindustrial" (Gómez, 2009) y la biotecnología. En lo concerniente a nuevos campos de acción de la Zootecnia, concretamente durante la década de 1990:

> [...] se implanta el paradigma de la economía de mercados y de sus instrumentos fundamentales, conformados por la privatización de las empresas gubernamentales, la reducción del Estado y el reajuste institucional que, en conjunto, transformarán el panorama y las exigencias de relaciones, conductas y prácticas laborales.
>
> Se agudiza el individualismo y surgen brotes de aglutinación de pequeños grupos que se interesan por nuevos campos del ejercicio veterinario y zootécnico: cría y co-

> mercialización de especies animales no convencionales, agricultura sostenible, medicinas alternativas, capacitación y ecología, entre otros (Másmela, 2002, p. 133-134).

Como podemos observar, la Zootecnia se consolida en Colombia en el marco del discurso del desarrollo, que a su vez produce un objeto específico de intervención: el Tercer Mundo o mundo subdesarrollado (Escobar, 2012). En efecto, los textos de Zootecnia General dan cuenta de tal discurso –deudor del mito de la modernidad, la supremacía cultural (racista y colonial) y la falacia desarrollista–, lo contribuyen a producir constantemente con la reiteración de diversos enunciados. Así, Dubuc declara que su texto constituye una "línea de ataque" elegida por "quienes hemos preparado y desarrollado este Programa de Zootecnia General para estudiantes [...] en países subdesarrollados o en vías de desarrollo" (1984, p. 8). En ese mismo sentido Héctor Leal, autor colombiano, escribe en su *Zootecnia General*:

> La realización de las aspiraciones de desarrollo del país pasa claramente por la necesidad de reconocer, en las prioridades de política la importancia fundamental del sector agropecuario y particularmente, de las actividades que producen alimentos de alta significación en la estructura del gasto familiar de la mayoría de la población (Leal, 1999, p. 23-24).

Caravaca tampoco duda en reiterar un gesto análogo en su texto *Bases de la producción animal*:

> Los sistemas de producción ganaderos son significativamente diferentes en los países desarrollados y en los denominados países en vías de desarrollo. En los primeros ha existido un claro establecimiento de sistemas industriales productivistas, con una gran implementación de recursos

> financieros y tecnológicos, aunque la tendencia actual se dirige hacia la racionalización de dichos sistemas y disminución del grado de artificialización. En los países en desarrollo aún prevalecen los sistemas ligados a la tierra, pero en una tendencia clara hacia la industrialización en los sistemas de producción porcina y avícola, copiando el modelo anterior. En consecuencia, aunque el objetivo inicial de la Producción Animal sea el mismo en ambos casos, los medios desarrollados para su consecución pueden llegar a ser diferentes, lo cual no deja de ser una situación contradictoria dentro de una misma filosofía de ciencia.
>
> Es por ello que el objetivo básico, es decir, el aprovechamiento de los animales para la obtención de alimentos y otros productos, debería cumplirse sobre la base de unas **premisas** que pasan obligatoriamente por una actuación mucho más racional de toda la Humanidad (Caravaca, 2003, p. 24).

De lo mencionado es posible deducir que la *zootecnización de los Estados* es un imperativo colonial, que arrastra todo el peso de la dicotómica metafísica dominante en Occidente, pero que funciona en escenarios poscoloniales, es decir, constituye un mandato del Hombre blanco a cumplir incluso cuando ha sido abolido el colonialismo/racismo abierto y formal: he ahí la falacia desarrollista. Aquí defendemos que esta *zootecnización de los Estados*, concomitantemente, significa una avanzada del régimen biopolítico que en Colombia se ha venido instaurando desde el siglo XIX. Veamos por qué.

En Colombia, durante el siglo XIX, las lógicas de gobierno estatales experimentaron una transición de un régimen de saber/poder letrado –de raigambre colonial y basado en un "acceso limitado a la escritura y a la lectura y en un apego de los funcionarios y los profesionales a los recursos de la retórica y la gramática" (Pedraza, 2004, p. 186)– hacia otro eminentemente biopolítico, a

saber, "cuya norma proviene del corpus interpretativo de la biología, fija su atención en la vida, procura explicar sus reglas y se distancia del régimen y los recursos literarios" (2004, p. 187). En otras palabras, cuando el Estado se articula con los enunciados provenientes de la biología atendemos a la instauración de un dispositivo para el gobierno tanto de la población como de la naturaleza y el territorio, lo cual empezó a ocurrir "particularmente con la introducción de políticas de salubridad pública e higiene personal, de saneamiento y transformación del territorio" (2004, p. 190). Así, los letrados se fueron retirando ante la llegada de los médicos e ingenieros, "quienes ingresaron como agentes de producción y administración simbólica en calidad de diseñadores y ejecutores de biopolíticas" (2004, p. 190). Además, resulta imprescindible aclarar y recalcar que:

> El ejercicio biopolítico no se limitó al gobierno de la vida de la población; supuso, también, el gobierno sobre la vida del cuerpo de la nación: su territorio. Una nación es un conjunto de habitantes aglutinados por el territorio compartido, el país. El país perfilado por los linderos comprende la naturaleza, todo aquello distinto de la población y sus obras. Para efecto de tal administración, se unió a la biología la geografía, una forma de conocimiento dispuesta a representar de variadas manera las expresiones de la naturaleza en el territorio.
>
> Así, el pensamiento biopolítico se expandió para ser un pensamiento sobre la naturaleza y el territorio y sobre la naturaleza de la población (Pedraza, 2004, p. 190-191).

Esta particular manera de entender lo que constituiría un régimen biopolítico es ciertamente más amplia que la descrita por Foucault en su conocida clase del 17 de marzo de 1976, consignada en el texto intitulado *Defender la sociedad* (1997). Mientras para Foucault la biopolítica está asociada al gobierno estatal de

la vida de las *poblaciones* humanas[18](entidades inéditas), un gobierno posibilitado por el auge de la biología y algunos de sus principios centrales, para Pedraza, a quien corresponde la cita anterior, la biopolítica se ocupa también "del conocimiento, uso y administración de la naturaleza, de lo que hoy denominamos recursos naturales y que representan buena parte de la riqueza y posibilidades de progreso para las naciones" (Pedraza, 2004, p. 192). Lo mencionado, sin lugar a dudas, hace que ingresen en el escenario otras disciplinas como la geografía, la geología, la física, la química, la botánica, la zoología, la veterinaria y, por supuesto, sus vertientes más prácticas[19]: las ingenierías, la agronomía y la Zootecnia. La propuesta de Pedraza no constituye una mera recepción y ampliación de las tesis foucaultianas[20], sino un uso diferente, difractario como diría Haraway, con consecuencias políticas provechosas por cuanto descentra lo humano. Concebiré la biopolítica entonces, una vez realizadas tales salvedades, como un régimen de saber/poder estatal, aún operante aunque quizá en crisis o reorganización radical[21], que desde el siglo XIX hasta

18 Según Foucault (1997), la confluencia entre biopolítica y anatomopolítica, es decir, entre el gobierno de las *poblaciones* mediante regulaciones masivas y el de los *cuerpos individuales* mediante técnicas disciplinarias, dio lugar a las sociedades de normalización, donde el nuevo racismo de Estado se levanta sobre fundamentos esencialmente provenientes del saber biológico evolutivo.

19 "Prácticas" en el entendimiento interno de esos saberes. Desde mi punto de vista resulta "engañosa" e inútil la distinción entre saber práctico y saber teórico, aunque soy consciente de que la dicotomía ha operado y surtido efectos históricamente.

20 Afirmar lo contrario sería un improductivo gesto de subordinación epistémica.

21 Hoy, para muchos, nos encontramos ante un clima global crítico en cuanto a la modernidad se refiere, lo cual ha conducido a plantear problemas como el de la transición de sociedades de normalización o disciplinarias a sociedades de control (Deleuze, 2005), el del alcance de etiquetas como "postmodernidad" e "híper-modernidad", y temáticas como la posible reorganización postmoderna, contemporánea, de la colonialidad (Castro-Gómez, 2005) –para quienes nos adherimos a la tesis de que la colonialidad es constitutiva de la modernidad–. En nuestro caso, sólo a partir del material analizado durante la investigación sería difícil colegir una crisis actual de la modernidad-colonialidad. Tal vez un trabajo que use "aparatos ópticos" distintos, o que se acerque a otro tipo de material zootécnico que no sean los textos de Zootecnia General, arribe a conclusiones divergentes, afines a la hipótesis de la crisis/reorganización, pero por el momento las limitaciones constitutivas de mi proceso investigativo me orientan a planteos de otra semblanza. Ahora bien, de esta advertencia tampoco sería acertado deducir que defendemos una concepción logocéntrica de la historia (totalizante, lineal, ascendente y tendiente al progreso),

hoy ha gobernado crecientemente en Colombia tanto la vida de la población como la naturaleza y el territorio; régimen, y esto es fundamental, basado sobre todo en la predominancia de unos cuantos principios provenientes de la moderna biología evolutiva: "jerarquía de las especies en el árbol común de la evolución, lucha por la vida entre las especies, selección que elimina a los menos adaptados" (Foucault, p. 232). A más de que:

> El fortalecimiento de la biología afianza la noción de que la vida, ya no dispuesta por la voluntad divina y expuesta, en cambio, a las leyes de la evolución, la selección y la adaptación, es susceptible de transformaciones cuyo resultado puede ser lo mismo positivo que negativo, e incluso, causar una crisis. En esta línea se introduce también la posibilidad de que todo lo natural incurra en el desorden, por lo que se hace posible e indispensable la intervención humana. El motivo del orden, consignado en prácticamente todos los estandartes nacionales del siglo XIX, es la intención primordial tras la intervención del cuerpo y de la naturaleza (Pedraza, p. 192).

Del anterior recorrido quisiera dejar establecidos una serie de principios constitutivos del régimen biopolítico, los cuales, y así también lo entiende Foucault[22], no corresponden literalmente a las tesis de Darwin sino a un corpus de enunciados particularmente asociados a la biología evolutiva que han llegado a ser

---

ya que si tiene algún sentido hablar de una posible "postmodernidad", "crisis de la modernidad" o "reorganización postmoderna de la colonialidad", es debido a que existe un conjunto de relaciones de fuerza y tecno-bio-físico-sociales globales, históricas, cuyos elementos pueden desarticularse y rearticularse. No aludimos, pues, a grandes períodos históricos donde el más avanzado sustituye al predecesor.

22 "En el fondo, el evolucionismo, entendido en un sentido amplio –es decir, no tanto la teoría misma de Darwin como el conjunto, el paquete de sus nociones [...]–, se convirtió con toda naturalidad, en el siglo XIX, al cabo de algunos años [...] realmente en una manera de pensar las relaciones de la colonización, la necesidad de las guerras, la criminalidad, los fenómenos de la locura y la enfermedad mental, la historia de las sociedades con sus diferentes clases, etcétera" (Foucault, 1997, p. 232).

dominantes y que, de la mano de Pedraza agregamos, han posibilitado un inédito funcionamiento del poder estatal sobre la población, la naturaleza y el territorio:

- Evolución lineal tendiente al progreso.
- Taxonomización jerárquica (en especies, razas u otras categorías).
- Competencia y lucha por la adaptación y la supervivencia.
- Extinción de los menos aptos.
- Concepción de la naturaleza como cambiante y susceptible de ser intervenida, modificada y racionalizada.

En primera instancia, a lo largo del acápite que inicia este capítulo pudimos verificar que la Zootecnia concibe la historia en general, y su historia en particular, en términos lineales tendientes al progreso, a saber, como Historia. Incluso llamamos la atención sobre el empleo del término "evolución" por parte de Dubuc para dar cuenta del progreso. En cuanto a la taxonomización jerárquica, ésta se evidencia en la consideración de los animales domésticos como ontológicamente diferentes de los salvajes (esto es, al servicio del *dominus por naturaleza*), luego en la racialización de los animales domésticos mismos (donde funciones específicas son esencializadas) y, por supuesto, en la racialización humana explícita en el inicial caso de Adametz e implícita en los demás autores, incluso en los textos más recientes, sin dejar de lado la diferencia esencial entre humanos y (otros) animales, reiterada por las ciencias sociales, la filosofía y las ciencias naturales. Ahora me referiré sobre todo a los principios evolucionistas restantes, pero antes deberé realizar una corta precisión en torno a la diferencia esencial entre humanos y (otros) animales en el marco evolucionista.

¿Cómo es posible que con el darwinismo, perspectiva que convierte al ser humano en un animal y no en un producto divino, se continúe remarcando su diferencia con los demás anima-

les? La respuesta, resumiendo, radica en que la evolución biológica, al igual que la de la Historia, es considerada de manera lineal y tendiente al progreso. En el caso de los animales domésticos el perfeccionamiento o progreso tiene que ver, por supuesto, con el aumento de su potencial productivo, de su utilidad con relación al Hombre. Esto se refleja en el siguiente apartado escrito por Dubuc con el objetivo de explicar el futuro de la Zootecnia:

> Dentro de la Zootecnia el futuro es fisiológico, genético y bioquímico. Obtención de productos sin cópula, fecundación artificial, procreación de sexos a voluntad, monstruos vivos, órganos duplicados o rendimiento fisiológico exagerado, incubación de mamíferos fuera del claustro materno, trasplante de óvulos de hembras de alta calidad a otras que servirán de nodrizas, producción de proteínas nutritivas por microorganismos sintetizadores y muchas más conquistas logradas y otras en vías de realización o en especulación teórica, *conducen al perfeccionamiento de las Especies* (1984, p. 18, el énfasis es mío).

Asimismo, lo dicho por Dubuc efectivamente coincide con el progreso ilimitado y con una concepción de la naturaleza como cambiante y susceptible de ser intervenida, modificada y racionalizada o, en palabras de Michel Foucault, con "la posibilidad no sólo de disponer la vida sino de hacerla proliferar, de fabricar lo vivo, lo monstruoso y, en el límite, virus incontrolables y universalmente destructores" (Foucault, 1997, p. 229). El gesto de Dubuc, como es de esperarse, también aparece en otros textos. A manera de ilustración, Ensminger y Buxadé aseguran lo siguiente:

> Los grandes progresos logrados en el pasado pueden hacer pensar que todo lo que valía la pena realizar en el campo de la zootecnia ya ha sido hecho. No es así. Se necesita una tecnología nueva para producir el ganado y sus productos

> de manera más eficiente, y es preciso adaptar la industria a los cambios que se producen en otros aspectos de la economía. Será menester aumentar la eficiencia reproductiva [...], mejorar la conversión de los alimentos y aminorar sus costos, aumentar las tasas de crecimiento, elevar la calidad de la carne, la leche y las fibras producidas, establecer nuevas prácticas administrativas y desarrollar medios y equipos modernos para disminuir la necesidad de personal y aumentar la eficiencia productiva (Ensminger, 1976, p. 16).

> En la actualidad las mejoras más importantes en producción animal proceden del campo de la biotecnología, que como ciencia ofrece la posibilidad de incrementar la velocidad de mejora de la ganadería a un ritmo genético muy superior al aproximadamente 2 por 100 anual conseguido en algunos caracteres como la velocidad de crecimiento o la producción de leche en rumiantes, gracias a los progresos realizados en genética cuantitativa y en la reproducción, con la aplicación en este último caso de técnicas como la inseminación artificial o el trasplante de embriones. Las modernas técnicas aplicadas en biotecnología, ADN recombinante, los anticuerpos monoclonales, la fusión celular y la ingeniería de las proteínas van a permitir en los próximos 4-5 años a nivel experimental, y dentro de 15-20 años comercialmente, importantes avances en todos los niveles de la cadena alimentaria de base animal, muy particularmente en los aspectos referidos a las producciones, alimentación animal, reproducción y salud (Buxadé, 1994, p. 26).

Ahora bien, retornando a nuestra interrogante, más allá de lo escrito específicamente por Darwin, se fue consolidando la idea de que el ser humano logró, mediante los procesos evolutivos, dejar de ser un animal entre otros al desarrollar racionalidad, una racionalidad cuyo máximo nivel se alcanza en la Europa

moderno-colonial y se impone al resto del mundo. Por ejemplo, el naturalista francés de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, Georges Cuvier, pretendió haber encontrado en algunas tribus africanas los antepasados vivientes del ser humano (Qureshi, 2004). Sin dudas, el evolucionismo hegemónico está atravesado por el viejo discurso de la limpieza de sangre que ubica en el centro al cristiano hombre blanco. Basta con ver, como acertadamente apunta Ana Cristina Ramírez, cualquier monografía escolar de "La evolución del hombre" para verificar rápidamente que el ser humano que evoluciona es un varón "adulto, sano, fuerte, blanco y guapo [...] El paradigma de la evolución del hombre es el varón con estas características. Ni infante, juvenil, enfermo, deforme, ni negro ni viejo, mucho menos mujer" (2009, p. 49). Cuestión que coincide, a su vez, con lo que Foucault teorizó como "racismo de Estado": un corte en el continuo de la vida que diferencia lo normal de lo anormal, lo que merece vivir de aquello que no, lo sano de lo enfermo o degenerado, las vidas que son potenciadas a costa de las que no:

> La muerte del otro no es simplemente mi vida, considerada como seguridad personal; la muerte del otro, de la mala raza, de la raza inferior (o del degenerado o el anormal), es lo que va a hacer que la vida en general sea más sana; más sana y más pura [...] La raza, el racismo, son la condición que hace aceptable dar muerte en una sociedad de normalización. [...]
>
> Podrán comprender, por consiguiente, la importancia –iba a decir la importancia vital– del racismo en el ejercicio de un poder semejante: es la condición gracias a la cual se puede ejercer el derecho de matar. [...] Desde luego, cuando hablo de dar muerte no me refiero simplemente al asesinato directo, sino también a todo lo que puede ser asesinato indirecto: el hecho de exponer a la muerte, multiplicar el riesgo de muerte de algunos o, sencillamente,

la muerte política, la expulsión, el rechazo, etcétera (Foucault, 1997, p. 231).

El "corte en el continuo de la vida" teorizado por Foucault es sumamente provechoso y nos ayuda a entender el funcionamiento del régimen biopolítico, pues es la división de lo continuo, paso previo a la clasificación o taxonomización jerárquica, lo que presuponen los principios de: 1) competencia y lucha por la adaptación y la supervivencia, y 2) extinción de los menos aptos. No obstante, este autor, a diferencia de Pedraza, considera dicho corte como uno efectuado al *interior* de la *especie humana*, además parece centrarse demasiado en los límites del territorio estatal. Frente a lo anterior quiero plantear, pero sólo retomando parcialmente a Foucault y explorando las potencialidades de la concepción de Pedraza, que el régimen biopolítico delimita, divide y jerarquiza el continuo de la Naturaleza[23], *asumida ahora desde mi perspectiva no en oposición a lo humano, social, cultural, etcétera, sino como el mundo único y fluido, sin límites claros, que abarca tanto lo orgánico como lo inorgánico y tanto lo que clásicamente se entiende como natural-animal como lo social-humano*. Una de las implicaciones de mi propuesta es que se hace necesario revalorar, o quizá sustituir, la etiqueta "racismo de Estado" por la de "discriminación de Estado". Una discriminación que, en el régimen de poder/saber biopolítico (basado, como dijimos, en los principios evolutivos), no puede ser disociada de las históricas dinámicas globales o, en palabras de Dussel, de la modernidad como "paradigma planetario"; la cual, recordemos, obliga a tener

23 Escribiré en adelante Naturaleza, con mayúscula, para diferenciar mi perspectiva de los discursos que presentan la naturaleza como opuesta a lo humano y lo social/cultural. El uso de la mayúscula no es casual, ya que en español se emplea para referenciar "divinidades" y, en efecto, quiero que nuestra concepción de la Naturaleza resuene con el "panteísmo" de Baruch Spinoza, sintetizado en su conocida frase "Dios o la Naturaleza" (*Deus sive Natura*). El Dios, Universo, Naturaleza o Ser de Spinoza no es el ser-Uno de la tradición metafísica occidental, la Naturaleza spinoziana reclama la indistinción substancial entre lo uno y lo múltiple; pasa, como se anotó en la introducción, del lenguaje de lo uno y lo múltiple al de *las multiplicidades*. Esta es, en mi opinión, la base del materialismo inmanente.

en cuenta y darle relevancia al racismo colonial y, en general, al peso de la occidental metafísica de la presencia.

Empleamos el concepto "discriminación" con el fin de, siguiendo a Stefania Gallini, recuperar "el sentido del término latino *discrimen*, la separación de una cosa de otras. Distinguir es finalmente el paso previo a clasificar" (2008, p. 337). Y es que, claramente, antes de preguntarnos por el "racismo de Estado" como una forma de implementar cortes al interior del continuo biológico de la *especie humana*, es menester poner en duda el concepto mismo de *especie humana*, pues éste constituye ya un corte específico. El Estado, incorporando discursos y procesos históricos globales, discrimina, divide y jerarquiza el gran continuo de la Naturaleza, y una de las primeras divisiones hechas es la de humano/animal (Agamben, 2006). Ahora bien, es imprescindible fijar la mirada en las históricas dinámicas globales porque la discriminación de Estado tiene como trasfondo el *ideal normativo* del Hombre blanco, racional, heterosexual, cristiano, burgués, sano y adulto. Ésas son las particularidades del Hombre que se pretende universal y motor de la Historia, ésas son las especificidades de lo *propiamente humano*. Con Rosi Braidotti, aseguramos que existe "un vínculo estructural transversal en la posición de los sujetos no humanos corporizados que anteriormente se conocían como los "otros" del sujeto humanista" (2009, p.145). Probablemente, al distanciarme de la teorización foucaultiana esté siendo más fiel a este autor de lo que parece, no sólo porque concibo los conceptos como herramientas cuya utilidad debe probarse constantemente, sino debido a que mi perspectiva, intencionalmente, se acerca a la idea de que bajo la influencia de transformaciones históricas, muchas de ellas insospechadas, "podría apostarse a que el hombre se borraría, como en los límites del mar un rostro de arena" (Foucault, 1985, p. 375).

Al tiempo y con seguridad, la discriminación de Estado, así esbozada, está articulada con una discriminación de tipo supraestatal, es decir, afincada en diferentes organizaciones internacionales. Recordemos que, por ejemplo, la *zootecnización del*

Estado colombiano se consolidó y funciona a través de entidades público-estatales como la Universidad Nacional, la CORPOICA (Corporación Colombiana de Investigación Agropecuaria) y el ICA (Instituto Colombiano Agropecuario), pero también y de manera decisiva gracias a la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación), el STACA (Servicio Técnico Agrícola Colombo Americano) y las fundaciones Rockefeller y Kellogg. Sin lugar a dudas todos los elementos básicos del discurso zootécnico, examinados a lo largo de la presente investigación, han sido adoptados, reforzados, difundidos y han circulado, hasta la actualidad, por dichas entidades. Particularmente, se ha promovido el incremento del consumo de carne con el fin de superar, de acuerdo con el discurso del desarrollo, uno de los grandes problemas del mundo subdesarrollado: el hambre. Por ejemplo, los zootecnistas Preston y Willis, ante las críticas a la producción intensiva de carne que ellos mismos promueven, responden: "Quizá sea simbólico que esas críticas por lo general sólo se oyen en países altamente desarrollados donde se dispone de otros alimentos, aunque no tan apetitosos, y casi nunca en los países donde todavía hay gente que pasa hambre" (1974, p. 25). Arturo Escobar resume de la siguiente manera la preocupación por el hambre y su relación con el discurso del desarrollo:

> Las hambrunas de los sesenta y setenta (Biafra, Bangladesh, el Sahel) atrajeron la conciencia pública hacia el hambre masiva. Pero los aspectos más difíciles de la desnutrición persistente y del hambre habían ingresado en el mundo científico una década antes. Desde los años cincuenta hasta hoy, un ejército de científicos –nutricionistas, expertos en salud, demógrafos, expertos agrícolas, planificadores, etcétera– han estudiado sin cesar cada uno de sus aspectos. Semejante hambre de lenguaje (científico) ha traído como resultado una sucesión de diversas estrategias a lo largo de la era del desarrollo: desde los alimen-

> tos enriquecidos y los suplementos alimenticios pasando por la educación en nutrición y la ayuda alimentaria de los cincuenta y sesenta, hasta la reforma agraria, la revolución verde, el desarrollo rural integrado, y la planificación alimentaria y nutricional exhaustiva, de finales de los sesenta, los lenguajes se han vuelto cada vez más detallados y de mayor alcance. Ya fuera que "el problema nutricional" se atribuyera a la ingestión insuficiente de proteínas, a la falta de calorías, ausencia de educación nutricional, ingestión insuficiente de alimentos combinada con mala salud y condiciones sanitarias deficientes, bajos ingresos o prácticas agrícolas ineficientes, o a una combinación de todas ellas, un equipo de expertos siempre ha estado preparado para diseñar estrategias y programas en nombre de los pueblos hambrientos y desnutridos del Tercer Mundo (2012, p. 178).

Vale precisar, antes de proseguir, que en adelante llamaremos a la carne "cadáver" o "animal asesinado". *No porque crea que se trata de denominaciones más acertadas* sino para reiterar un acto performativo llevado a cabo por activistas animalistas, el cual generalmente produce un efecto desestabilizador, de incomodidad, pues, entre otras razones, el concepto de "asesinato" suele ser aplicado sólo en el ámbito de lo humano, y el de "cadáver" no se usa con frecuencia para dar cuenta de la fetichizada comida humana. En suma, más que para apelar a la Verdad, es decir, a una descripción precisa de la realidad, realizo la "sustitución" de nociones para intentar generar, desde la enunciación misma, preguntas y efectos éticos, políticos, epistemológicos y ontológicos subversivos.

Retomando el hilo conductor, aunque pueda estar de más a estas alturas, deseo recalcar que la meta del incremento de producción de cadáveres para superar el hambre, elemento característico del subdesarrollo, no se debe escindir de la discriminación biopolítica y posterior clasificación de singularidades vivientes

en "animales domésticos" (seres-productivos, *por naturaleza* al servicio del *dominus*) y en "animales salvajes", ni tampoco de la apropiación de los primeros para su proliferación en racializados animales-de-carne, o sea, en animales cuya función de sacrificio para la alimentación humana se ha convertido en su ontología. Igualmente, si, como apuntamos páginas atrás, hay una relación directamente proporcional entre superioridad humana y explotación animal, es relativamente simple entender el porqué de las siguientes palabras escritas por otro de los zootecnistas leídos en Colombia: "Desde el comienzo de la civilización, los pueblos dominantes, y posiblemente los más progresistas, se han alimentado con carne" (Juergenson, 1966, p. 11). De esta frase se deduce que el Hombre, el ser humano en sentido estricto, el ideal, en su grado máximo de desarrollo, es un consumidor compulsivo de animales asesinados. Sin embargo aquélla no es una afirmación hecha sólo por la Zootecnia, ésta se encuentra incrustada en el viejo discurso según el cual la caza y el consumo de carne constituyó un factor definitivo para la evolución humana, sobre todo en términos de desarrollo cerebral (Ramírez, 2009). Pues bien, escuchemos el mito: ¡comer cadáveres nos hizo y nos hará mejores y más inteligentes! En términos de los principios evolutivos del régimen biopolítico diremos que la *especie humana* evolucionó, se perfeccionó, a costa de la competencia y la lucha con otras especies. De ahí que los zootecnistas Preston y Willis lancen la siguiente sentencia: "el hombre es superior a los animales y debe explotarlos para sobrevivir, del mismo modo que una especie de animal rapiña a otra" (1974, p. 25). Es, parafraseando a Foucault, la muerte de las otras especies, las no humanas, lo que hace la vida humana más sana, más *sana* y más *pura*. En este marco, Casting y Habault se atreven realizar una contundente predicción al comienzo de su texto *Elementos de zootecnia general*:

> Es sobradamente conocido el hecho de que una parte de los habitantes del planeta esté subalimentada. Su alimen-

> tación diaria es deficitaria en *cantidad*, desde un punto de vista energético, pero también especialmente en *calidad:* la alimentación de aquellos habitantes, en efecto, es insuficiente en proteínas (principios nitrogenados), y éstas son proporcionadas principalmente por las carnes, huevos y quesos (así como por el pescado).
> [...] La demanda en proteínas aumentará más aún que la de cereales, tanto por el incremento de la población mundial (se duplicará durante los próximos 25 años) como por el aumento del nivel de vida.
> La citada evolución será especialmente acusada en los países en vías de desarrollo; en ellos el aumento de la demanda en productos pecuarios será considerable (1979, p. 11-12).

No podemos engañarnos, la preocupación por el hambre y la nutrición es una problemática eminentemente biopolítica, traducida por la Zootecnia a principios evolucionistas como una cuestión de lucha entre especies por la supervivencia humana y su perfeccionamiento. Dadas estas razones, tampoco es casual encontrar que Bello inicie su *Zootecnia General* con una nota que alude al sacrificio de las otras especies como condición de progreso, como condición para alcanzar una vida "más sana y más pura": "*La carencia de proteínas de origen animal, es problema todavía insoluble para la humanidad. Que esta obra contribuya a elevar la perspectiva encaminada hacia la posible resolución del problema nutricional de nuestro pueblo*" (1984, p. 6). Con esto en mente, recordemos que habíamos establecido ya una relación directa entre el racismo humano y la explotación animal. Ahora, teorizada la lucha entre especies, sabemos que lo que se articula son formas de racismo humano, definidas históricamente, con formas de *especismo*, cuestiones que integran la discriminación de Estado y supraestatal. Es tan verídica nuestra tesis que Ensminger, refiriéndose a la posibilidad de que la población estadounidense adopte una dieta vegetariana, apunta:

> [...] olvidando por un momento los altos valores nutritivos de las carnes, no hay duda de que puede mitigarse más hambre con cierta cantidad de granos y excluyendo por completo a los animales. Cuando al ganado se lo alimenta únicamente con granos, se le deben suministrar alrededor de 5 o 6 kg de concentrados con el fin de obtener la cantidad indispensable de carne y otros productos para mantener a un hombre durante un día; mientras que 1 o 1.5 kg de granos (maíz, trigo, arroz, soja) es suficiente para el mismo fin. De manera que los granos consumidos en forma directa alimentarán de 5 a 6 veces más personas que las que podrían mantenerse si fueran primero suministrados al ganado y luego ingeridos por los seres humanos en forma de productos animales. Esto se debe a las inevitables pérdidas nutritivas en la alimentación animal, y al hecho de que no hay restitución alguna de la parte de la alimentación animal que sirve para su mantenimiento (la cual asciende más o menos a la mitad). Precisamente por este motivo los pueblos de Oriente se han visto forzados a ser vegetarianos.
>
> Sin embargo, *el pueblo de Estados Unidos no se someterá nunca de manera voluntaria a esa forma de vida oriental*. [...] Por otra parte, la inclusión de los productos animales en el régimen alimenticio contribuye a suministrar en forma agradable y sencilla los principios nutritivos necesarios, especialmente proteínas, minerales y vitaminas (1976, p. 5, la cursiva es mía).

En pocas palabras, los pueblos vegetarianos, que en este caso son los "orientales", aunque logren "mitigar" el hambre sin asesinato animal, no merecen ser imitados por el blanco y racional pueblo estadounidense, el cual, se supone, al comer animales asesinados se está alimentando en forma "sencilla", "agradable" y mucho mejor: está siendo más "saludable" que otros pueblos

(entiéndase razas). ¿Qué peor ejercicio de supremacía cultural podemos hallar? Al igual que Ensminger, Buxadé acepta que una dieta vegetariana podría combatir efectivamente el hambre, sin embargo no tarda en añadir que, por razones nutricionales (entiéndase: con el fin de incrementar la fuerza y la salud de la especie humana), el consumo de cadáveres sigue siendo el más deseable:

> En primer lugar podríamos señalar que la calidad biológica de la proteína de origen animal es mejor que la procedente de los vegetales, y aunque éstos en su conjunto pueden proporcionar los aminoácidos esenciales, resulta muy difícil agrupar en una dieta el número suficiente de ellos que garanticen el aporte de estos elementos para una dieta equilibrada. Por otra parte, hay que destacar la importante fuente que suponen los productos animales en elementos tan fundamentales para la calidad de una dieta como las vitaminas y los minerales, además de los ácidos grasos esenciales de cadena larga, que no pueden ser suministrados por los vegetales, y que tanta importancia tienen para la palatabilidad de los alimentos (1994, p. 24).

Otro aspecto fundamental que sale a relucir en la mayoría de textos de Zootecnia, ya lo anunciábamos en el primer capítulo, es la constante construcción de los cadáveres como alimentos deliciosos, agradables. Recordemos, por ejemplo, que para Ensminger "la inclusión de los productos animales en el régimen alimenticio contribuye a suministrar *en forma agradable* y sencilla los principios nutritivos necesarios, especialmente proteínas, minerales y vitaminas (1976, p. 5, la cursiva es mía); al tiempo que Buxadé señala la importancia de los ácidos grasos "para la *palatabilidad* de los alimentos" (1994, p. 24, la cursiva es mía). Por supuesto, huelga indicar que la palatabilidad, lo agradable al paladar, es presentado en el discurso zootécnico a menudo de una forma groseramente

esencializada, como si hubiese alimentos "deliciosos por naturaleza" –suponiendo que, de entrada, consideramos los cadáveres "alimentos"–. ¡Me pregunto irónicamente si yo, particularmente, como no consumidor de animales asesinados, tendré descompuesto mi cuerpo!... porque hace ya muchos años que el olor a cadáver y su sabor resultan todo menos agradables para mí. No niego, vale explicitar, la materialidad de nuestros cuerpos como condición de sensibilidad, a saber, en tanto posibilitante de experiencias tenidas por desagradables o placenteras; de hecho soy consciente de la incardinación de los discursos en cuerpos, de su in*corpo*ración. Aquello que impugno es la esencialización, la estabilización y universalización de prácticas y gustos, su difusión fundamentada en el determinismo biológico. En efecto, yo mismo he pasado de experimentar satisfacción tras la ingesta de cadáveres a difícilmente tolerar ciertos olores y menos su ingestión; no sólo porque conscientemente rechace algunos consumos sino debido a que mi cuerpo reacciona, se desestabiliza; en ocasiones siento náuseas que escapan de mi control. Como diría Serres (2011) siguiendo a Spinoza y Nietzsche, uno contribuye a entrenar su cuerpo, éste es más plástico de lo que podríamos creer, aunque nuestra "pequeña razón", nuestra consciencia y volición, es por lo general diminuta y engañosa además de profundamente dependiente.

Concuerdo, pues, con Stefania Gallini cuando señala que los zootecnistas han sido "intérpretes de intereses gremiales y políticas estatales, transmisores de saberes científicos y de gustos, impulsores de prácticas y detractores de uso" (2008, p. 297), y han intervenido "capilarmente en momentos cruciales de los procesos de transformación de una vaca en bistec" (2008, p. 297). Especialmente me sorprende el rápido éxito de la esencialización de los cadáveres de vacas como "alimentos agradables al paladar" ya que, tras una excelente investigación histórica, Bolívar y Flórez aseveran:

> Aunque el consumo de carne aparece como una constante a partir de la Colonia, con frecuencia está referenciado como

> consumo de tasajo o carne seca y casi siempre en condiciones de salubridad muy pobres. Es más: hasta bien entrado el siglo XX la carne bovina se refería en las fuentes como comida de pobre, incluyendo allí las dietas de indios, soldados rasos, obreros, mineros" (Bolívar & Flórez, 2005, p. 179).

Lo expuesto hasta el momento, nos lleva a comprobar una hipótesis de Carol Adams (1990) de acuerdo con la cual los cadáveres actualmente se tienden a relacionar con la masculinidad, sobre todo en el sentido de que su consumo significa virilidad, fuerza, salud y mayor racionalidad. En cambio, la alimentación vegetariana o, en todo caso, asociada a las frutas y los vegetales, es considerada como alimentación de mujeres y de otros sujetos históricamente subordinados. En síntesis, la alimentación, "que parece obvia, "natural" y neutral ante los ojos de los distintos grupos implicados, opera como un espacio para producir y consolidar formas de poder más amplias" (Bolívar & Flórez, 2005, p. 175). La ingesta de cadáveres asesinados es hoy una práctica característica de la forma de vida ligada al ideal de Hombre blanco racional. Lejos de responder a una simple "necesidad natural", se encuadra en las lógicas moderno-coloniales que identifican lo *propiamente humano* con prácticas específicas de blanqueamiento y racionalización las cuales, se argumenta, son mucho más avanzadas.

Otra hipótesis que parecemos estar verificando contundentemente es la elaborada por Adorno y Horkheimer, para quienes en la modernidad se considera central la supervivencia humana y esto conlleva: "la subordinación (*Unterstellung*) de toda la vida bajo (*unter*) las exigencias de su conservación" (2006, p. 84), bajo las exigencias de conservación y perfeccionamiento del *dominus*. Ahora bien, existe, según los filósofos alemanes, una convergencia entre conservación, libertad y contención de riesgos. El Hombre afirma su libertad trascendiendo la naturaleza y controlándola, cuidándose de no dejarse dominar por su influjo, asegurándose de sobrevivir en la lucha y de perfeccionarse a costa de ella y mediante

su apropiación. Al tiempo, la dicotomía Hombre/naturaleza posibilita la jerarquización entre humanos, pues no todos los humanos son *tan* o *realmente* humanos, a saber, no todos se acercan al *ideal normativo* del Hombre blanco racional: "Lo que los hombres quieren aprender de la naturaleza es servirse de ella para dominarla por completo, a ella y a los otros hombres" (2006, p. 60).

En términos generales, la idea se sintetiza en que durante la modernidad es construida una concepción de la naturaleza dividida en especies, razas y tipos en lucha (las categorías de segmentación pueden cambiar). La vida de unos se conserva y perfecciona a costa de la de los otros y, por supuesto, la vida *propiamente humana*, la del *ideal normativo*, se ubica en el centro. Ésta no es una vida entre otras sino la única, que en virtud de su alma racional (Descartes, 1990) o de la racionalidad producto de la evolución, ha logrado trascender, ubicarse por encima del resto del mundo. Así, el Hombre moderno-colonial se erige como el objetivo lugar de la universalidad desde el cual puede, soberanamente, a la manera de un nuevo Dios, ver sin ser visto, re/crear, objetivar y controlar el mundo que está a sus pies (Haraway, 1995). Por naturaleza entonces debe entenderse, en principio y en lo que concierne al discurso moderno-colonial, lo no-humano, orgánico o inorgánico, en fin, lo que se distancia del *ideal normativo* de humanidad. La Zootecnia supone todo esto y, como lo supone, constituye la ocasión perfecta para cuestionarlo. Dejarnos mirar por las singularidades vivientes categorizadas como animales, comprometernos radicalmente con esos Otros del *dominus* soberano, representa aquí la llave para vislumbrar el desvanecimiento de la metafísica de la presencia y del Hombre, y para entrever mundos por venir y ya existentes porque, uniéndome al grito materialista de Donna Haraway (2008): ¡nunca hemos sido humanos! Nadie ha logrado encarnar nunca el *ideal normativo* y nadie lo hará; los límites entre lo "natural" y lo "cultural", lo "humano" y lo "animal", lo "orgánico" y lo "inorgánico", etcétera, siempre fueron móviles y borrosos, pese a los discursos que los procuran apuntalar.

Segundo canto

Yo, enfermedad autoinmune

Seres humanos
Inauditamente arrogantes
Se sienten solos sin sus prójimos
Sin sus próximos
Ellos mismos: su única compañía
Las perciben solas sin ellos
Como a la máquina
Ella: su esclava incondicional
Como la naturaleza
O las vacas y los perros
Supuestamente hechos
Diseñados
Como con arcilla seminal
Así son
Lo único que saben es *ser*
Y que de ellos prodiguen sub-seres
Todos a su merced
Intercambiables, consumibles, descartables
Humanos
Reyecitos
Reyecitos bastardos de su Dios
Dios bastardo de su sangre
Sangre podrida
Decadente
En descomposición
Humanos hechos de sangre podrida
Humanos: hermoso cáncer de la Vida

Capítulo III
Teoría política de la dominación animal
(A modo de conclusión)

Si un libro no puede llevarnos más allá de todos los libros, no sirve
Friedrich Nietzsche

Como es costumbre, dividiremos también este capítulo conclusivo en dos partes. A lo largo de la primera plantearé un debate con el sociólogo estadounidense David Nibert, quien en el año 2013 publicó un texto que, desde una perspectiva histórico-sociológica ya tradicional, aborda la problemática de la domesticación. Considero de vital relevancia dedicarle a la propuesta de Nibert un espacio importante pues es, hasta donde conozco, una de las pocas apuestas sistemáticas por emplear ciertos marcos y recursos propios de la filosofía y las ciencias sociales para teorizar la opresión animal. Si bien es cierto que actualmente las relaciones humano/animal son objeto de interés por parte de variadas disciplinas y campos de estudio, continúa siendo herético asociar la noción de animal a las de libertad, dominación, explotación, subjetividad, entre otras. Sigue existiendo, como concluimos en el primer capítulo, un círculo vicioso que encierra a los animales en las ciencias naturales y a los humanos en la filosofía y las ciencias sociales. La mayoría de intentos epistémicos subversivos son, a menudo, tachados de antropomorfismos románticos o de simplemente absurdos, no racionales, a saber, "muy poco humanos".

El gran mérito de Nibert, con todo y las inconveniencias que expondremos, radica en atreverse a transgredir la discrimina-

ción especista que separa al *dominus* de los animales, a costa de la probable marginalidad que el hecho conlleva. De una u otra manera este autor se arriesga a delinear una teoría sociológica de la opresión animal e incorpora conocimientos de activistas animalistas; en su caso, la militancia animalista es una militancia por los derechos de los animales *sintientes*. Fuera de la dosis de reconocimiento que quiero concederle al autor por su trabajo de indudable valor, pienso que sus tesis generales constituyen una excelente oportunidad para poner a prueba ciertas conclusiones de nuestra investigación. Por otro lado, invertiremos las energías a lo largo del segundo apartado en resaltar que, aunque aparentemente novedoso, el gesto de Nibert ha sido llevado a cabo por los zootecnistas desde hace décadas. Ellos han venido esbozando toda una teoría política de la dominación animal que vale reiterar críticamente con el fin de explorar alternativas a la misma.

La teoría de la *domesecration* a debate

David Nibert desarrolla en su libro *Animal Oppression and Human Violence: domesecration, capitalism, and global conflict* (2013) la siguiente tesis: aunque los puntos de vista dominantes presentan el rol subordinado de los animales como inexpugnable, obvio y beneficioso para el avance de las civilizaciones humanas, en realidad la práctica de capturar y oprimir animales sociables (como vacas, cerdos, ovejas y caballos) supuso el socavamiento del desarrollo de un mundo justo y pacífico. En otros términos, el daño histórico que los seres humanos les han ocasionado a los animales, desde las prácticas pastoriles hasta el establecimiento de las contemporáneas granjas industriales, ha sido la precondición para ejercer la violencia contra humanos devaluados (particularmente indígenas). De acuerdo con Nibert, las vidas humanas y de "otros animales"[24] han sido trágicamente esculpidas por

24 Para Nibert resulta importante reivindicar que los humanos también son animales, de ahí que hable de "otros animales".

los intereses y las prioridades de las élites sociales. Por ende, teniendo en cuenta que tanto las representaciones culturales como las discusiones académicas han soportado y preservado prácticas sociales que privilegian unos grupos en detrimento de otros, para este autor ciertas perspectivas y consideraciones académicas en torno a los animales pueden ser comparadas con las afirmaciones racistas y sexistas de otros tiempos.

Para Nibert, tanto las intervenciones de activistas como las necesidades del mismo sistema capitalista han minado formas institucionalizadas de explotación, por ejemplo la esclavitud. Sin embargo la explotación animal, en lugar de erigirse como un obstáculo para el mercado, se ha convertido en una poderosa fuente de ganancias para las industrias. Asimismo, asevera el sociólogo estadounidense, las representaciones dominantes de la historia y la sociedad niegan la personalidad y la subjetividad de los "otros animales", los cuales son reducidos a su simple vida biológica. Cualquier intento de tener en cuenta sus intereses y de cuestionar su uso por parte de los seres humanos, es tachado de pseudocientífico y descartado. Esto hace parte de, aquí Nibert sigue a otro sociólogo, Thorrstein Veblen, la tendencia a reflejar las posiciones ideológicas dominantes que poseen las academias en las sociedades capitalistas. En suma, Nibert es plenamente consciente de que la producción de conocimiento no es objetiva ni está libre de valores.

Por otra parte, el autor reta la opinión popular y el *meanstream* académico presentando el uso histórico de "otros animales" como *violento*, como un tratamiento no ético y chovinista para con los demás seres que habitan el planeta. En esa misma línea el sociólogo afirma:

> Increasingly, ethologists are reporting that other animals, including those relegated to the socially constructed position of "farm animals", are sentient beings with emotional lives, strong preferences and desires, and profound social

> bonds. However, the individuality and personality of each is ignored by the humans who benefit from their mistreatment and death (Nibert, 2013, Kindle Edition).

En términos generales, la propuesta realizada por Nibert constituye un análisis comparativo que examina los patrones recurrentes de opresión, de un número significativo de grandes animales usados por las élites como recursos y alimento en diferentes sociedades y estadios históricos. A la par, discute cómo dichos patrones de opresión posibilitaron invasiones, conquistas y otras catástrofes. Una de los asuntos que me interesa resaltar aquí es que el punto de comparación elegido por Nibert es la domesticación: se argumenta que ésta ha causado violencia a gran escala, destrucción y epidemias, es decir, se compara la manera en que el uso de "otros animales" en diferentes sociedades –como por ejemplo instrumentos de guerra, trabajadores forzados y fuentes de alimento– ha hecho posible expandir la violencia, pues, se arguye, la violencia engendrada por el uso de animales domesticados alcanza a humanos devaluados e incluye a otros animales. Lo anterior implica contemplar daños que se desprenden de expropiaciones de tierra y agua para mantener a grandes grupos de animales, del poder militar resultante de la explotación animal (base de invasiones y conquistas) y de la búsqueda de beneficios económicos producto del uso y la venta de los animales. Adicional a esta violencia encontramos las zoonosis, asociadas a la destrucción de ciudades y sociedades enteras.

Ahora bien, el libro del sociólogo estadounidense tiene un gran presupuesto: la opresión de humanos y otros animales está relacionada con y motivada por deseos de ganancia material, especialmente de las élites. Más aún, para que la opresión institucionalizada ocurra, ésta debe ser soportada por el poder estatal y justificada a través de la manipulación ideológica. Así pues, el libro adopta un enfoque materialista histórico y le presta especial atención a la relación entre la domesticación y el desarrollo/ex-

pansión del sistema capitalista. Entonces, desde el marco político-epistemológico adoptado por Nibert, si cada palabra importa es porque las palabras se encuentran ideológicamente definidas. Usar, por ejemplo, el concepto de "otros animales" resalta el hecho de que los humanos también son animales y cuestiona una separación que ha sido fuente de opresión. Lo mismo sucede con conceptos como "leche", "huevos", "ganadería" o "aves de corral"; es así que el autor llega a reemplazar el término "domesticación" por el de *domesecration*.

En opinión de Nibert, los primeros seres humanos vivían en sociedades relativamente igualitarias, pacíficas y comunales, lo cual empezó a transformarse con la cacería organizada de "otros animales". La caza y el acecho incrementaron las probabilidades de encuentros violentos entre seres humanos y produjeron una creciente división sexual del trabajo con la consecuente subordinación de las mujeres. Estas últimas se empezaron a especializar en las labores domésticas y de cuidado, mientras que los hombres perfeccionaban sus habilidades de caza y acecho. De acuerdo con el autor, hace diez mil años (transición hacia la *domesecration*) la agricultura posibilitó que se empezaran a generar una serie de excedentes necesarios para la constitución de clases dirigentes, a menudo sacerdotes. La transformación de la producción económica creó desigualdad e incrementó las relaciones de explotación entre seres humanos. Paralelamente, las brechas entre humanos y "otros animales" empezaron a ahondarse, los primeros transitaron de la simple caza a la captura y el control de la reproducción de numerosas especies con el objetivo de explotarlos como comida y, en general, recursos.

Basándose en trabajos arqueológicos, biológicos y etológicos, el autor interpreta los procesos de *domesecration* como conjuntos de prácticas violentas. En otras palabras, la "domesticación" es, antes que una igualitaria asociación "humano-animal", un eufemismo para experiencias de captura, esclavización, uso y muerte, con consecuencias que incluyen enfermedades, deformaciones y

violencia psicológica. No obstante, la mayoría de definiciones en torno a la "domesticación" encubren los procesos mencionados. Es así como para Nibert los animales no fueron "domesticados" sino *domesecrated*. ¿En qué consiste, entonces, la *domesecration*?:

> [...] is the systemic practice of violence in which social animals are enslaved and biologically manipulated, resulting in their objectification, subordination, and oppression. Through domesecration, many species of large, sociable Eurasian mammals came to be regarded as mere objects, their very existence recognized only in relation to their exploitation as "food animals" or similar socially constructed positions reflecting various forms of exploitation.
> One of the harms experienced by countless other animals as a result of domescreation was their increased vulnerability to infectious disease. [...] Diseases that humans contracted from the confinement and exploitation of large groups of other animals included smallpox, tuberculosis, measles, influenza, and malaria. This result of domescreation would have catastrophic consequences for countless humans and other animals as time progressed (Nibert, 2013, Kindle Edition).

Tras haber hecho una cuidadosa reflexión sobre la relación entre Historia, raza y domesticación en el capítulo precedente, es imposible ignorar hasta qué punto Nibert es deudor de un marco que desea impugnar. Atrás señalamos que existe una ligazón directa, en el escenario moderno-colonial, entre la explotación y dominación animal y los principios evolutivos incorporados por el régimen biopolítico, el discurso de la pureza de sangre, el mito de la modernidad, la supremacía cultural y la falacia desarrollista. En efecto, Nibert realiza varios desplazamientos de los límites de lo pensable, cuestiona explícitamente la idea de que a mayor domesticación, y por ende mayor racialización animal, es más

elevado el progreso, la evolución, del Hombre. También abre una ventana para abrazar la potencia de la vida animal *domesecrated* más allá de sus decretadas funciones con relación al *dominus* al alumbrar, con ayuda de la etología, elementos como la sociabilidad, la psicología y la sensibilidad. Lo problemático del asunto es que parece no radicalizar su apuesta des-esencializadora, al tiempo que hace meras inversiones de varias dicotomías jerárquicas abordadas.

En primer lugar, su entendimiento de la historia sigue siendo lineal, sólo que no ha tendido al progreso, como debería, sino más bien hacia una distopía moderna de violencia e injusticia (involución de lo civilizado a lo bárbaro). En todo caso, la historia es Historia, principalmente por su avasallante carácter Universal. Para Nibert la *domesecration* es un crimen del Hombre en su paulatino descenso lineal hacia la distópica actualidad. Así, aunque el autor sustituya ciertas palabras, no opera una necesaria deconstrucción, pues la entidad Hombre permanece viva: sus límites, en la concepción histórica, vuelven a dibujarse aunque se esfuerce por hablar del ser humano como un animal entre otros. No niego el posible efecto político productivo del uso alternativo de denominaciones, yo mismo me arriesgue a "reemplazar" el término "carne" por el de "cadáver" páginas atrás; aquello que cuestiono es la subestimación del orden discursivo, el peligro de pretender que se está transformando una forma absoluta, total, de concebir la historia cuando quizá ni se esté haciendo temblar la metafísica de la presencia y el reinado del *dominus*.

¿Qué representa lo anterior en términos concretos? Básicamente que, aunque la domesticación sea en realidad *domesecration* y el humano un animal más, continúa siendo necesario trazar una sólida línea entre el animal *domesecrated* y el animal salvaje, y entre estos dos y el Hombre que se dirige hacia la distopía; sumando a esto además la evidente y diáfana distinción entre lo bárbaro y lo civilizado que se pretende encontrar, la cual experimentó una sencilla inversión. Podríamos incluso fácilmente deducir que en el

marco intelectual y político de Nibert las fronteras entre lo animal y lo vegetal, y entre lo orgánico y lo inorgánico, también son bastante rígidas aún. No es casualidad que el autor abogue por los derechos de los animales *sintientes*, ya que seguramente confía en los dictados de los saberes modernos que aparentan tener claridad sobre lo que define la *sintiencia*, con su consecuente discriminación jerárquica *sintiente*/*no-sintiente*. A nivel ontológico, profundo, la discriminación, el dividir para clasificar y jerarquizar, sigue funcionando, se sigue considerando válido, y todo acontece con el trasfondo del Hombre como *ideal normativo*.

Quizá la falla de Nibert esté dada por su demasiado pronta adhesión al materialismo histórico, un marco que, aunque "materialista", responde a la metafísica de la presencia al reproducir, en sus fundamentos, la dicotomía materialidad/ideología y la historia como Historia. Desde ese enfoque la "ideología" es presentada como un elemento secundario en los procesos de explotación. Secundario no porque carezca de importancia o efectos sino debido a que obedece, ante todo, a la determinación de lo "realmente material", que suele asociarse con el ámbito de la economía. La reducción del mundo discursivo a "ideología" es uno de los factores decisivos que imposibilitan la radical des-esencialización y crítica deconstructiva en la obra del sociólogo estadounidense. Desde una tradición post-estructuralista, como manifesté en la introducción de nuestra investigación, resulta mucho más factible otorgarle un buen grado de necesaria y potente autonomía a lo discursivo; cuestión que al ser entrelazada con 1) los diversos juegos de poder que generan, transforman y agrietan Formas, y con 2) específicos contextos (articulaciones) tecno-bio-físico-sociales, nos abre el camino para análisis más cuidadosos, es decir, específicos y no universalizantes y, claro está, que pongan a tambalear la metafísica dominante en Occidente –que como hemos visto está bastante relacionada con la subordinación de las singularidades vivientes categorizadas como animales–. Y es que para justificar que

la domesticación invariablemente fue un violento proceso que aconteció paralelamente en diversas sociedades humanas Nibert tuvo que haber des-historizado las nociones de Hombre/animal, cultura/naturaleza y animal doméstico/animal salvaje.

Una de las conclusiones de nuestro trabajo es que el animal doméstico, tanto como el Hombre, es un *ideal normativo* producido por la fetichización de constantes actos realizativos que lo proyectan como a-histórico y universal. Trabajar sobre el ideal pero invertirlo, como hace Nibert, no creo que sea precisamente tenderle la mano a los "animales domésticos o *domesecrated*", los cuales con cualquiera de las dos etiquetas quedan cercados epistémica y ontológicamente, objetivados. Quizá, y digo quizá porque me muevo sobre un territorio donde las seguridades explotan, dejarnos afectar por los animales y por lo no-humano demande modos de producir teoría menos abstractos, teoréticos y eruditos, modos que, por ejemplo, mediante la des-sustancialización y la compresión del trabajo intelectual como material-afectivo-in*corpo*rado, constituyan ya minúsculas pero contundentes subversiones contra el arrollador brío humanizador, racionalizante, masculino y racista, del trabajo académico. En otras palabras, en lugar de apresurarnos a "salvar a los animales", como si fueran una exterioridad, a incluirlos en los grandes discursos donde aparecen marginados, es imperativo averiguar, y esto hace parte del conocimiento situado y reflexivo que no nos pone en el lugar soberano de Dios, cómo ya en el acto de enunciar y entender nos transformamos, nos esculpimos a nosotros mismos y a los otros. De ahí que encuentre tan iluminadoras las siguientes afirmaciones de Nietzsche en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*:

> [El ser humano] somete su obrar como ser *racional* al señorío de las abstracciones: ya no soporta el verse arrastrado por las impresiones repentinas, por las intuiciones, y generaliza todas esas impresiones en conceptos más descoloridos, más fríos, con el fin de uncir a ellos el carro

> de su vida y de su acción. Todo lo que eleva al ser humano sobre el animal depende de esa capacidad de volatilizar las metáforas intuitivas en un esquema, esto es, de disolver una imagen en un concepto; pues en el ámbito de esos esquemas es posible algo que nunca podría conseguirse bajo las primeras impresiones intuitivas: construir un orden piramidal de castas y grados, crear un mundo nuevo de leyes, privilegios, subordinaciones y delimitaciones, mundo que ahora se contrapone al otro, el mundo intuitivo de las primeras impresiones, y pasa a considerarse como lo más firme, lo más universal, lo más conocido y lo más humano y, por ello, lo regulador e imperativo (2011 [1873], p. 613).

Finalmente, si bien es verdad que la objetivación produce una pérdida de singularidad, de las posibilidades múltiples de existencia "animal", con Foucault aseveramos que la existencia nunca puede ser "exhaustivamente integrada a técnicas que la dominen o administren; escapa de ellas sin cesar" (Foucault, 2007, p. 173). ¿Qué es, entonces, desde nuestra perspectiva la vida? No es lo orgánico, ni lo que se produzca en un momento específico como digno de vivir, de gozar y potenciar su existencia (un sentido que empleamos también en el primer capítulo trayendo a colación reflexiones de Judith Butler); es, a nivel ontológico, esa fuerza imparable de la Naturaleza que todo lo des-sedimenta y transforma pero que, en principio, no es ni buena ni mala. No elogiamos aquí el movimiento por el movimiento sino que acudimos a dicha fuerza para romper con la discriminación ejercida por el moderno-colonial régimen biopolítico y la metafísica de la presencia, para buscar la institución de umbrales de existencia sustentables (Braidotti, 2009) pero que no nieguen la conexión, el cambio, la interdependencia y las posibilidades de cada singularidad para ser-otro aunque siempre se esté situado, incardinado en un escenario tecno-bio-físico-social.

Animal: explotado, cautivo, amansado o domado y doméstico

Partimos de un presupuesto base que nos hizo revalorar la posible pertinencia de los planteos de Nibert, y que fue producto de nuestra propia pesquisa a partir de explorar diversos textos de Zootecnia General: la línea que discrimina los animales salvajes de los domésticos es, al igual que la que distingue humanos, animales, razas y tipos, producto de "consensos políticos" que mantienen ciertos órdenes, antes que una Verdad ontológica. Por tanto, el animal doméstico de la Zootecnia es una producción discursiva con efectos materiales, pero que no coincide nunca con lo que en realidad *pueden* (en el sentido de ser capaz de) las singularidades vivientes objetivadas mediante dicha etiqueta. Queremos finalizar el trabajo incorporando ese presupuesto base a lo que denominamos una "teoría política de la dominación animal", a saber, la visión general de la realidad producida por zootecnistas en torno a las relaciones humano/animal, visión que no debemos universalizar pero que, como parece sucederle a Nibert, es relativamente fácil aprehender como incontrovertible y propia debido a la sedimentada fuerza histórica de sus enunciados. A propósito de esto es necesario precisar, o mejor, aclarar nuevamente, que de hecho para los zootecnistas mismos la discriminación, la identificación y la clasificación, aunque por otras vías sean des-historizadas (ya argumentamos la lógica "contradictoria" en el primer capítulo), son necesarias básicamente por razones de control productivo, y eso, en principio, nada tiene de esencialista. Verbigracia, Caravaca escribe en su texto *Bases de la producción animal* que la identificación del grupo (especie, raza, sub-raza, etc.) cumple exactamente los mismos fines que la identificación de cada individuo:

> La identificación de los animales, bien sea como grupos productivos o bien como individuos, resulta imprescindi-

> ble dentro de un manejo ganadero adecuado. [...] La identificación individual de los animales domésticos resulta necesaria no sólo ya por el hecho de distinguir qué animal pertenece a qué ganadero, sino para tener un control productivo, sanitario y nutricional de cada uno de los animales del rebaño (2003, p. 37).

Con eso en mente, la base de la teoría de la dominación animal es la que, sin ambages, habíamos traído a colación en el capítulo anterior de la mano de los zootecnistas Preston y Willis: "el hombre es superior a los animales y debe explotarlos para sobrevivir, del mismo modo que una especie de animal rapiña a otra" (1974, p. 25). El presupuesto central aquí es la dicotomía jerárquica Hombre/animal, pues incluso aceptando la animalidad del humano siempre existe un plus que lo hace más que animal, superior, soberano. Este presupuesto aplica para los animales en general y se hace extensible para todo lo natural considerado como lo no-humano. Sin embargo vamos a enfocarnos, ahora, dado el espacio y las herramientas que poseemos, en lo animal. Ya contemplada la base, el siguiente aspecto es la ulterior discriminación interior entre animales salvajes, domésticos y asilvestrados que merece, en opinión de los zootecnistas, nombres diferenciados dependiendo del tipo de relación de poder:

> [...] no han de confundirse con los animales domésticos los animales simplemente *domados* que, ora prestan servicios económicos groseros, como por ejemplo, el elefante, ora los prestan delicados y finos como los guacamayos multicolores o los agamís de los indios de Sudamérica. También estos animales viven con frecuencia bajo los cuidados del hombre, pero basta la exigua diferencia entre su vida primitiva y la que llevan después, para que, por la simple doma, *pierdan la capacidad para multiplicarse regularmente* (Adametz, 1943, p. 2).

Doméstico versus domado. Ésa es la primera diferenciación que los zootecnistas suelen reiterar en cuanto al relacionamiento Hombre/animal. Doméstico sería cualquier animal que haya logrado ingresar al *domus* humano y se encuentre ontológicamente sujeto a su *dominus*, que se reproduzca y nazca ya dispuesto a servir al Hombre. El dominio sobre este tipo de animales es el que particularmente el mundo Occidental/izado celebra. Decíamos que a mayores niveles de domesticación y de producción de razas y sub-razas mayor es la supremacía del Hombre blanco; no obstante, no sucede exactamente lo mismo con la doma, así los animales domados presten algún tipo de servicio económico en el sentido de que representen utilidad. Lo que hace al Hombre soberano, "más humano", es su capacidad de crear animales, de generar artefactos vivientes que lleven en su *ser* sus designios, y eso, como vemos en la cita de Adametz, los "indios" (opera similar para el caso de "los negros") no lo pueden hacer o no lo logran hacer tan bien como el Hombre blanco. Lo que se esconde aquí es tanto una actitud racista como especista, pues aunque, por ejemplo, son conocidos los procesos de coexistencia relativamente horizontal entre "elefantes" y "humanos" en algunas partes de Asia, donde dudo hasta de la pertinencia del término "doma", dicha coexistencia carece de mérito real, es muy inferior a la forma de relacionamiento de quienes han logrado construir granjas industriales de producción intensiva. Diera la impresión de que una relación "salvaje" con los animales salvajiza, inferioriza, y una de doma no alcanza a humanizar, sólo la domesticación produce al Hombre. Cole y Ronning, empleando no el término "domado" sino "amansado", reiteran la distinción de Adametz pero en su caso la enuncian en un lenguaje biológico que posibilita un mayor efecto de des-historización de la discriminación, pues la fundamentan en aspectos corporales concretos:

> Un animal amansado no es doméstico –es un animal sacado de su ambiente salvaje y que ha aprendido por ex-

periencia que el hombre es fuente de alimento y protección en lugar de constituir un peligro: Quizás cada animal provisto de simetría bilateral y con un centro nervioso anterior (encéfalo) pueda ser domado y enseñado a acudir ante una señal para recibir alimento; aunque muchos de ellos –los gusanos, por ejemplo– son demasiado pequeños para que el hombre obtenga un beneficio económico de tal amansamiento, y otros –como pirañas y tiburones depredadores– presentan tales limitaciones para modificar sus patrones instintivos de comportamiento que el experimento podría ser peligroso.
El amansamiento tiende progresivamente hacia la domesticación, si el animal capturado siendo salvaje originariamente se reproduce en cautividad y es seleccionado para unas cualidades determinadas, tales como docilidad, tamaño de los cuernos, producción de carne, etc. Todos los animales que actualmente son domésticos poseían antepasados que necesariamente los hubiésemos considerado tan sólo como amansados (1980, p. 7-8, la cursiva es mía).

Carmona y Oteiza son más claros aún:

Doma. Educación a la que es sometido el potro (aunque también puede ser algún otro animal) con el fin de hacer que obedezca al hombre. La doma está regida por cuatro principios llamados leyes de Dechambre.
Domador. Persona cuyo oficio es amansar y adiestrar a los animales.
Domesticación. Proceso mediante el cual los animales llegan a vivir en un estado de verdadera simbiosis con el hombre. En estado de domesticidad, los animales dependen del hombre parar vivir, se reproducen bajo su dirección y a su vez, en la mayoría de los casos, le son útiles y productivos (1993, p. 127).

Explotar. Obtener de los animales la máxima producción y productividad (1993, p. 145).

Walter Dubuc, finalmente, nos muestra los elementos básicos de la teoría política de la dominación animal esculpida por la Zootecnia con suma exactitud:

Domesticidad y domesticación
Tres son los estados de dominio del hombre sobre los animales: **cautiverio**, **amanse** y **domesticidad**.
El **cautiverio** es el estado más inferior del dominio. El hombre mantiene preso al animal y no obtiene lucro o servicio. Es el caso de los salvajes enjaulados como material de estudio o de adorno en zoológicos.
El **amanse** es la fase de convivencia pacífica del hombre y el animal. En ese estado ya prestan algún servicio, aún sin ser domésticos. Ej.: el elefante en África y en la India, pero no se reproduce preso y amansado (1984, p. 105).

La **domesticidad** es sinónimo de simbiosis del hombre y los animales. Domesticación es el acto de volver domésticos a los animales salvajes. En la domesticidad los animales viven voluntariamente presos y prestan servicios de tal magnitud que sin ellos la vida del hombre civilizado sería imposible.
[...] Bien visibles son los efectos de la domesticación en los animales. La diferencia es grande entre salvaje y doméstico. La diferencia morfológica y fisiológica es tanto mayor cuanto más se apartan de su ambiente de origen y cuando más completos son los métodos zootécnicos de su explotación (1984, p. 106).

Es notable la manera en que los diferentes textos utilizan un lenguaje político. Pese a que la contemporánea ciencia política,

los estudios políticos, la filosofía política, campos de saber afines y, en general, las ciencias sociales, no se han ocupado de las relaciones de poder humano/animal, sino, a lo sumo, de la "animalización" humana, el discurso zootécnico contiene múltiples conceptos que podrían ser empleados por casi cualquier teórico político: amo, obediencia, dominio, sumisión, etc. Lo mismo podríamos decir de ciertos conceptos ligados a la Economía (Política) y a la Antropología, verbigracia, productividad, explotación, cultura, civilización, etnología y trabajo. No obstante, las disciplinas sociales, bajo el dogma de equiparar lo "verdaderamente" social-político-cultural-económico a lo "propiamente humano", han considerado tales conceptos en las ciencias naturales como meras metáforas que dan cuenta de hechos biológicos difícilmente alterables o, en todo caso, innecesarios de polemizar. De esta manera, han legitimado y sido cómplices de la "naturalización" de las relaciones de poder en cuestión.

Resulta imprescindible tomar con seriedad la zootécnica teoría política de la dominación animal, ya sea para confrontarla, deconstruirla o debatirla. Los zootecnistas han cimentado todo un saber tecno-bio-físico-social que por mera tradición no deberíamos obviar. Más aún, y con esto quiero cerrar, los profesionales en Producción Animal, ya advertíamos, no son seres crueles o insensibles, sino que han modelado una sensibilidad particular para relacionarse con su "objeto de estudio", que, inclusive, llegan a teorizar bastante bien. ¡Teorizan hace tiempo su propia "sociabilidad interespecífica"! Mientras que quienes permanecemos en la cárcel humanizante de las ciencias sociales, aun cuando trabajamos en campos transdisciplinares, no solemos ver nada interesante en esos Otros no-humanos que, en efecto y potencialmente, también somos nosotros mismos, ya que nadie llega a encarnar al Hombre continuamente perseguido, deseado… Nunca hemos sido humanos. Nunca han sido domésticos. Nunca han o hemos sido salvajes.

Condiciones de un ganadero próspero

La primera y más importante de estas condiciones es que se debe sentir gran afecto por los animales. Esta parece ser una cualidad congénita, porque algunas personas no adquieren nunca la habilidad necesaria para trabajar con el ganado, aun cuando lo intenten reiteradamente. Si ese cariño existe, los animales son más dóciles y más fáciles de manejar, porque los sentimientos del cuidador se trasmiten a ellos. [...] Además de afecto hacia los animales, es necesario que el ganadero posea un adecuado conocimiento del amplio campo de la zootecnia (Ensminger, 1976, p. 14-15).

Addendum
Zoológico Criminal (manifiesto)[25]

[...] los límites que los poderes [...] –de todo tipo, político, policial, económico, psiquiátrico, etcétera– pretenden asignar a los desplazamientos tanto de los animales en el jardín zoológico como de los enfermos en el hospital psiquiátrico, son límites supuestamente asignados a seres vivos irresponsables, a simples máquinas reaccionales

Jacques Derrida

Los hechos y las víctimas

Durante el mes de mayo del 2016 fuimos testigos de dos hechos que movilizaron diferentes tipos de sensibilidades, particularmente las animalistas y ecologistas. De un lado, un empleado del Zoológico Nacional de Chile le dio muerte a dos leones nacidos y criados allí, de aproximadamente 22 años cada uno, después de que un hombre ingresara a la jaula y los instigara con el fin de suicidarse. Por otra parte, Harambe, un gorila de 17 años de edad, fue sacrificado tras la caída de un pequeño niño en la fosa donde aquel animal se encontraba. Harambe, al igual que los leones, había nacido en cautiverio y hacía parte de un programa de reproducción de especies en peligro de extinción del Zoológico de Cincinnati, ubicado en Estados Unidos. Ambos he-

25 Texto publicado inicialmente por el periódico Desde Abajo el día 11 de junio del año 2016. Incluido en el presente libro no solo por la relevancia política coyuntural que tiene la discusión sobre los zoológicos, sino también debido a que, a propósito de dicha discusión, es abordada la producción de la "contracara" del animal doméstico, a saber, el animal salvaje.

chos suscitaron preguntas fuertemente amplificadas por varios medios de comunicación alrededor del mundo: ¿resulta ético y legítimo mantener a ciertos animales en cautiverio, aun cuando el objetivo sea salvar una especie de su extinción?, ¿cuentan los zoológicos con protocolos de seguridad efectivos que impidan al máximo la muerte innecesaria de los animales?, ¿deben ser juzgados los padres del niño y el hombre suicida por negligencia e/o irresponsabilidad?

A nuestro parecer, dichas preguntas, reproducidas, reiteradas una y otra vez, por diferentes medios de comunicación, son eminentemente conservadoras y no meramente descriptivas u orientadas a comunicar un "sentir general". Tales interrogantes, así formuladas, se encuentran íntegramente enunciadas desde un punto de vista antropocéntrico, por lo que obliteran y apuntalan lo que en otros lugares he llamado un antropo-poder, a saber, un poder que es ejercido por, y que confiere privilegios a, aquellos seres históricamente categorizados como humanos, siempre en detrimento de lo animal, los animales y, en general, de lo no humano. Existen un conjunto de preguntas mucho más fructíferas para quienes nos hallamos del lado de un pensamiento y una política animales o animalistas: ¿cuáles son las diferencias históricamente producidas entre un animal y un ser humano, entre un animal doméstico y uno salvaje, o entre un animal y un vegetal, como para que en los casos señalados: 1) los seres humanos sean privilegiados inmediatamente; 2) nos duela más la muerte de un animal salvaje que de uno doméstico, especialmente si es "de consumo" (como las vacas o los cerdos); 3) parezca demasiado radical pedir la abolición de los zoológicos y se opte por criticar sus protocolos de seguridad; 4) el problema sea, en buena parte, reducido a uno de irresponsabilidad o irracionalidad de ciertos individuos aislados? Además, ¿fueron los leones y el gorila asesinados, o simplemente, como dijo un trabajador de uno de los zoológicos mencionados, "era necesario aplicar la eutanasia"?

Los culpables: una máquina y muchos dispositivos

¿Qué es el zoológico? A menudo se cree que la respuesta a esta pregunta resulta sencilla, tan sencilla que tanto los activistas como los defensores de los zoológicos la suelen presuponer. Para los primeros el zoológico es una cárcel donde se encuentran animales salvajes internados injustamente; en su opinión, el animal salvaje, libre por naturaleza, se convierte en un reo triste y despotenciado, condenado a cadena perpetua sin haber cometido crimen alguno. Para los segundos, en cambio, el zoológico es un espacio educativo y que promueve el entendimiento y la conservación de un conjunto de especies (sobre todo de las especies difíciles de percibir en los contextos urbanos), además de ser un lugar de paso, reproducción y cuidado para animales salvajes arrancados de sus hábitats y/o en peligro de extinción. Personalmente me parece que ambas definiciones contienen elementos valiosos, y no por estar afincadas en el llamado "sentido común" son poco acertadas. Sin embargo, quisiera insertar al zoológico en un escenario más amplio y dar una definición que, quizá, tenga la capacidad de radicalizar las reivindicaciones animalistas y conectarlas con las reivindicaciones a menudo denominadas "ecológicas" y "sociales". Con miras a lograr dicho propósito, me gustaría ofrecer un par de características, brevemente comentadas, que amplíen nuestra comprensión y actividad política en torno a los zoológicos:

1. El zoológico no puede ser disociado de una historia de la vista: A menudo se piensa que la vista carece de historia, que ver es una cuestión meramente natural, que la vista nos da acceso a la realidad de un modo transparente. Si, por ejemplo, hay un medio para dirimir disputas sobre la existencia de algo, este consiste en mirar por sí mismo el hecho, en "ver para creer", como decimos coloquialmente. No obstante, la vista es más inestable, limitada y dispersa de lo que se suele pensar. En primer lugar, nunca vemos de una manera absolutamente transparente ya que siempre lo hacemos desde un medio, organismo o artefacto de observa-

ción específico; un perro, en su singularidad, no ve de la misma manera que un humano, o, de otro lado, no es lo mismo ver con anteojos que sin ellos o con un microscopio que sin él. La imagen perfecta y objetiva no existe, las imágenes dependen siempre de unas condiciones materiales de visualización bastante concretas, algo que ha puesto de manifiesto la tradición filosófico-sociológica crítica, de corte materialista, fenomenológico y hermenéutico, la tradición de la epistemología feminista (con autoras como la filósofa y bióloga Donna Haraway) e incluso ciertas vertientes de la Biología contemporánea misma (por ejemplo, con Humberto Maturana).

El zoológico es inseparable del énfasis en la vista que ha perdurado a lo largo de la historia de Occidente. Occidente, con el peso cultural griego y monoteísta, particularmente cristiano, siempre ha elogiado la luz, la claridad, y ha desdeñado la obscuridad y las sombras. Pensar claramente es pensar bien, es tener acceso a la verdad (por ello el énfasis visual no se limita al hecho de "ver con los ojos", aunque "ver con los ojos" sea importante, no por nada la fe resulta inseparable de ver a Jesús resucitado nuevamente caminando sobre la tierra, en un cuerpo material, y con las vivas heridas de su crucifixión). Pero la claridad, lo blanco, es también sinónimo de lo puro, ¡y qué decir de la conocida frase según la cual "los ojos son el espejo del alma"! Autores críticos de las experiencias coloniales, como Frantz Fanon y Aimé Césaire, o más recientemente Aníbal Quijano y Silvia Rivera en Latinoamérica, no han dudado en mostrar la conexión entre el elogio de lo blanco/bueno/puro y un conjunto de clasificaciones raciales donde lo "negro" y lo "indio", en cercanía con lo "femenino" y lo "animal-natural-irracional", ha sido subordinado y sometido a diferentes tipos de explotación, incluida la de sus conocimientos, frecuentemente considerados falsos, meramente míticos, dóxicos, "alejados de la luz". Finalmente, como acertadamente señala Luce Irigaray, el énfasis en la visión ha conllevado privilegiar un sentido que permite establecer una distancia con lo otro y los

otros, ha posibilitado, en esa medida, crear la ilusión de un alejamiento, de una exterioridad descorporizada con relación al resto del mundo; un alejamiento, además, bastante conveniente para la fiscalización, el gobierno y la explotación.

Quien ve entra en una relación jerárquica, de dominio, respecto a quien es visto, y no revelo ninguna verdad si recuerdo aquí que el sujeto vidente por antonomasia es y ha sido, históricamente hablando, el Hombre blanco, cristiano y educado, "buen ciudadano" diríamos hoy, mientras que las personas históricamente racializadas como "negras", "indias", y en general no blancas, en compañía de los animales y la naturaleza, han sido reducidos a objetos de estudio, visión y materiales para el espectáculo y beneplácito del Occidente supuestamente moderno y civilizado. Los zoológicos, inscritos en esta tradición occidental específica de la visión, son espacios donde, por un lado, se ve, se observa, a un Otro exótico, salvaje, en un espectáculo que genera cierta satisfacción de la morbosidad y diversión, y donde, por el otro, se satisface una necesidad de saber, de conocimiento de un Otro animal convertido en objeto de estudio e inspección. Sobra añadir, finalmente, que objetivar es sinónimo de convertir lo vivo en inerte, de desvitalizar, de simplificar la complejidad y variabilidad del ente definido. En compañía de Spinoza, nosotras las bestias "salvajes" y "exóticas" gritamos: "¡Nadie sabe ni sabrá lo que pueden nuestros cuerpos!".

2. El zoológico es un dispositivo moderno y colonial entre otros: Queda dicho, con lo anterior, por qué el zoológico constituye una realidad colonial, o, en otras palabras, de qué manera el zoológico se vende como un lugar neutro, universal, cuando, sin cesar, es un producto cultural del Hombre blanco occidental y sus específicos modos de visualización. Debido a la misma razón, el exotismo de los animales llamados salvajes está íntimamente unido a la observación-histerización de las mujeres y de sus cuerpos, de los intersexuales y homosexuales, a la tematización de ciertas poblaciones africanas como eslabones evolutivos en

los procesos de hominización, y unido igualmente a fenómenos mucho más populares como los circos (fuertemente cuestionados por los animalistas), los *freak shows* (espectáculos que aglutinaban animales salvajes con rarezas étnicas, travestis, sujetos con extrañas mutaciones genéticas y enfermedades, etc.) o el *black-face* (donde un sujeto de piel clara se tiñe la piel de negro para ofrecer un espectáculo grotesco, al estilo del Soldado Micolta colombiano). Todos objetos para el conocimiento y la diversión del sujeto blanco y racional, pretendidamente moderno, civilizado.

Ahora bien, pese a que el énfasis en la visión ha sido consustancial a la historia de Occidente, a partir del siglo XVI –con el advenimiento y posterior auge de la modernidad y de sus lógicas coloniales intrínsecas– la organización de la vida en su conjunto se comienza a racionalizar y objetivar de una forma inédita. Aparecen los conocidos "recursos humanos" y "recursos naturales". Los Estados, paulatinamente, empiezan a preocuparse por el entendimiento y modelamiento creciente de las poblaciones animales, de la naturaleza y el territorio en general, modelo que llega a un punto álgido en el siglo XIX y se intenta imponer a lo largo y ancho del globo hasta nuestros días. La construcción de los hospitales, las cárceles, las escuelas y los cuarteles son indisociables de una racionalidad científica (blanca, occidental) que pasa a ser parte del ejercicio gubernamental de poder, pues dichos espacios, así como su estructuración física concreta, son impensables hoy sin los discursos científicos médicos, psicológicos, biológicos, jurídicos, etc., que los acompañan. A su vez, esos espacios son lo que Michel Foucault ha llamado "dispositivos", es decir, articulaciones de discursos y (otras) materialidades que dan lugar a realidades específicas. A manera de ejemplo, el loco, como moderno "enfermo mental", solo existe en la medida en que se vuelve un objeto visible en el espacio que es el hospital mental y un objeto de enunciación para ciertos discursos médico-psicológicos. Todo dispositivo da lugar a "sujetos", que son más bien "objetos" concretos, y se compone de elementos discursivos y no

discursivos, o como Foucault los llamaba, de enunciados y visibilidades.

Siendo así, ¿por qué aislar al zoológico de esta corriente general? El zoológico es un dispositivo entre muchos otros, se compone de enunciados y visibilidades. Es decir, resulta impensable sin los discursos biológicos, zoológicos, etológicos, veterinarios, zootécnicos, etc., y sin espacios físicos puntuales donde están recluidos los animales. Pero lo más interesante aquí es que el zoológico no alberga meramente a los animales salvajes, sino que los produce. Los animales salvajes deben su existencia al zoológico, así como los domésticos a las granjas (industriales o tradicionales, estas últimas no exentas de racionalización) y los de laboratorio a los bioterios. En otros términos, atacar la existencia de los zoológicos, pelear por su abolición, implica también cuestionar lo que se entiende comúnmente por "animal salvaje", así como sus diferencias con los animales domésticos y de laboratorio. En síntesis, atacar los zoológicos, las granjas y los bioterios, como solemos hacer los animalistas abolicionistas, es atacar la definición científica misma de animal salvaje, doméstico y de laboratorio, y, por ende, la diferencia entre humanos y animales, y entre lo humano y lo no humano en general. Pero cuestionar los zoológicos, las granjas y los bioterios implica también cuestionar los hospitales, las cárceles, las escuelas, los manicomios, e incluso los dispositivos que insisten en generar una "naturaleza desnuda" como las reservas naturales. Por supuesto, una escuela no equivale a una prisión, ni un zoológico a un hospital y mucho menos a una reserva natural, pero responden a un mismo diagrama de fuerzas que los comunica.

Pregunta inmediata: ¿cómo se ha definido, entonces, al animal salvaje? En primer lugar, el animal salvaje, como bien apunta el epígrafe de Jacques Derrida, se ha definido como meramente reaccional, a saber, como uno que reacciona irracionalmente antes que responde racionalmente. En otros términos, el animal salvaje no crea, simplemente reproduce, y esto es verdad tanto

para los animales domésticos como para los salvajes en general, en el escenario moderno-colonial. La diferencia entre un animal salvaje y uno doméstico, de acuerdo con el orden discursivo científico, radica en que el animal doméstico constituye una elaboración del ser humano. El animal doméstico es moldeado por el ser humano y está atado a las funciones prescritas con relación a él. *El animal doméstico es un esclavo ontológico*, pues si el ser humano no necesitara de sus funciones vitales este se extinguiría. En esa medida, cada animal es racializado según su relación con los seres humanos (racialización adelantada sobre todo por la Veterinaria y la Zootecnia), por ello hay animales domésticos "de carne", "de lidia", "de compañía", etc. Los animales domésticos no son menos reaccionales o irracionales que los salvajes, pero sus reacciones no entran en contradicción con la seguridad de los seres humanos, todo lo contrario, están a su servicio. Por este motivo es sorpresivo que un animal "de compañía", como supuestamente lo es el perro, muerda a su amo; o que, de nuevo, siendo un animal "de compañía", algunos pueblos (bárbaros, incivilizados o inhumanos, se les dice) osen sacrificarlo para consumo. Es más, un pueblo se concibe como más desarrollado entre más y mejor domestique a los animales y especifique sus funciones; de hecho se repite una y otra vez que la domesticación constituyó un gran progreso en el marco de la historia universal de la humanidad. Los biólogos suelen llamar a esta relación jerárquica "simbiosis", produciendo de paso su naturalización y deshistorización.

En contraste, los animales salvajes, esos que tienen existencia gracias a dispositivos como los zoológicos (los cuales simplemente dicen desear conservarlos y reproducirlos, y que probablemente tienen su versión más sofisticada y sutil en las grandes reservas naturales –donde aparentemente existen en libertad–), en contraste estos animales singulares son entendidos como máquinas reaccionales, irracionales, cuyas acciones sí que pueden atentar contra la seguridad de los seres humanos. No es casual, por ende, como muestra Derrida en nuestro epígrafe, la cercanía entre los

animales del zoológico, salvajes, irracionales, y los enfermos del hospital psiquiátrico. Los diversos dispositivos de nuestro mundo moderno-colonial, conectados entre sí, cumplen funciones diferenciadas según la racionalidad/irracionalidad de los seres/objetos/sujetos que albergan/producen: existen dispositivos que moldean la irracionalidad con el fin de convertirla en racionalidad, aquí el dispositivo protagonista es la escuela, donde el niño, ser profundamente irracional e irresponsable, se pretende transformar –con el paso del tiempo de manera cada vez más precoz, incluso desde el vientre mismo con la llamada estimulación temprana– en un ser racional y responsable (responsable, que puede responder por sus actos y no meramente reaccionar irracionalmente); pero también, y este es un punto inexplorado en el trabajo de Foucault, existen dispositivos que producen y albergan la irracionalidad, el salvajismo mismo, sin pretender moldearla ni extinguirla, y aquí uno de los grandes modelos es, por supuesto, el zoológico. Dejémoslo claro una vez más: este salvajismo, que simplemente se dice estudiar y describir, el pensamiento científico moderno lo produce activamente sin cesar.

En ese sentido, respecto a los ataques al zoológico, no es una opción segura el modelo de la reserva natural (aunque quizá sea más aceptable en muchas coyunturas políticas), que no es otra cosa que una sofisticación del prístino, salvaje, Jardín del Edén, subordinado a Dios y el ser humano (quien en la modernidad, se dice, ha ocupado el lugar de Dios). A propósito del Edén, vale recordar que el moderno zoológico en parte constituye una evolución de las Casas de Fieras poseídas por reyes-patriarcas (ungidos divinamente) como signo de su poderío y expresión de su control. Casas de Fieras que, con el ánimo democratizador de la modernidad, dejan de reflejar el poder particular de un rey para pasar a reflejar el gobierno racional, científico, del Estado sobre la naturaleza y la población. No es casual que la construcción de los zoológicos haya sido subvencionada por los Estados, ni que las grandes ciudades modernas tengan uno representativo: Berlín,

París, Londres, Ámsterdam, Buenos Aires, Santiago de Chile, etc. De hecho, el primer gran zoológico moderno (genealógicamente hablando), el de París, fue inicialmente la mismísima Casa de Fieras del rey Luis XIV, en Versalles. Y hablamos de Luis XIV, no de cualquier rey, sino de un rey famoso por la frase "el Estado soy yo", que, más allá de que la hubiera pronunciado o no, da cuenta del Estado absolutista que este encarnaba, de una soberanía supuestamente absoluta proveniente de un modelo teológico (la soberanía de Dios sobre sus criaturas) y reeditada en la soberanía nacional del Estado moderno, compuesto por los diversos dispositivos que acá hemos mencionado someramente.

En otros lugares he intentado, como contribución teórico-política colectiva al Movimiento Abolicionista de Liberación Animal y como práctica vegana, caracterizar al especismo antropocéntrico en tanto máquina de jerarquización, es decir, no meramente como una forma de discriminación basada en la especie y en beneficio de los seres humanos, sino como un orden que involucra un extenso conjunto de relaciones naturo-culturales interespecíficas, dispositivos simbólicos y tecnológicos, distribuciones espaciales, afectaciones de los cuerpos, entre otros elementos. Orden que re/produce la sistemática subordinación, sujeción y explotación animal y que se basa en la dicotomía humano/animal. Tenemos, pues, una máquina, el especismo antropocéntrico, y muchos dispositivos que la componen, entre ellos el zoológico. Sin embargo, reitero, no basta luchar por la abolición del zoológico, es necesario subvertir lo que se suele entender por animal doméstico y salvaje, así como la diferencia entre un animal y un humano y, en el límite, entre lo humano y lo no humano. La máquina de jerarquización especista antropocéntrica funciona incrustada en esa gran formación tecno-bio-físico-social que es el mundo moderno-colonial, la cual ha afirmado al Hombre blanco, que es el ideal de ciudadano moderno-colonial, en detrimento de todo lo considerado salvaje y natural (mujeres, niños, dementes, indios, homosexuales, negros, enfermos, animales, plantas, ríos, etc.), para lo cual existen técni-

cas y dispositivos que es inaplazable cuestionar y atrofiar, sea desde dentro, desde fuera o en los bordes. Lo que está en juego acá es una redefinición de la vida misma, allende las dicotomías cultura/naturaleza, civilizado/bárbaro, doméstico/salvaje, masculino/femenino, etc.; lo que está en juego es aquello que Matthew Calarco denomina un espacio de indistinción, aunque, provisionalmente, sea productivo ponernos del lado subordinado de las dicotomías y reiterarlas creativamente con el fin de "reapropiarnos" de nuestros objetivados cuerpos y vidas. Y, por supuesto, no debemos olvidar que nuestra lucha antiespecista es también anticapitalista, pues es el capitalismo –uno de los ejes del mundo moderno-colonial– el que incentiva y requiere convertir la naturaleza entera en recurso modificable, usable, intercambiable.

Volviendo a Harambe y los dos leones asesinados

Los casos de Harambe y de los dos leones asesinados son, ciertamente, bastante ilustrativos de lo que hemos venido comentando. Aquí sobra decir que Harambe y los leones no son meras excusas para nuestras especulaciones teóricas, todo lo contrario, es con y por Harambe y los leones que pensamos y escribimos; escribimos como manada, como cardumen o virus incontrolable. Nosotras no tenemos la razón, ni pretendemos tenerla, simplemente escribimos para vivir, con el ánimo no solo de continuar respirando, sino de vivir mejor y de vivir siempre mejor-con. Es debido a esto que si nuestro escrito trasluce algún tono imperativo, prescriptivo o normativo, en absoluto tiene dicho carácter, lo aparentemente imperativo no es más que la expresión de nuestra fuerza vital, de lo politizadas de cabo a rabo que nos encontramos nosotras, nosotras las bestias. Odiaríamos que nuestro trabajo reprodujera la subordinación de la práctica a la teoría, del cuerpo a la mente, de la naturaleza a la cultura. Nosotras pensamos viviendo y vivimos pensando. Así, pues, ¿qué nos enseñan Harambe y los leones?

En primer lugar, nos enseñan a salir del círculo vicioso de atribución de responsabilidades e irresponsabilidades. Ya hemos visto que comparar el zoológico con la prisión tiene bastante sentido, pues ambos dispositivos pertenecen a un mismo diagrama de fuerzas; de la misma manera, no resulta desacertado comparar la escuela con la prisión o el hospital. Pero el zoológico, en tanto dispositivo, como lo hemos visto, posee su singularidad, y allí los animales no son presos sino, justamente, animales salvajes, reaccionales, irresponsables y potencialmente peligrosos para los seres humanos. A los animales del zoológico no hay que "liberarlos" de su condición de presos, sino de su condición de animales salvajes, y por tanto de animales. Afirmar que los leones o el gorila estaban condenados a cadena perpetua por un crimen que no cometieron equivale a confundir demasiado el zoológico con la prisión, pues la prisión está diseñada para sujetos supuestamente responsables de sus actos que cometieron irracionales irresponsabilidades, crímenes, mientras que el zoológico está diseñado, de entrada, para sujetos a los cuales no se les puede atribuir ningún tipo de responsabilidad. Caracterizar a los animales salvajes de "inocentes" es, de una u otra manera, reafirmarlos en tanto salvajes, ya que los salvajes no pueden ser más que infinitamente inocentes o culpables, es decir, sus actos no son actos volitivos, de decisión, sino reaccionales, irracionales. De hecho los indígenas han pasado por caracterizaciones coloniales muy cercanas, han sido vistos inevitablemente como buenos o malos salvajes (totalmente "inocentes" o "culpables"), pero nunca como complejos seres racionales que deciden sobre sus actos en cada circunstancia.

Con lo anterior no pretendo afirmar que los animales salvajes merezcan ser tenidos en cuenta como seres responsables de sus actos, sino conmover la dicotomía responsabilidad/irresponsabilidad, o como Derrida la denomina: respuesta/reacción, que no es otra cosa que una traducción de la dicotomía racional/irracional, humano/no humano. La tarea es sumamente urgente puesto que, al definir al animal salvaje como tal, se está delimitando de ante-

mano lo que su potente cuerpo viviente puede, de lo que es capaz, una delimitación que, aunque en sentido estricto es siempre imposible, hace mella en la carne, y es por esto mismo que un animal que ha vivido demasiado tiempo en un zoológico probablemente no pueda vivir en otro sitio. Algunos animales son tan salvajes que solo existen en el lugar que los produce como salvajes para la satisfacción (científica/espectacular) de los seres humanos: el zoológico. El zoológico, al tener animales tan sujetos a su control, demuestra la artificialidad de lo salvaje que desde su creación ha querido negar. Podríamos decir, jugando, que si existe algún criminal en los recientes hechos, algún culpable, es el impersonal dispositivo que es el zoológico, el cual, de entrada, con la objetivación de una miríada de singularidades vivientes, las mata lentamente al pretender conservarlas para el espectáculo y el conocimiento humano. Probablemente, en otro nivel, tanto Harambe como los dos leones ya estaban muertos, el darles muerte no fue más que una expresión radical de lo que el zoológico venía haciendo desde siempre, desde que los consideró salvajes.

Otras dos formas bajo las cuales se ha reproducido el círculo vicioso de asignación de responsabilidades y salvajismo, es con relación al hombre que ingresó a la jaula de los leones y los padres y el niño involucrados en el caso de la muerte de Harambe. El hombre, quien, recordemos, instigó a los leones porque deseaba suicidarse, fue despreciado ampliamente en la medida en que, como ser responsable, humano, tomó una decisión que le costó la vida a seres "inocentes", siempre inocentes pues nunca podían haber sido responsables de sus actos, en este caso de atacar al hombre. Pero, por otro lado, se ha excusado a ese mismo hombre, pues para haber hecho tal "barbaridad" debió haber estado demente, y un demente no puede responder por sus actos. Como vemos, las explicaciones no cesan de moverse en el espacio de lo pensable que requiere la existencia misma del zoológico y, a medida que la indignación crece, a medida que los animalistas lloran las muertes de los animales, parece más apremiante la nece-

sidad de encontrar victimarios para su judicialización. No estoy seguro de que la asignación de culpas solucione lo ya acontecido, tampoco me parece que prevenga futuros actos como estos; por el contrario, me inclino a pensar que, si lo que deseamos es frenar lo que de mortífero tiene el zoológico, resulta imprescindible reconocerlo como dispositivo y cuestionar radicalmente sus componentes, cuestión que abarca interrogar la noción tradicional de culpa y responsabilidad. Asimismo, la tendencia a considerar a los padres del niño que cayó en la fosa de Harambe como adultos irresponsables, negligentes, tampoco solucionará nada. Seguramente los padres le ofrecen un buen cuidado cotidiano a su hijo y no desearon nunca que sucediera lo acontecido; es más, quienes han sido padres saben que los accidentes ocurren muy seguido y que hacen parte del devenir de la vida, incluso cuando muchos pueden llegar a poner en riesgo esa vida.

De otro lado, existió una deriva profundamente patriarcal en la que cayeron muchos animalistas y ecologistas, ya que, inmediatamente, concentraron el juicio en la madre del niño como si ella fuera la única responsable de prestarle los debidos cuidados a su hijo. ¡Cómo si la seguridad en un espacio de estos dependiera solo o mayoritariamente de las madres! Yo me preguntaría, primero que todo, en qué tipo de configuración social visitar un zoológico (donde viven supuestos animales salvajes, peligrosos) hace parte de un plan familiar o escolar típico. ¿Qué función tienen dichas visitas y por qué son tan importantes para los menores? Fuera de la satisfacción de la curiosidad, de cierta glotonería de la visión que ya hemos abordado aquí, la visita al zoológico produce sujetos que se afirman a sí mismos en contraposición a los animales salvajes, a unos animales que, se les dice, deben ser protegidos y conservados. De hecho no es casual que, en los entornos urbanos, los niños sean llevados a las granjas con el objetivo similar de que aprendan qué es un animal doméstico y qué funciones desempeñan con relación a los seres humanos. Si realmente nos importa el problema del cuidado, lo primero que

es preciso reflexionar, antes que juzgar a la madre, es cómo se encuentra distribuido el cuidado actualmente. Aquí salen a relucir preguntas como las siguientes: ¿Por qué, inmediatamente, se privilegia la vida del niño frente a la del gorila? (pregunta, como dijimos, a la que le precede: ¿por qué el gorila termina en el mismo espacio que el niño?), o ¿por qué se lamenta tanto la muerte del gorila y los leones mientras, al tiempo, se sacrifican millones de animales para su consumo (en condiciones cada vez más desafortunadas)?

Así Frans de Waal, conocido primatólogo, haya dicho que el gorila mostró un comportamiento que combinaba protección frente al niño y confusión, la reacción inmediata fue la de darle muerte, pues en espacios como el zoológico siempre primará la visibilidad de la supuesta naturaleza salvaje, irracional, reaccional, de todo animal; es justamente la producción de esa naturaleza la función que tiene. Con los leones, grandes felinos carnívoros, habrá incluso menos titubeos al momento de disparar. Y es que, efectivamente, en configuraciones sociales donde se jerarquiza, confina y separa a los seres según una escala de racionalidad, interactuar con otras "especies" de otros modos es un arte desconocido. La producción de humanos y de animales domésticos y salvajes es, concomitantemente, la producción de las debidas relaciones entre estos, y dichos esquemas no son simplemente "ideológicos", sino que los corporizamos, nos constituyen. Cualquier ser humano promedio pretendidamente moderno que se imagine en un mismo espacio con un león, no puede concebir otra relación que una relación bélica, violenta, de lucha. Pese a esto, es bien sabido que muchos pueblos han convivido (no diré "armónicamente", pero sí de otros modos) con todo tipo de "animales salvajes", desde serpientes hasta elefantes y grandes felinos. En cualquier caso, fraguar relaciones significa fraguar mundos, construir otro tipo de formas-de-vida entrelazadas que minen la hegemonía de dispositivos especistas como el zoológico. Igualmente significa redistribuir y repensar el cuidado radicalmente,

así como a quienes consideramos que deben encargarse de cuidar y los objetivos de los cuidados. Cuidar a un animal doméstico a la par que se lo considera ontológicamente sujeto al ser humano, o a un animal salvaje al tiempo que se lo concibe como meramente reaccional –sin que, incluso, los desarrollos en la etología contemporánea ayuden mucho a este respecto– es, en términos generales, igual de nocivo que cuidar a un niño para que se convierta en un supuesto adulto responsable; no porque el niño y los animales domésticos o salvajes sientan las mismas consecuencias tras ser categorizados cada uno en su forma respectiva, sino porque los dispositivos se encuentran interconectados: el sujeto responsable solo se hace responsable a costa de despreciar su "irracionalidad", su "salvajismo", y el "salvajismo" de los mismos "animales salvajes" y la "naturaleza".

En memoria de Harambe y los dos leones asesinados

¡Por la abolición de los zoológicos!

Bibliografía

Fuentes

Adametz, L. (1943) *Zootecnia general*. Barcelona: Editorial Labor S.A.

Bello, J. (1984). *Zootecnia General*. Bogotá: Universidad Santo Tomás.

Blount, W. (1970). *Zootecnia intensiva*. Zaragoza: Acribia.

Buxadé, C. (1994). *Zootecnia Bases de producción animal Tomo I Estructura, etnología, anatomía y fisiología*. Madrid: Ediciones Mundi-Prensa.

Caravaca, F. (2003). *Bases de la producción animal*. Sevilla: Universidad de Sevilla.

Carmona, J. & Oteiza, J. (1993). *Diccionario de Zootecnia*. México: Trillas.

Casting, J. & Habault, P. (1979). *Elementos de zootecnia general*. Madrid: Mundi-Prensa.

Cole, H. & Ronning, M. (1980). *Curso de Zootecnia Biología de los animales domésticos y su empleo por el hombre*. Zaragoza: Acribia.

Damron, W. (2006). *Introduction to animal science: global, biological, social, and industry perspectives*. Upper Saddle River, N.J.: Pearson Prentice Hall.

Dubuc, W. (1984) *Zootecnia general Volumen I*. Caracas: Espasande

Ensminger, M. E. (1976) *Zootecnia general*. Buenos Aires: Librería el ateneo Editorial.

Jiménez, J. & Villena, E. (2006). *Manual Práctico de Ganadería*. Madrid: Cultural.

Juergenson, E. (1966). *Métodos aprobados en la producción de ganado vacuno para carne*. México: Trillas.

King, J. (1981). *Introducción a la zootecnia*. Zaragoza: Acribia.
Leal, H. (1999). *Zootecnia general*. Bogotá: UNAD.
MacCullough, M. (1976). *Alimentación práctica de la vaca lechera*. Barcelona: Aedos.
Maroto, J. (1998). *Historia de la agronomía: una visión de la evolución histórica de las ciencias y técnicas agrarias*. Madrid: Mundi-prensa.
Preston, T. & Willis, M. (1974). *Producción intensiva de Carne*. México: Diana.
Sañudo, C. (2011). *Atlas mundial de Etnología Zootécnica*. Navarra: Servet.
Torres, G. (1990). *Bases para o estudo da zootecnia*. Pelotas: Universidade Federal de Pelotas.

Literatura secundaria

Adams, C. (1990). *The sexual politics of meat*. New York: Continuum.
Agamben, G. (2006). *Lo abierto El hombre y el animal*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
Ávila, I. & González, A. (2013) "Resistencia animal: ética, perspectivismo y políticas de subversión". En: *Revista latinoamericana de estudios críticos animales*. Año I, vol. I.
Ávila, I. (2013). *De la isla del doctor Moreau al planeta de los simios: la dicotomía humano/animal como problema político*. Bogotá: Desde Abajo Ediciones.
Best, S. (2013). "El surgimiento de los estudios críticos animalistas". En: *Ecosofía*. Año I, vol. I.
Bolívar, I. & Flórez A. (2005). "Cultura y poder: el consumo de carne bovina en Colombia" En: *Nómadas* (Col), núm. 22, abril, Universidad Central, Colombia.
Braidotti, R. (2005). *Metamorfosis Hacia una teoría materialista del devenir*. Madrid: Akal.

Braidotti, R. (2009). *Transposiciones Sobre la ética nómada*. Barcelona: Gedisa.

Braidotti, R. (2013). *The posthuman*. Cambridge: Polity press.

Butler, J. (1997). *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Editorial Síntesis.

Butler, J. (2001). *El género en disputa El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós.

Butler, J. (2002). "Críticamente subversiva". En: *Sexualidades transgresoras Una antología de los estudios queer*. Barcelona: Icaria Editorial.

Butler, J. (2010). *Marcos de guerra Las vidas lloradas*. Buenos Aires: Paidós.

Castro-Gómez (2005). *La poscolonialidad explicada a los niños*. Popayán: Universidad del Cauca-Instituto Pensar, Universidad Javeriana.

Colaizzi, G. "Feminismo y teoría del discurso razones para un debate". En: Colaizzi, G. (Ed.). (1990). *Feminismo y teoría del discurso*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Deleuze, G. & Guattari, F. (2010). *Mil mesetas Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.

Deleuze, G. (1987). *Foucault*. Barcelona: Paidós.

Deleuze, G. (2005). "Posdata sobre las sociedades de control". En: Ferrer, C. (Comp.). *El lenguaje libertario: antología del pensamiento anarquista contemporáneo*. La plata: Terramar.

Derrida, J. (1993). *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía*. Barcelona: Paidós.

Derrida, J. (2008). *El animal que luego estoy si(gui)endo*. Madrid: Editorial Trotta.

Derrida, J. (2010). *De la gramatología*. México: Siglo veintiuno editores.

Derrida, J. (2010). *Seminario La bestia y el soberano Volumen I (2001-2002)*. Buenos Aires: Bordes Manantial.

Descartes, R. (1990). *Meditaciones metafísicas*. Bogotá: Ediciones Universales.

Dhamoon, R. (2011). "Considerations on Mainstreaming Intersectionality". En: *Political Research Quarterly*, March 2011 (64).

Dussel, E. (1992). *1492: El encubrimiento del otro. El origen del mito de la modernidad*. Bogotá: Antropos.

Dussel, E. (2000). "Europa, modernidad y eurocentrismo". En: Lander, E. (comp*). La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales Perspectivas Latinoamericanas.* Buenos Aires: CLACSO.

Escobar A. (2003). "Mundos y conocimientos de otro modo: el programa de investigación modernidad/colonialidad latinoamericano". En: *Tabula Rasa*, número 1, ene. – dic., Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.

Escobar, A. (2012). *La invención del desarrollo*. Popayán: Universidad del Cauca.

Fausto-Sterling, A. (2006). *Cuerpos sexuados La política de género y la construcción de la sexualidad*. Barcelona: Melusina.

Ferry, L. (1994). *El nuevo orden ecológico El árbol, el animal y el hombre*. Barcelona: Tusquets.

Feyerabend, P. (1982). *La ciencia en una sociedad libre*. México: Siglo XXI.

Foucault, M. (1980). "Le philosophe masqué (entrevista con C. Delacampagne, febrero de 1980)". En: *Le Monde-Dimanche*, n° 10.945.

Foucault, M. (1985) *Las palabras y las cosas Una arqueología de las ciencias humanas*. México: Siglo XXI.

Foucault, M. (1991). "Verdad, individuo y poder". En: *Tecnologías del yo*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.

Foucault, M. (1991b). "Foucault responde a Sartre". En: *Saber y verdad*. Madrid, La piqueta.

Foucault, M. (1994). *Dits et* écrits*, v. IV*. París: Gallimard.

Foucault, M. (1997). ''Clase del 17 de marzo de 1976". En *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*. México: Fondo de Cultura Económica

Foucault, M. (1997a). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Pre-textos.

Foucault, M. (2004). *Historia de la sexualidad. Volumen 1: La voluntad de saber*. México: Siglo XXI.

Francione, G. (2000). *Introduction to Animal Rights: Your Child or the Dog?* Philadelphia: Temple University Press.

Gallini, S. (2008). "De razas y carne Veterinarios y discursos expertos en la historia de la producción y consumo de carne en Colombia, 1900-1950". En: Flórez, A. (Ed.). *El poder de la carne Historias de ganaderías en la primera mitad del siglo XX en Colombia*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Gibson-Graham, J.K. (2002). "Intervenciones postestructuralistas". En: *Revista Colombiana de Antropología, 38.*

Giorgi, G. & Rodríguez, F. (2007). "Prólogo". En: Giorgi, G. & Rodríguez, F (comp.), *Ensayos sobre biopolítica Excesos de vida*. Buenos Aires: Paidós.

Gómez, L. (2009). "El contexto Cambiante de la Medicina Veterinaria y de la Zootecnia durante el Último Medio Siglo". En: *Academia Colombiana de Ciencias Veterinarias*. Academia Colombiana de Ciencias Veterinarias. Vol. 1. Número 1. Mayo. Pp. 28-39.

Gracia, R. (2002). "Pasado y Presente de la Medicina Veterinaria y de la Zootecnia en Colombia". En: Gracia, R. et al. *Medicina veterinaria y zootecnia en Colombia trayectoria durante el siglo XX y perspectivas para el siglo XXI*. Bogotá: Fundación Ediciones Veterinarias y Zootécnicas (EDIVEZ).

Grimson, A. & Semán, P. (2005). "Presentación: la cuestión cultura". En: *Etnografías contemporáneas*. Año 1, N º 1. Buenos Aires: UNSAM

Grossberg, L. (2010). *Estudios culturales Teoría, política y práctica*. Valencia: Letra capital.

Guattari, F. (1996). *Caosmosis*. Buenos Aires: Manantial.

Hall, S. (2010). *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Popayán: Envión editores.

Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres La reinvención de la naturaleza*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Haraway, D. (1999). "Las promesas de los monstruos. Una política regeneradora para otros inapropiados/bles". En: *Política y sociedad* Nº 30.

Haraway, D. (2008). *When species meet*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Heidegger, M. (1958). *La época de la imagen del mundo*. Santiago de Chile: Editorial Nascimiento.

Horkheimer, M. & Adorno, T. (2006). *Dialéctica de la ilustración*. Madrid: Trotta.

Irigaray, L. (2009). *Ese sexo que no es uno*. Madrid: Akal.

Kant, I. (2010). *Contestación a la pregunta: ¿Qué es la ilustración?* Madrid: Gredos.

Latour, B. (2004). *Politics of nature How to bring sciences into democracy*. Cambridge: Harvard University Press.

Lemm, V. (2013). "Nietzsche y el umbral biológico de la política moderna Foucault y la cuestión animal". En: *Nietzsche y el pensamiento político contemporáneo*. Chile: FCE.

Lugones, M. (2008). "Colonialidad y género". En: *Tabula Rasa*, número 9, jul. – dic., Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.

Másmela, L. (2002). "Historia y Proyecciones de las Asociaciones Gremiales". En: Gracia, R. et al. *Medicina veterinaria y zootecnia en Colombia trayectoria durante el siglo XX y perspectivas para el siglo XXI*. Bogotá: Fundación Ediciones Veterinarias y Zootécnicas (EDIVEZ).

Mies, M. & Shiva, V. (1997). *Ecofeminismo: teoría, crítica y perspectivas*. Barcelona: Icaria.

Mignolo, W. (2000). *Local histories/global designs*. Princeton: University of Princeton Press.

Muñoz, B. (2005). *Modelos culturales: teoría sociopolítica de la cultura*. Barcelona: Anthropos.

Nibert, D. (2013). *Animal Oppression and Human Violence: domesecration, capitalism, and global conflict*. New York: Columbia University Press.

Nietzsche, F. (2011 [1873]). "Sobre verdad y mentira en sentido extramoral". En: *Obras completas Volumen I Escritos de juventud*. Madrid: Tecnos.

Noske, B. (1998). "Los grandes simios como sujetos antropológicos: la deconstrucción del antropocentrismo". En: Singer, P. & Cavalieri, P. (Eds.). *El proyecto "gran simio" La igualdad más allá de la humanidad*. Madrid: Trotta.

Ocampo, J. et al. (1987). "La consolidación del capitalismo moderno (1945-1986)". En: Ocampo, J. (comp.). *Historia económica de Colombia*. Bogotá: Siglo XXI.

Parra, L. (2002). "Educación Médica Veterinaria y Zootécnica. Centros de formación en Colombia". *Medicina veterinaria y zootecnia en Colombia trayectoria durante el siglo XX y perspectivas para el siglo XXI*. Bogotá: Fundación Ediciones Veterinarias y Zootécnicas (EDIVEZ).

Parsons, T. (1968). *La estructura de la acción social*. Madrid: Ediciones Guadarrama.

Pedraza, Z. (2004). "Y el verbo se hizo carne… Pensamiento social y biopolítica en Colombia". En: Castro-Gómez, S. (Ed.). *Pensar el siglo XIX Cultura, biopolítica y modernidad en Colombia*. Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh.

Qureshi, S. (2004). "Displaying Sara Baartman, the 'Hottentot Venus'". En: *History of Science*, vol. 42.

Ramírez, A. (2009). *De humanos y otros animales*. México: Dríada.

Regan, T. (2004). *The case for animal rights*. Berkeley: University of California Press.

Scheurich, J. & McKencie, K. (2008). "Foucault´s methodologies Archaeology and genealogy". En: Denzin, N. & Lincoln, Y. (Eds.). *Collecting and interpreting qualitative materials*. USA: SAGE.

Serres, M. (2011). *Variaciones sobre el cuerpo*. Buenos Aires: FCE.

Singer, P. (1999). *Liberación animal*. Madrid: Editorial Trotta.

Téllez, G, & Cubillos, A. (2002). "Políticas de Desarrollo Rural en Colombia durante el Siglo XX". En: Gracia, R. et al. *Medicina veterinaria y zootecnia en Colombia trayectoria durante el siglo XX y perspectivas para el siglo XXI*. Bogotá: Fundación Ediciones Veterinarias y Zootécnicas (EDIVEZ).

Tirado, F. & Domènech, M. (2009). "El problema de la agencia en la psicología social: Retos y perspectivas". En: Loredo, J. et al. ¿Dónde reside la acción? Agencia, constructivismo y psicología. Murcia: Universidad de Murcia – UNED.

Wallerstein, I. (1979). *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. Madrid: Siglo XXI.

Documentales

LeVeck, J. (2004). *El reino apacible* [Video].

Comité Científico del Partido por los Animales. (2009). *La verdad sobre la carne* [Video].

Para la diagramación se utilizaron los caracteres
Utopia Std, Myriad Pro.
enero de 2017

El conocimiento es un bien de la humanidad.
Todos los seres humanos deben acceder al saber.
Cultivarlo es responsabilidad de todos.

"El acercamiento que el lector encontrará a continuación, le brinda la posibilidad de reflexionar sobre las incertidumbres que rondan y amenazan las certezas sobre la condición humana cuando éstas se ven obligadas a involucrarse en los debates acerca de la vida y las particularidades del ser humano como animal. Esta cuestión se complejizó a partir del siglo XIX porque la generalizada aceptación de la teoría de la evolución y, especialmente, del origen de las especies, introdujo nuevos factores en las elucubraciones sobre el carácter y los derechos de los seres humanos.

En la actualidad, en un escenario en el que bullen debates bioéticos y biopolíticos, uno de los asuntos que día a día reciben mayor atención y son objeto de crecientes movilizaciones sociales, es el de la condición animal y el de los derechos de los seres humanos en relación con los derechos de otras especies animales. En términos generales, vivimos una época que debe reconsiderar el alcance de su antropología en cuanto ésta involucra un distanciamiento del resto del reino animal, y unas relaciones que oscilan entre la proyección de la individualidad moderna en cierta clase de animales y la explotación en modo esclavista de otra. Está en juego la manera de pensar y administrar ecológicamente la vida".

Zandra Pedraza

Ediciones
desde abajo

IECA
Instituto de Estudios Críticos Animales

ISBN 978-958-8926-36-0
9 789588 926360